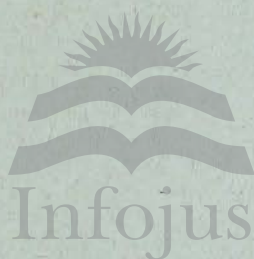


SISTEMA ARGENTINO DE
INFORMACIÓN JURÍDICA

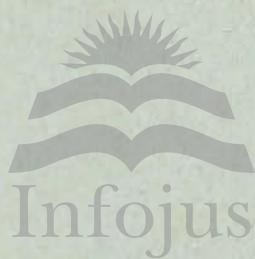


ARCHIVO DEL GENERAL MITRE

CORRESPONDENCIA LITERARIA



SISTEMA ARGENTINO DE
INFORMACIÓN JURÍDICA



SISTEMA ARGENTINO DE
INFORMACIÓN JURÍDICA

ARCHIVO DEL GENERAL MITRE



CORRESPONDENCIA LITERARIA

AÑOS 1859-1881

BIBLIOTECA DE LA CORTE SUPREMA	
No. DE ORDEN	30.179
UBICACIÓN	X1156

TOMO XX



Buenos Aires
BIBLIOTECA de LA NACIÓN

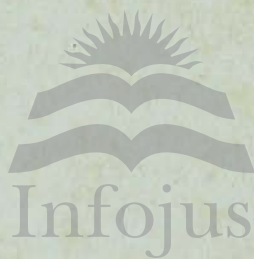
1912



Correspondencia literaria con Diego Barros Arana.
Correspondencia literaria con Gregorio Beeche.
Correspondencia literaria con varios escritores chilenos.



SISTEMA ARGENTINO DE
INFORMACIÓN JURÍDICA



SISTEMA ARGENTINO DE
INFORMACIÓN JURÍDICA



CORRESPONDENCIA LITERARIA CON DIEGO BARROS ARANA

Años 1859-1881

DON DIEGO BARROS ARANA ANUNCIA SU PRÓXIMO PASO POR
BUENOS AIRES

Montevideo, marzo 12 de 1859.—Mi querido amigo: Las últimas noticias que recibo de Chile son demasiado lisonjeras para que no me resuelva á emprender mi viaje antes que se cierre la cordillera. Los amigos me llaman con empeño, y me he determinado á salir del Rosario en la diligencia que parte para Mendoza el 4 de abril, á fin de pasar la cordillera el 18 ó 20 de ese mes. Mi hermana me ha exigido que yo me quede con ella hasta fines de la semana entrante; y estoy resuelto á quedar en Buenos Aires unos pocos días, esto es, diez ó doce, para acabar de conocer la ciudad y todo lo que llame la atención del viajero.

Confío en la bondadosa amistad de usted para esto último, como también para que me haga completar las colecciones de papeles que se ha servido organizarme. Me prometo quitarle algunas tardes para ver algo más de la ciudad y conocer algunas personas, confiado en que algún día podré yo pagarle los servicios que tan generosamente me ha prestado usted ahora. Los franceses dicen que sólo las montañas están destinadas á no encontrarse nunca, y yo no dudo que alguna vez nos hemos de ver en situación que ni usted ni yo seamos próscritos ó emigrados.

Usted sabe que en cualquier parte que yo esté, allí tiene un amigo á quien mandar, ya sea que lo ocupe personalmente ó que le haga cualquier encargo por medio de cartas.

Espero que el viernes próximo tendrá el gusto de verlo su afmo. amigo.—*D. Barros Arana.*

Aquí he hallado un ejemplar de un libro publicado en Montevideo en 1845 sobre la defensa de la plaza en tiempo de Oribe. Si usted desea un ejemplar, avísemelo, que yo podré buscarlo, á pesar de que son muy escasos.

No he podido conseguir un ejemplar de la colección de documentos de Lamas. Tengo uno de la de Alsina.

COSAS DE EUROPA.—GARIBALDI.—LA «BIBLIOTECA AMERICANA».—LAS OBRAS DE DON FÉLIX DE AZARA.—TRABAJOS HISTÓRICOS DE BARROS ARANA.

París, junio 7 de 1860.—Mi muy querido amigo: A pesar de que estoy ya convencido de que usted no quiere acordarse de mí, pues que no ha contestado una sola línea á mis cartas anteriores, yo le dirijo esta tercera para obtener noticias ciertas y directas de usted. Arcos una vez y la señora de García más frecuentemente, me han dado algunas noticias suyas, pero éstas reducidas á pocas líneas; de modo que, como no recibo ni veo diarios de Buenos Aires, sé lo que allí pasa de un modo vago, y sólo conozco noticias de las personas que me interesan por unas cuantas palabras de una carta. Todo esto le recordará la obligación en que usted se halla de escribirme cuatro letras á lo menos cada dos ó tres meses, en la seguridad de que yo no escasearé mis contestaciones.

¿Qué podrá decirle de nuevo ó de interesante de este mundo europeo? La campaña de Garibaldi en Sicilia llama en este momento la atención del viejo mundo, despierta las simpatías de los hombres avanzados y progresistas y el encono profundo de los absolutistas, que todavía creen en que hay un derecho divino para ultrajar y despotizar á los pueblos. En aquel terreno reducido se está debatiendo la cuestión que más ó menos directamente afecta al mundo entero, y particularmente á la Europa. El derecho divino, como siempre, sale en apoyo de los que ordenan las matanzas de la gente inerme, la destrucción de las ciudades, el robo y el saqueo organizado. Rosas y Montt deben ser partidarios de esa panacea que puede jus-

tificar la creación de la mazorca en Buenos Aires, y las matanzas de San Felipe y la ley de confiscaciones en Chile.

Como el débil contingente de simpatías que presto á la causa de Garibaldi no me quita más tiempo que una hora diaria, empleada en leer los diarios más noticiosos, he creído conveniente buscar un medio de emplear útilmente las veintitrés restantes. Creo haberle hablado de mi viaje á España y de mis estudios en las bibliotecas de Madrid y los archivos de Simancas y de Sevilla. Los tesoros que encierra este último para la historia americana son inapreciables, por su cantidad y por su mérito. Pasé cincuenta días de incesante trabajo, y apenas tuve tiempo para hacer la elección de todo lo que debía hacer copiar referente á Chile, y para tomar algunos apuntes y extractos de legajos y expedientes que, teniendo un valor secundario, podían completar el conocimiento de algunos hechos. Estoy persuadido de que no se puede escribir la historia de la conquista ó de la dominación española, en ninguna de las parcialidades de América, sin consultar esos archivos.

Hubiera quedado mucho tiempo más en Sevilla si á mediados de febrero no hubiera tenido noticia cierta de que mi mujer había salido de Chile con la familia de Carvallo (D. Manuel), que venía á Europa en calidad de ministro plenipotenciario cerca del gobierno belga. Me fué forzoso suspender mis trabajos y venirme á París, á buscar una casa y demás cosas necesarias para esperarla. Llegó ella á fines de marzo, y desde entonces llevamos aquí una vida tranquila, muy semejante á la de Chile. Felizmente, para mí, he encontrado una ocupación tan útil como agradable, de la cual tengo que darle cuenta cabal. Un librero francés, M. Franck, deseaba publicar una biblioteca americana, por el estilo de la colección de Ternauz Compans, pero más vasta y mejor escogida, y después de algunas conferencias, me ha confiado la dirección. La biblioteca se contraerá á publicar obras manuscritas, ó colecciones de documentos tomados de los archivos españoles, ó libros impresos que se hayan hecho sumamente raros. Recorrerá las antiguas posesiones de España, Portugal, Francia, Inglaterra y Holanda. Cada obra irá publicada en el idioma en que se dió á luz; pero todas llevarán prólogo, introducciones y notas geográficas, biográficas é históricas, escritas en francés por la persona encargada de la publicación de ella, porque para hacer mejor el trabajo, yo deberé acordar sólo qué obras deben publicarse y encargarme únicamente de la impresión de algunas, que serán las españolas, mientras otros toman á

su cargo las demás. En este momento ya está en prensa el primer volumen, que es un poema inédito sobre la conquista de Chile, verdadera historia rimada, con el título de «Puren indómito», por Alvarez de Tolédo. Creo que el segundo que publique serán las Memorias de Alonso Henríquez de Guzmán, uno de los conquistadores del Perú (vea á Herrera sobre este nombre), cuyas memorias he desenterrado en Madrid, sin que nadie ni aun sospechara su existencia. Más adelante publicaré un volumen con las cartas de Pizarro, Almagro, Alvarado, Valverde, Oviedo, Berlanga, Felipe Gutiérrez y otros, sobre la conquista del Perú, y espero hacer una buena elección entre los legajos de correspondencia de Cabot y demás descubridores y conquistadores del Río de la Plata, en un segundo viaje que haré á Sevilla en el invierno próximo. Siento que hasta hoy no esté terminada la impresión del prospecto, y no poderlo remitir á usted por este paquete. He puesto el nombre de usted entre los de los escritores del Nuevo Mundo que comienzan á hacerlo conocer en sus escritos, alentando así este movimiento ó excitación que hay en Europa de recoger los antecedentes de nuestro pasado.

Creo que una publicación de este género puede tener buen éxito, visto el gran interés que hoy se tiene por reunir libros sobre América, tanto en Europa como en los Estados Unidos. Usted no tiene idea de cuán raros son hoy los antiguos libros americanos, y con cuánto ahinco se les busca por todas partes. Un industrial de París acaba de hacer un descubrimiento maravilloso, que guarda en secreto para explotarlo en provecho propio; pero del cual no se ha hecho hasta hoy más que un empleo muy limitado. Se le da un pliego impreso en el siglo xv, y cincuenta ó sesenta pliegos de papel blanco de una clase idéntica á la del impreso (en lo cual se hacen imitaciones maravillosas), y pocos días después entrega 51 ó 61 pliegos impresos con tal primor y tal semejanza que el ojo más experimentado tiene que observar el estado de conservación ó destrucción del papel para conocer cuál fué el impreso en el siglo xv. Los grabados y viñetas no le asustan: los reproduce con la misma prolijidad que el texto. He comprado una carta de Cristóbal Colón, impresa en Roma, en latín, en mayo de 1493, con cuatro láminas, representando el viaje á la Española, y le aseguro que he quedado atónito al ver la perfecta igualdad con un ejemplar que vi en la Colombina, en Sevilla. Por ahora, este sistema es demasiado caro, porque el poseedor del secreto quiere hacer algún dinero antes que se

divulgue, y hasta ahora no tiene mucho trabajo. Si llegara á generalizarse la falsificación de libros antiguos, por muy costosa que sea la operación, hará bajar el precio de los tesoros bibliográficos.

Engolfado como usted se halla en la política, que tanta animación ha tomado en aquellos países, de algunos meses á esta parte, casi no se le puede preguntar á usted por el tomo tercero de la «Historia de Belgrano», para colocarlo al lado de los dos primeros, que he encuadernado elegantemente en París. Sea lo que quiera, yo le pido á usted una contestación en que me comunique noticias suyas, ya sean políticas, literarias ó domésticas, para convencerme de que usted no merece el cargo que tan frecuentemente se hace á sus paisanos de ser ligeros y variables. Excuso decirle cuán vivamente deseo que usted tenga buen éxito en todas las empresas que acometa, ya sean literarias ó políticas, y cuánto celebraría que en estas últimas siguiera siempre los dictados de su juicio frío más que el impulso que da de ordinario el ardor de la sangre. Feliz usted si, como lo espero, aprovecha su situación para dar á aquellos países el empuje que necesitan.

Nada le digo de Chile, porque usted tendrá noticias más recientes. La pobre patria está sufriendo cuanto es dable. A qui se encuentran muchísimos proscriptos: Santa María, Pedro Gallo, A. Reyes, G. Matta, G. Blest, etc., etc. ¡En el Perú hay más de 700 hombres conocidos, y cerca de 200 en Mendoza y San Juan!

Sírvase hacer presentes mis respetos á la señora y familia, y mis recuerdos á Sarmiento y demás amigos, y usted no olvide á su muy afmo. amigo y S. S.—*Diego Barros Arana*.

Dirija sus cartas bajo mi simple rótulo, poniendo al pie: París, 17 rue Chaptal.

¿Recibió el ejemplar de Restrepo, que le remití?

Adición.—En Madrid he encontrado una edición del manuscrito original de don Félix de Azara, por el cual he visto que el libro francés, el único que se conoce en América, ya por el original, ya por las traducciones, es en muchas partes compendio del texto castellano. Consta éste de dos gruesos volúmenes, el segundo de los cuales es una historia detenida de la conquista de los países del Río de la Plata, y una minuciosa biografía de Azara escrita por don Basilio Sebastián Castellanos, revisor de la edición. Ha sido hecha á costa de don Agustín de Azara, marqués de Nibbiano, sobrino de don Félix, con el solo objeto de regalarla á las bibliotecas y litera-

tos. Yo conseguí á lance un ejemplar, y por medio de Castellanos, con quien estoy en relación, he hecho pedir á la familia tres ejemplares para mandar á América. Si los consigo, uno será para usted y el otro lo pondrá usted á mi nombre en la biblioteca de Buenos Aires. A los dos tomos se ha agregado un tercero de memorias póstumas, ya históricas, ya científicas, relativas al Río de la Plata y al Paraguay; y la familia se prepara para publicar nuevas memorias y aun las cartas geográficas, para lo cual han pedido al brasilero Varnaghen copia del mapa del Paraguay, depositado en el cabildo de la Asunción. Yo he dicho á Castellanos que en Buenos Aires hay algunas memorias inéditas de Azara.

Sobre el manuscrito de Lozano que compró Benjamín, le diré que contiene la misma materia que la «copia» que posee Lamas y que yo registré en Río de Janeiro. Benjamín hace confusión sobre si es ó no autógrafo, etc. Yo no me atrevo á decirle ni lo uno ni lo otro; pero me inclino á creer que sea copia coetánea de Lozano, corregida en parte por este mismo. Sin embargo, no vaya usted á creer que ese manuscrito sea de gran importancia para la historia argentina. Se parece demasiado al del deán Funes y á mi juicio no puede formar autoridad.

Estoy en muy buena relación con el sabio bibliógrafo don Pascual de Gayangos, quien me ha puesto en relación con muchos literatos españoles, y me ha presentado á las bibliotecas y archivos. Aquí hay poco sobre Chile; pero haré copiar ese poco antes de pasar á Sevilla á registrar el archivo de Indias. He encontrado aquí dos poemas inéditos sobre la conquista de Chile, que estoy haciendo copiar. Son crónicas descarnadas pero noticiosas; y como he conseguido un ejemplar del «Santistevan Ossorio» (continuación de «La Araucana»), habré juntado los cinco poemas relativos á la conquista de Chile.

Le tengo un ejemplar de la «Historia de Chile» por Gónzora Marmolejo, nuestro Bernal Díaz, en un volumen que contiene algunas cartas de Valdivia y otros documentos. Desde París se lo mandaré por medio del señor Guerrico, como lo hice con el Restrepo.

Hágame presente á su familia, y dé mis memorias á los amigos Trelles, Sarmiento, Elizalde y demás.

No olvide usted á su amigo afmo.—Diego Barros Arana.



Infojus

SISTEMA ARGENTINO DE
INFORMACIÓN JURÍDICA

OPINIONES DE BARROS ARANA SOBRE EL GOBIERNO DEL GENERAL MITRE EN BUENOS AIRES.—POLÍTICA CHILENA.—HISTORIA Y BIBLIOGRAFÍA AMERICANAS.

París, septiembre 8 de 1860.—Mi querido amigo: Había pensado no escribirle mientras usted se hallase al frente del Gobierno de Buenos Aires, en la persuasión de que sus ocupaciones no le habrían de dejar tiempo para leer las cartas de los amigos extraños al movimiento político que hoy encabeza usted. Su carta, para mí muy apreciable, de 26 de julio, ha venido á probarme lo contrario; y á los pocos minutos de habérmela entregado nuestro amigo el señor Balcarce, me siento á contestarla.

Ya por las cartas de Baudrix y su familia sabía las buenas noticias que usted me ratifica en la suya. Veo por todas ellas con el mayor placer que usted ha sabido elevarse sobre las pasiones rastreras del vulgo y hacerse superior á las debilidades de los partidos y de la mayor parte de sus jefes. Ya desde antes de subir usted al poder sabía lo que eso importa para gobernar bien, como tantas veces se lo oí decir; pero celebro que su cabeza y su corazón hayan resistido á las inclinaciones de orgullo y ceguedad que siempre pierden á los mandatarios. Tenga valor y constancia para gobernar como ha comenzado, sin odios y sin pasiones, sin ambiciones bastardas y sin hipocresía. La franqueza y la generosidad, mantenidas siempre en el poder, le darán más prestigio y más apoyo que un ejército de 10.000 veteranos. Las cartas que recibo de Buenos Aires, y en las que tantos elogios me hacen de usted personas que antes le fueron desafectas, me prueban que usted ha comprendido su posición, y que ha llevado al poder sus ideas de libertad y templanza y un corazón sano.

Usted sabrá que las cosas de Chile no siguen bajo un pie tan ventajoso y halagüeño. Razón demás para que usted persevere en su buena política y saque la cara por la pobre Amé-

rica, tan desgraciada, tan mal conocida y tan calumniada. Ya usted tendrá noticia de que el partido opositor se ha fijado en el general Bulnes como candidato para la presidencia, y que Montt, disimulando tal vez sus propósitos de elevar á Varas, ha hecho proclamar á Pérez, aquel señor conocido con el apodo de Mahoma. Aunque éste es un hombre bueno y de alguna inteligencia, su elevación á la presidencia lo pondría en la situación del madero rey de las ranas de la fábula; y Montt sería quien gobernase, si se da trazas para mantenerse ligado con aquél. La candidatura de Bulnes, proclamada por la oposición, será quizá el último de los males que Montt infiera á la República, puesto que sólo el deseo de librarse de Varas y de presentar un candidato posible ha hecho que la oposición lo acepte. Y esto, que yo, como creo habérselo dicho, no tengo mala voluntad al general, y lo creo un hombre capaz de hacer algo bueno por la patria.

La lucha electoral se inicia en este momento, y reclama el servicio de todos los brazos. Yo vuelvo en diciembre ó enero sin compromiso alguno; pero sí deseoso de servir como soldado á la buena causa. Como usted sabe, los procesos que Montt sabe urdir no han alcanzado hasta mí, y una vez extinguidas las facultades extraordinarias, puedo volver á Chile tranquilamente. Si me es necesario rehacer mi saco de peregrino, volveré á las andadas; es decir, cruzaré las cordilleras, y me fijaré en Buenos Aires.

Contribuye á darme más resolución para volver, la impaciencia de mi mujer para regresar á Santiago. La vida europea no conviene á las señoras americanas que han vivido cómodamente en aquellos países, porque á menos de gastar de 10 á 12.000 pesos al año, á lo menos, se tiene que vivir aquí con muchas privaciones. Agregue á esto el aislamiento en que aquí se vive, sobre todo las señoras, y comprenderá que las americanas, acostumbradas al trato franco de nuestros países, no pueden resolverse á vivir lejos de sus familias y amistades.

Sobre letras y proyectos literarios quisiera escribirle un volumen para hacer que usted no olvide esos gustos, ya que no le es posible emprender ó continuar sus trabajos.

La «Biblioteca Americana» está aún atrasada. Se imprimen dos tomos á la vez, el primero de los cuales es «El Puren Indómito», de que le he hablado, y el segundo «Una relación de viajes franceses al Marañón». A pesar de la buena voluntad del librero, no ha sido posible avanzar mucho más. Con mi ausencia tomará la dirección M. d'Avezac, presidente de la

Sociedad de Geografía, con lo cual ganará mucho la colección, si bien éste dará más importancia á los viajes franceses y á las antiguas colonias de la Francia. He encargado que remitan á usted algunos ejemplares del prospecto.

Los libros americanos se hacen cada día más raros, y toman precios increíbles. Ultimamente he recorrido la Bélgica y la Holanda, cuyas prensas vomitaron millones de libros en lengua española, y á pesar de mi empeño no pude hallar más que un Quevedo, en cuatro volúmenes, en La Haya. En todas partes me decían que los libros sobre historia habían sido extraídos por los ingleses.

La misma escasez en España. Gayangos me escribe que en Portugal acaba de encontrar alguna cosa, que veremos á mi vuelta á Madrid, en donde pasará todo octubre. Me anuncia una venta que acaba de hacerse en Madrid á precios increíbles.

Me fué imposible conseguir el Azara de que hablé á usted. Impreso un reducido número de ejemplares, fué destinado sólo para regalos; y sólo se puede conseguir uno que otro ejemplar por casualidad.

He estado examinando los papeles del general San Martín. Hay poca cosa importante y desconocida. Lo que más me ha interesado ha sido su foja de servicios, anterior á su ida á América. He copiado todo lo que no conocía para llevarlo á Chile, junto con los documentos que recogí en España. Puede considerar que son suyos, porque una carta suya me bastará para mandarle copiar cuantas quiera.

B. Vicuña, en Lima, ha encontrado en casa de O'Higgins más de 5000 cartas dirigidas á éste, con las cuales hace una refutación de las Memorias de Cochrane. Conozco sólo una pequeña parte publicada en «El Comercio», y me ha interesado. Su propósito, es salir en defensa del honor americano, mancillado por el aventurero inglés, y á juzgar por los documentos que él dice tener, parece que saldrá bien en su empresa. Ha encontrado muchas cartas de Cochrane, en que dice diametralmente lo contrario de lo que ha escrito en las Memorias.

Benjamín tiene á la vez otros proyectos histórico-literarios: «Historia de Almagro», «Historia de las dos últimas revoluciones de Chile» (1851-1859), «El ostracismo de O'Higgins». Como usted conoce su facilidad para escribir, no dudará que dé cima á todos.

¿Y las letras argentinas? He leído una novela de Eduar-

da, de que di á ella misma una opinión franca, aunque poco lisonjera; pero ni aun tengo noticias de nuevas publicaciones. Si se publica algo, remítamelo á Chile, tan luego como sepa que mi viaje está decidido.

Tengo en casa un ejemplar completo y flamante del Herrera, «Dec. de Indias» para usted y otros libritos de menor importancia. Los entregaré á Balcarce ó al señor Guerrico, para que los hagan llegar á Buenos Aires. Usted sabe que sobre Buenos Aires se ha publicado muy poca cosa en los tiempos antiguos, y ese poco es sumamente raro en las antiguas ediciones; pero cuente con que aquí ó en América le buscaré lo que pueda y se lo remitiré.

Ha comenzado á publicarse aquí una nueva edición del Brunet, «Man. du libraire», que perfecciona considerablemente los que se conocen. La obra se publicará en dos años, y en seis volúmenes que se distribuyen á los subscriptores por medios volúmenes. Suscribiéndose antes de 1861, la obra vale 100 francos, y 120 después de esa época. El editor es Didot, y la edición es hermosa y bastante cuidada. Hasta hoy sólo ha salido medio tomo.

Rosalía me encarga mil expresiones para usted. Sírvase comunicárselas á la señora y familia.

Recuérdeme á los amigos Sarmiento, Elizalde, Trelles, Ardoy y demás que aun me tengan presente, y usted no olvide á su afmo. amigo y S. S.—*Diego Barros Arana.*

CONTESTACIÓN DEL GENERAL MITRE

Buenos Aires, octubre 31 de 1863.—Señor D. Diego Barros Arana.—Mi querido amigo: Después que nos separamos en Buenos Aires, pocas veces le he escrito, no obstante que tanto desde Europa como desde Chile, usted no ha cesado de favorecerme con sus cartas y recuerdos amistosos, sintiendo no haber correspondido á ellos siempre, como debía. Pero usted que ha visto cómo es la vida política y militar en mi país, creo que habrá sabido disculparme, en medio de las graves

atenciones que por tanto tiempo me han rodeado, y de todos modos cuento con que su bondadosa amistad sabrá perdonarme la falta que haya cometido en haber dejado interrumpir nuestra correspondencia, que espero que ahora será más activa.

Excuso decirle que, aunque no le he escrito, le he seguido siempre con interés, y que su suerte jamás me ha sido indiferente, habiendo recibido con mucho gusto, y leído siempre con verdadero interés los notables escritos que han salido de su pluma, y que usted ha tenido la bondad de enviarme con puntualidad.

Aunque ocupado de arduas tareas políticas, como usted debe hacerse cargo, mi gusto por las letras no me abandona, y siempre me es muy agradable encontrar un amigo con quien poder hablar de libros, y de libros viejos sobre todo. Así me será muy agradable que en nuestras cartas nos ocupemos de asuntos literarios, y no sólo me será muy agradable, sino muy útil, siendo la correspondencia con usted, tan entendido en la historia y la bibliografía americana.

Así que organice el catálogo de mi biblioteca americana, que ha aumentado notablemente después que nos vimos, he de mandar á usted una copia de él, y espero que tenga la bondad de mandarme uno de la suya, que, según entiendo, es hoy de las más completas.

Debo á usted algunas de las obras que adornan mi biblioteca americana, como las «Décadas» de Herrera y la última edición de Restrepo. Le ruego que me mande la historia de Marmolejo, que me falta en ella, que creo fácil proporcionarse en Chile, así como cualquiera otra publicación de ese país que caiga en sus manos, para que no quede trunca la numerosa colección de escritos chilenos, que usted me dejó á su pasada por aquí, y que forman también una parte principal de mi biblioteca.

Deseo que usted sea feliz.

Adjunto á usted una tarjeta con mi retrato fotográfico ; y espero que en retribución me envíe usted una suya, para conservarla en mi álbum, entre mis buenos amigos de Chile.—
B. Mitre.



BARROS ARANA ENVÍA LIBROS AL GENERAL MITRE Y PARA LA BIBLIOTECA DE BUENOS AIRES.—EL INSTITUTO NACIONAL DE CHILE.—DON JACINTO ALBISTUR.

Santiago, enero 10 de 1864 (Contestada el 18 de febrero).
—Mi querido amigo: Hace pocos días he recibido una de usted en que me da noticias suyas y me hace algunos encargos bibliográficos. Le estimo su carta, no por las noticias que ella contiene, sino por el recuerdo amistoso que usted hace de mí. Noticias más amplias que éstas recibo constantemente por los periódicos, en los cuales leo con el más vivo interés cuanto concierne á usted y á aquel país.

Tocante al pedido de libros, le contesto remitiéndole la factura de un cajón que ayer he mandado á Valparaiso á nuestro amigo Beeche, para que lo envíe á usted en primera oportunidad. Para envíos de esta clase, cuando se trata de cajones, es preferible la vía marítima, no sólo porque es más barata sino porque ofrece mayores seguridades.

Miguel Amunátegui me suministró los Anales Universitarios y alguna otra cosa más para que remitiera á usted; yo he reunido en los ministerios y en las librerías todas las publicaciones chilenas que pudieran tener algún interés para usted. Como usted verá por la factura adjunta, la remesa es considerable; contiene algo bueno. Le remito un duplicado de casi todas esas publicaciones, para que usted se sirva mandar un ejemplar á mi nombre á la biblioteca pública de Buenos Aires, á fin de que complete la colección de publicaciones chilenas que le dejé en 1859. Creo que algunas de las obras que ahora remito las posee ya usted, y también la biblioteca; en ese caso puede usted distribuir las entre los aficionados de esa ciudad.

Creo inútil recomendarle el valor literario de alguna de las obras que envío á usted. «La conquista de Chile» por Amunátegui es un libro de primer orden. Le remito una colección,

lo más completa posible, de las obras del fecundo novelista Alberto Blest Gana. Lea algunas de ellas, y convendrá conmigo en que es el primer novelista hispano-americano.

En los *Arales* de la Universidad comencé á publicar un trabajo biográfico sobre Hernando de Magallanes. Ha quedado inconcluso, porque desde hace un año he sido nombrado rector del Instituto Nacional, lo que me ha tenido constantemente ocupado en hacer reglamentos, reformar el plan de estudios, revisar textos, adoptar otros nuevos, y poner orden en infinitos detalles de esta máquina que se llama instituto, que ha tomado en los últimos años un inmenso desarrollo. Imagínese usted que tiene cincuenta y dos empleados y más de novecientos alumnos, fuera de los empleados y de los estudiantes de ramos profesionales, que dependen directamente del rector de la universidad.

Constantemente he remitido á usted algunos libros ó periódicos de los publicados en Chile. A Gutiérrez le he enviado la reimpresión del primer tomo de mi historia, que es una refundición completa de lo publicado en 1854. Creo que entregaría á usted el ejemplar que yo le remitía con este objeto.

Le remití igualmente, hace más de un año, un retrato mío para que lo entregara á usted y le pidiera el suyo. Tal vez mi carta se extravió.

Ahora le mando dos ejemplares de otro retrato para la colección de amigos que usted quiere reunir. El de usted, que recibí oportunamente, ha ido á ocupar un lugar preferente en mi álbum.

He visto en los diarios que don Jacinto Albistur ha sido nombrado ministro residente de España en Buenos Aires.

No puede usted imaginarse cuánto he celebrado esta noticia. Albistur es un excelente hombre, muy inteligente y muy liberal, con el cual se ha de entender muy bien el Gobierno de usted. Si ha llegado á Buenos Aires, salúdelo á mi nombre y póngame á su disposición. Haga presente mis recuerdos á su familia, á todos los amigos que deje en ésa, que recuerdo siempre, como Trelles, Elizalde, Lamas, etc. De usted espero que de vez en cuando me escriba y que me remita algunas de las publicaciones que se hacen en aquel país, en la seguridad de que yo por mi parte haré siempre lo mismo.

Me repito como siempre su muy afmo. amigo y S. S. Q. B. S. M.—*Diego Barros Arana.*

EL GENERAL MITRE ENVÍA UN CAJÓN DE LIBROS ARGENTINOS Á
BARROS ARANA.—EL SEÑOR ALBISTUR

Buenos Aires, febrero 18 de 1864.—Señor D. Diego Barros Arana.—Mi querido amigo: Es en mi poder su muy apreciable carta fecha 10 del ppdo., la que me ha proporcionado un verdadero placer, viendo ya reanudada mi correspondencia con mis buenos amigos de Chile, ahora que, recorrida la parte más escabrosa del camino que he tenido que allanar para encaminar esta patria por la senda de la libertad y del progreso, puedo descansar de la tarea, serenando el ánimo, y vigorizando mis fuerzas con las alentadoras palabras con que me estimulan los amigos verdaderos y leales como usted.

Tengo que agradecerle vivamente el interés con que acogió mi pedido de libros, dándole una extensión al envío que me anuncia por conducto de nuestro amigo Beeche, que me permitirá á la vez aumentar notablemente mi colección de libros chilenos, distribuir los duplicados entre tantas personas que se interesan por poseer estos libros, de los que es sensible decirle no hay ninguno en venta en las librerías de Buenos Aires.

Por lo demás, luego que reciba los libros, llenaré en todas sus partes los deseos de usted, enviando á la biblioteca aquellos que traen tal destino.

Mientras escribo á Amunátegui, cuyos adelantos en su carrera literaria son tan notables llenándome de satisfacción, tenga la bondad de agradecerle en mi nombre el envío de la parte de libros que entregó á usted para que me los remitiera.

Aunque muy rápidamente, he podido preparar una regular colección de libros argentinos, con que me es grato retribuir su envío de los chilenos. Habría sido más completa si no temiera perder la proporción, tan rara, de un vapor que debe llegar á Montevideo de un momento para otro, para se-

guir viaje con destino á Valparaíso. Sin embargo, en primera oportunidad irá otra remesa con el resto. Es adjunto el catálogo de los libros que ahora le remito.

El cajón que los contiene va rotulado á nuestro amigo Beeche, á quien escribo en esta misma ocasión, pidiéndole lo haga llegar con seguridad á poder de usted, y agregándole que usted le hará participar de su contenido. Espero, pues, que luego de separar para usted aquellos libros que sean de su agrado, el resto lo distribuya principalmente entre Beeche y otros amigos, á la elección de usted.

Aunque por una parte me complace sobremanera verlo á usted al frente del Instituto Nacional de Chile, pues estoy seguro que con su inteligencia y saber lo elevará á la altura á que está llamado, siento que la pesada labor que ello le demanda le quite el tiempo para sus otros trabajos literarios. Haga usted un esfuerzo, y termine cuando menos su trabajo sobre Hernando Magallanes, pues no será extraño que si deja correr algún tiempo sin concluirlo, le sea más difícil volver á él más adelante.

He recibido frecuentemente los libros y periódicos que me ha remitido usted de cuando en cuando, según me lo anuncia, como también el primer tomo de su historia reimpressa, que me entregó Gutiérrez. Gracias por tan constantes y amistosos recuerdos.

Muy pronto se hallará aquí el señor Albistur, pues sólo esperaba para emprender su viaje con el carácter de ministro de España en esta República, á que tuviese lugar el canje del tratado modificado, lo que se habrá realizado en el último tercio del mes próximo pasado, según me lo anuncia Balcarce. Mucho gusto tendré en llenar sus encargos cerca de tan excelente persona, que tan gratos recuerdos dejó en estos países en su primera residencia en ellos como agente diplomático del gobierno español.

No había recibido el retrato de usted que dice haberme enviado hará más de un año, y por lo tanto le doy gracias por los que me ha adjuntado ahora, uno de los cuales está ya colocado en mi álbum, entre mis amigos predilectos, y el otro en el álbum de los amigos de la familia en el salón.

No deje usted de escribirme siempre, con la regularidad que queda establecida, y créame su antiguo y afmo. amigo.
—B. Mitre.

Infojus

SISTEMA ARGENTINO DE
INFORMACIÓN JURÍDICA

POLÍTICA CHILENA.—LAS ELECCIONES DAN EL TRIUNFO Á LOS LIBERALES.—PETICIÓN DE UN CORRESPONSAL ARGENTINO PARA EL DIARIO LIBERAL DE SANTIAGO.

Santiago, abril 11 de 1864 (Contestada el 4 de junio).—
Mi muy querido amigo: Hace pocos días recibí una carta de usted en que me avisaba el envío de una remesa de libros que debía traer á Valparaíso un vapor que salía de Montevideo. Nuestro amigo Beeche me avisó que el vapor á que usted se refería no había traído ese cajón. Tal vez llegó tarde á Montevideo y no pudo ser embarcado. Creo que á la fecha habrá recibido usted el que yo le remití en enero último.

Con placer he leído las últimas noticias de Buenos Aires. Veo con satisfacción que el régimen liberal, lealmente practicado por el gobierno argentino, está surtiendo los mejores efectos. Lo supongo á usted muy contento con el desenlace de la cuestión electoral, que ha probado que el orden público está cimentado allí sobre bases muy sólidas.

Nosotros acabamos de pasar por un período muy interesante. Las elecciones de diputados y de senadores se han verificado en Chile de una manera desconocida hasta ahora, esto es, con la más amplia libertad. El partido montt-varista, dominante todavía en las municipalidades, el Congreso y los tribunales de justicia, ha hecho cuanto ha podido para perpetuarse en el poder, ganando las elecciones sin reparar en medios. Por la ley actual, las municipalidades tienen un poder inmenso cuando se trata de elecciones; pero á pesar de todo esto, y á pesar de los abusos, hemos triunfado en todas partes donde ha habido lucha. Sólo no ha sido posible luchar en algunos pueblos donde quedaban todavía intendentes ó gobernadores montt-varistas que no se paraban en medios para triunfar. En algunos pueblos, como Santiago y Cauquenes, donde los intendentes eran montt-varistas, el partido popular ha luchado, sin embargo, y ha triunfado. La tranquilidad no se ha turbado en nada por las elecciones, porque el

Gobierno ha querido que haya libertad completa, y la ha habido casi en todas partes.

Desde hace mes y medio hemos fundado en Santiago un diario liberal, cuya dirección está confiada á Miguel Amunátegui. He encargado que se remita á usted un ejemplar de ese diario, que es un motivo de orgullo para esta ciudad, por su buena redacción y la sanidad de los principios que proclama. Como tengo alguna parte en este diario, lo pongo á la disposición de usted para todo lo que quiera hacer publicar referente á la República Argentina.

Desde luego, puede usted disponer que alguno de los jóvenes que escriben en Buenos Aires en favor de su administración, nos mande una correspondencia noticiosa cada quince días, no sólo para dar á conocer la verdad de lo que ahí pasa, sino para señalar á nuestros escritores el rumbo que deben tomar al tratar de ese Gobierno, que es de toda nuestra simpatía. Creo que usted aceptará este sincero ofrecimiento.

Tanto en Santiago como en Valparaíso he visto al hijo de usted, y lo he atendido en cuanto me ha sido posible; sin embargo, creo que el joven está muy bien relacionado, y que tiene muchos amigos, porque á pesar de mis ofrecimientos no me ha ocupado casi nunca.

Le mando un ejemplar de una memoria muy interesante de Varnhagen.

Haga presente mis recuerdos á su familia, y mande á su afmo. y S. S.—*Diego Barros Arana.*

BARROS ARANA ENVÍA LIBROS CHILENOS AL GENERAL. — LAS OBRAS DEL GENERAL MITRE EN CHILE.—LA «HISTORIA DE AMÉRICA».

Santiago, julio 12 de 1864 (Contestada el 19 de agosto).
—Mi muy querido amigo: Hace pocos días recibí un cajón de libros argentinos mandados por usted, y hoy tres paquetes que vinieron por conducto de nuestro amigo Beeche. Ya puede usted imaginarse cuánto le agradezco estos obsequios que me ponen al corriente del movimiento literario de aque-

lla República y que engruesan mi colección. Los duplicados que usted me ha remitido han sido objeto de pleitos entre los aficionados ; pero yo he dado la preferencia primero á las bibliotecas públicas y después á los más inteligentes entre los coleccionistas. El «San Martín» ha sido peleado, porque habían llegado pocos ejemplares á Chile, y todavía más la «Historia de Belgrano», que antes de su remesa sólo poseíamos dos ó tres personas. Le agradecería que en primera oportunidad me mandara más ejemplares de «San Martín» para satisfacer en parte los muchos pedidos que me han hecho.

Hubiera querido remitir á usted una nueva remesa de libros, tan considerable como la anterior ; pero esto no ha sido posible, porque de enero acá se ha publicado muy poca cosa para formar un cajón. Sin embargo, le remito :

4 Amunátegui, Conquista de Chile.

2 Id, Poetas Americanos.

2 Anuario estadístico, 5.º tomo.

1 Meinadier, Estadística comparada de Chile.

1 Du Breuil, Arboricultura, publicación chilena, notable por sus láminas y por su utilidad.

2 Proyecto de código de procedimientos y diversos folletos. En este paquete va también un retrato de O'Higgins, dentro de un canuto de lata, para que no se estropee y muchos ejemplares de la «Vida de Magallanes», para que usted reparta á las personas á quienes van rotulados, á la biblioteca de Buenos Aires y á quienes usted quiera. He agregado tres ejemplares con una faja de papel para que usted tenga la bondad de remitir al Instituto Histórico del Brasil. Creo que alcanzaré á poner en este paquete la nueva edición, corregida del «Derecho de gentes» de Bello, que acaba de hacerse, y un paquetito de retratos fotográficos de algunos chilenos distinguidos. Esta pequeña remesa saldrá de Valparaíso en pocos días más.

Habría podido aumentar esa remesa con algunas publicaciones futilísimas que se hacen en el país, y con algunas traducciones, como la de la «Vida de Jesús» por Renán, de que se ha hecho dos ediciones á la vez ; pero pienso que eso no tiene interés alguno para usted y me ha parecido mejor circunscribirme á lo que algo vale.

Actualmente estoy componiendo una «Historia de América» para la enseñanza, que formará un volumen de 600 páginas en 8.º y de tipo menudo. Voy en la «Conquista de Méjico», y á fines de agosto habré terminado las dos primeras

partes, que están destinadas á la América indígena y á las conquistas.

Con cuatro meses más de trabajo haré las otras dos, colonia é independencia. En septiembre comenzaré á imprimir, y tendré cuidado de remitir á usted por partes este trabajo.

No me lisonjeo con la esperanza de hacer una obra notable; pero será un compendio claro, lleno de hechos y útil para los colegios americanos. En las ediciones posteriores podré mejorarlo algo más, corregir los errores, que siempre serán pocos, y mejorar su forma, que no puede ser muy buena, por ser hecho á la carrera, y para suplir una necesidad imperiosa. Después de este trabajo me propongo hacer un compendio de historia de Chile de iguales dimensiones para la enseñanza.

De este modo, amigo mío, me tiene usted convertido en pedagogo, y alejado de los estudios de investigación prolija que tanto me gustan, y para los cuales me había preparado recogiendo infinitos documentos.

Me repito como siempre de usted su afmo. amigo y S. S.
—*Diego Barros Arana.*

EL CONFLICTO ENTRE EL PERÚ Y ESPAÑA.—LA ACTITUD DE LOS GOBIERNOS Y DE LOS PUEBLOS PERUANO, ARGENTINO Y CHILENO.—NEGOCIACIONES DEL GOBIERNO DE LIMA.—NOMBRA- MIENTOS DESGRACIADOS.

Santiago, junio 31 de 1864 (C. el 7 de septiembre).—Mi estimado amigo: Tengo en mi poder la de usted del 4 de junio, que recibí dos días después de haberle escrito una carta y de haberle remitido un cajón de libros, de que le he dado cuenta. Por ahora no tengo nada de nuevo en materias literarias que comunicarle ni que remitirle. Sólo le diré que en poco tiempo más se pondrá en prensa un trabajo de Gregorio Amunátegui sobre el sistema colonial de los españoles. Por las partes que conozco de esta obra, puedo asegurarle que es una cosa notable

He visto con placer lo que usted me dice y lo que han publicado los diarios acerca de la actitud que ha tomado Buenos Aires con motivo de los sucesos del Perú. Creo que la decisión que han manifestado las Repúblicas Argentina y Chilena, servirá de mucho, ya que la conducta del Perú ha distado tanto de corresponder á lo que reclamaba la situación.

Desde los primeros días del conflicto, el gobierno del Perú pensó sólo en tratar con los españoles. El ultraje había producido en aquella República mucho menos impresión que en Chile y en Buenos Aires; sin embargo, el principio de reivindicación, tan torpemente invocado por Pinzón, había producido grande alarma en el cuerpo diplomático. En una reunión que éste celebró, acordó que dos de sus miembros, los ministros inglés y chileno, pasasen á las islas de Chincha á imponerse del verdadero propósito que habían tenido los españoles al dar el golpe. Los comisionados se entendieron para esto con el ministro de Relaciones Exteriores del Perú, con quien trataron de las bases de avenencia, según las cuales podía aquel Gobierno aceptar un arreglo.

Como usted debe saber, Pinzón y Mazarredo declararon á los comisionados, que ellos no pensaban en reivindicación ni en hacer ultraje alguno á la independencia del Perú, sino sólo arribar á algún convenio, obligando para ello al Gobierno del Perú, al cual le suponían sólo la intención de ganar tiempo, retardando las negociaciones.

Los comisionados volvieron á Lima con esta resolución. El Gobierno podía y quería tratar sobre las bases siguientes: 1.^a Devolución inmediata de las islas; 2.^a Saludo de la bandera peruana con una salva mayor; 3.^a El gobierno del Perú mandaría á España un plenipotenciario para hacer los arreglos y tratados del caso; 4.^a Los asuntos de Talambo no se someterían á arreglos diplomáticos por estar su resolución pendiente de los tribunales de justicia.

Pero, mientras el Gobierno peruano estaba en estos preliminares de arreglos, llegó á Lima la noticia de lo que había ocurrido en Chile. En Santiago, en Valparaíso y en casi todos los pueblos había habido numerosas reuniones, en que se había hablado del ultraje inferido al Perú, como de una injuria hecha á Chile, y se hablaba de la guerra como el único medio de lavar la afrenta. La actitud del Gobierno chileno, la de todas las corporaciones de Santiago y hasta la de los clérigos y canónigos, produjeron en Lima el entusiasmo bélico que no había producido el ultraje. Los limeños comenza

ron á recorrer las calles de la ciudad saludando la bandera chilena y pidiendo guerra.

El Gobierno se halló confundido con esta actitud tan inesperada del pueblo, y sin atreverse á romper las iniciadas negociaciones declaró que no había hecho nada por la paz, y que los agentes diplomáticos que habían ido á Chíncha lo habían hecho por su sola voluntad.

Este embuste habría sido nada sin otra ruindad mayor. El gobierno del Perú subvenciona diarios en Chile, y á uno de éstos remitió privadamente su correspondencia con el encargado de Negocios de Chile en Lima; pero tuvo cuidado especial de no remitir ninguna nota en que se hablara de la participación del Gobierno en las negociaciones. Si usted ve publicadas esas notas, notará la falta de algunas piezas cuya importancia se conoce por las referencias. El gobierno de Chile, que tiene en su poder la correspondencia, se ha guardado de publicarla, por evitar esa vergüenza al Perú.

Esto podrá explicar á usted la situación anómala del Perú. ¿Está en guerra con España? ¿quiere tratar? Nadie lo sabe, y el Gobierno peruano menos que nadie. Estrechado por las manifestaciones populares, ha hecho escribir en los diarios que paga en Lima contra el gobierno de Chile por que no ha declarado la guerra, y ha gastado nueve millones de duros tomando por pretexto la situación actual. Mientras tanto tiene á su disposición once buques de guerra, entre buenos y malos, 200 cañones rayados, 80.000 fusiles y dos fábricas de pólvora; y á pesar de todo esto se ha mantenido á la expectativa, y cuando se le ha pedido que declare la guerra, se ha hecho defender con el pretexto de que Chile no la ha declarado. Imagínese usted en qué fangal se habría metido este Gobierno si, tomando por princesa púdica á aquella Maritorres, hubiera salido como Don Quijote rompiendo lanzas y metiendo alboroto al mismo tiempo que el gobierno del Perú trataba en secreto con los españoles.

En Chile, amigo mío, se entienden las cosas un poco más á lo serio, como usted sabe; y conozco bien que usted practica los mismos principios. La correspondencia que ha mediado entre el encargado de Negocios de España y nuestro Gobierno, le probará á usted cómo se ha entendido aquí esta cuestión.

Me aseguran, pero esto no es creíble, que el Gobierno peruano ha tratado secretamente con el comisionado español Salazar y Mazarredo, y que le ha dado 100.000 pesos fuertes

para que se marche á España y haga desaprobado su conducta. Todo se puede suponer de la catadura del comisionado, que sólo es un pobre diablo lleno de petulancia; pero no se puede creer otro tanto, á lo menos por dignidad, de un gobierno hermano.

He visto publicada la noticia de que en San Juan se ha nombrado vocal decano de la Cámara de justicia á un chileno llamado X. X. X. ¡Cuidado! El tal X. no es abogado, sino un grandísimo bribón, procesado en Chile dos veces por crímenes muy graves. Una vez falsificó la firma de su padre para cobrar su sueldo; y otra vez falsificó ó robó unas letras de giro. Es un desalmado, capaz de cualquiera maldad, muy conocido en Chile. Es menester que usted sepa esto.

Creo inútil advertirle que estas noticias son de carácter reservado.

Su hijo continúa divirtiéndose mucho en Chile.

Mis recuerdos á su familia y disponga de su afmo. amigo y S. S.—*Diego Barros Arana.*

LA ARGENTINA EN EL CONFLICTO PERÚ-ESPAÑOL —LA «VIDA Y VIAJES DE MAGALLANES» DE BARROS ARANA.—JUICIO DEL GENERAL MITRE SOBRE ESA OBRA.

Buenos Aires, septiembre 7 de 1864.—Señor D. Diego Barros Arana.—Santiago.—Mi querido amigo: Es en mi poder su apreciable carta fecha 31 de julio último, á que tengo el gusto de contestar, anunciándole que está ya en mi poder el cajón de libros que ha tenido la bondad de enviarme y por el que le reitero mis agradecimientos.

En un cajón que estoy preparando para Beeche y otros amigos irán también para usted algunos libros últimamente publicados aquí, y entre ellos varios ejemplares de los «Estudios históricos sobre la revolución argentina», de que le he hablado en una de mis últimas cartas, para que las reparta entre sus amigos.

En cuanto al interesante trabajo de Amunátegui, espero

que me envíe usted un ejemplar luego que esté publicado, si es que este amigo se olvida de mí, pues hace tiempo que no me escribe.

Y ahora que ya he hablado de nuestra pasión favorita, vamos á algo más ingrato, como es la política.

Como debía esperarse, la noticia del acto pirático de los agentes españoles en el Perú, produjo aquí las mismas impresiones que en Chile. Las manifestaciones patrióticas que con tal motivo tuvieron lugar, han revelado que el pueblo argentino, celoso de su independencia, lo es también de la de las demás Repúblicas del continente, y que siempre está dispuesto á no retroceder en el cumplimiento de sus deberes cuando se vean atacadas en la existencia independiente que han conquistado con su sangre.

Esto mismo debió haber esperado el gobierno del Perú, de parte de Chile y la República Argentina; y es sensible que contando con tal apoyo, no hubiese asumido la posición, franca y enérgica, que le correspondía ante el inaudito atentado de que fué víctima. Así es que las vacilaciones en los incidentes que usted me comunica reservadamente, dificultan el que pueda volver con éxito sobre sus pasos, aun para realizar un convenio honorable y digno en tan desagradable cuestión, aunque todavía espero que puede arribarse á un arreglo digno y satisfactorio, porque ambas partes lo desean y lo necesitan, y la España tal vez más que el Perú.

Reteniendo sin embargo el gobierno español las islas, como lo ha hecho, hasta que el del Perú declare no haber tenido participación en los atentados de que se ha presentado como víctima el señor Mazarredo, y estar dispuesto al mismo tiempo á arreglar los reclamos que presenta la España, y resuelto por su parte el gobierno peruano á no entrar en ninguna clase de arreglo sin una satisfacción previa por el ultraje que se le ha inferido, no veo medio de que puedan entenderse, si un tercero oficioso no salva esta dificultad, moviendo á uno y otro de la posición en que se han colocado, porque al fin es necesario que hablen y se entiendan, aun para obtener la misma satisfacción á que aspira el Perú, y que puede ser la base del arreglo honorable y digno que ponga término á un estado de cosas tan violento. Tal vez al gobierno de Chile le está reservado rendir este importante servicio al Perú y á la España, lo que me daría una verdadera satisfacción, pues prefiero siempre las vías pacíficas al empleo de la fuerza, si aquéllas pueden producir el honroso resultado que se busca.

Tomo nota de lo que usted me comunica respecto del chileno X. X. X. En primera oportunidad y con la reserva debida transmitiré estos mismos antecedentes á los amigos de San Juan y al Gobernador, procurando que se le separe del puesto que se le ha confiado, y en el que, efectivamente, puede hacer mucho mal.

Mucho he gozado con la lectura de su último libro «Vida y viaje de Magallanes». Es sin duda lo mejor que se ha escrito sobre este célebre viajero, y tal vez lo mejor que ha escrito usted sobre historia y geografía, por la armonía del conjunto, el severo gusto literario que ha presidido su composición y la exactitud de las noticias históricas y geográficas que contiene, bebidas en fuentes puras y en documentos poco conocidos ó inéditos. Es, en fin, un libro que se puede leer por placer ó por vía de sólida instrucción. Como puede usted llegar á creer que éstos son cumplimientos de amigo, le diré (tan solamente para probar que he leído con atención su libro), que me parece que usted no ha hecho bastante justicia al citar las investigaciones históricas de Clavera para apoyarse en su testimonio, mientras que ña hecho una especie de elogio de su competidor Mr. Hott, que usted reputa como la mejor defensa de los títulos de Martín Behaim, cuando todos están conformes en reconocer que Hott es el escritor sobre la materia que más ha lucido en su ignorancia sobre la historia y la geografía del siglo xv. No conocía yo la Memoria de Hott, sino por las referencias de Clavera, hasta ahora poco que la leí en el «Espíritu de los mejores diarios» (que usted cita también) y he llegado á formar la misma opinión del escrito; y para agotar la materia sobre Martín Behaim, le observaré en su obra una confusión de lenguaje que puede dar asidero á la critica, y que á mí mismo me hizo creer al principio que usted incurriría en un grave error. Dice usted, hablando de Martín Behaim, en su ilustración 3.^a, después de decir que este personaje permaneció en la isla de Fayal hasta 1490, que probablemente en «esa época» se conocieron con Colón, asegurándose ambos en su convicción de la existencia de las tierras occidentales. Como en el párrafo á que me refiero se contrae usted al período desde 1480 hasta 1490, parecería que á él debía referirse usted, cuando su mente ha sido probablemente referirse á la época en que Colón permaneció en Portugal ó sus posesiones lejanas desde 1470 hasta 1484, durante cuyo período pueden estos dos personajes haberse conocido en Lisboa, desde 1482 hasta 1484, pues des-

de 1486 hasta 1490, en que Behaim permaneció en la isla de Fayal, como lo observa el barón de Humboldt con este motivo, Colón permaneció en España, como es de notoriedad, y no hay constancia de que el descubridor del Nuevo Mundo haya estado nunca en las Azores, aunque varios escritores lo creen posible y aun probable. Consigno aquí esta ligera crítica como correctivo de mi caluroso elogio á su obra, para que no pueda ser tachado de sospechoso, y para que usted mismo se persuada de que he leído su libro con verdadero amor.

Pronto espero poder transmitirle la noticia de que me ocupo de escribir la «Historia del descubrimiento, conquista y fundación del Río de la Plata», obra que no hace notable falta, y para la que estoy reuniendo los antecedentes que me han de servir para escribirla. El archivo de Sevilla me ha proporcionado preciosos documentos, y continúo recibéndolos todavía, enviados por un inteligente encargado que allí tengo para transmitírmelos. Si en sus pesquisas en los archivos de España, y en el mismo de Sevilla, conserva algunos apuntes ó memoria de documentos que le hubiesen venido á la mano, y que sean útiles para el trabajo de que voy á ocuparme, agradeceré me los transmita, pues tengo facilidad para que se me remitan copias de cualquier ciudad de España.

Tengo aún sin encuadernar la colección de «Historiadores chilenos», aguardando á que usted me remita la última parte. Le agradeceré su envío, pues deseo colocar en mis estantes esta interesante obra.

Comencé esta carta hablando de libros, y la termino con el mismo asunto, repitiéndome siempre su afmo. amigo.—*B. Mitre.*



LOS VIAJES DE PINZÓN Y SOLÍS

Buenos Aires, marzo 2 de 1865.—Señor D. Diego Barros Arana.—Mi querido amigo: Tengo en mi poder su interesante carta de 13 de octubre del año ppdo., que llegó á mis manos con algún retardo, y que con algún retardo contesto también.

Mucho le agradezco las interesantes noticias históricas que usted se sirve darme, las que llevan el sello de su espíritu investigador, y de su perfecto conocimiento en materia de historia y de geografía americana, aun en aquellos puntos en que parecería se alejan algún tanto de sus estudios.

En su interesante carta se contrae usted especialmente á ilustrar el viaje de Solís y Vicente Pinzón en 1508, que según se dice por todos los historiadores, llegaron hasta los 40 grados de latitud Sur, lo que usted no cree. No se explica usted lo bastante en su carta, respecto de si lo que cree es que dichos navegantes no llegaron hasta la altura indicada, ó si duda también de la verdad del viaje en aquella fecha.

Como después del descubrimiento del Cabo de San Agustín, en el Brasil, el viaje de 1508 es el punto de partida del descubrimiento del Río de la Plata, en que figura á la vez el nombre de su ilustre descubridor, éste es un problema histórico que á mí también me ha ocupado mucho tiempo, y que como usted he procurado ilustrar, rastreando el origen de la noticia, y como usted, he llegado á dudar, aunque todavía no me atrevo á negar, ni menos á afirmar de si Pinzón y Solís llegaron hasta los 40.º, como tan asertivamente lo afirma Humboldt en su «Examen de la geografía del Nuevo Continente».

Manifestaré á usted el resultado de mis investigaciones.

Usted cree hallar el origen de la noticia en cuestión en una indicación vaga del historiador Gomara (Cap. 88, según V.), quien hablando de las navegaciones de Vesputio dice que pretendía haber llegado hasta los 40.º; pero que muchos

tachaban sus viajes, agregando con tal motivo «yo creo que navegó mucho, pero también sé que navegaron más Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís». Cree usted asimismo que Herrera, poco prolijo en materia de grados geográficos, copió en tono afirmativo las noticias vagas de Gomara.

No creo, como usted, que sea en Gomara donde deba buscarse el origen de la noticia dada por Herrera. A este respecto me parece que sus apuntes deben hallarse incompletos, ó debe usted haber padecido alguna omisión al copiarlos. El capítulo de Gomara en que se da esa vaga noticia, es el 87 de la edición de Amberes de 1584, y en el capítulo 88, á que usted se refiere, se da la noticia de una manera afirmativa, diciendo: «Juan Díaz de Solís, natural de Lebrija, las costeó legua por legua el año de doce á su propia costa. Siguió la derrota de Pinzón. Llegó al Cabo de San Agustín y de allí tomó la vía de Mediodía y costeano la tierra anduvo hasta ponerse casi en 40.º».

Ya ve usted por esta cita que Herrera, aun cuando este historiador hubiera seguido á Gomara, no convirtió en afirmativa la vaga noticia del segundo, y que mejor informado no hace mención del pretendido viaje de Solís en 1512, sin embargo de que Oviedo, que conoció á Solís y que habla mucho de sus navegaciones, repite en varios capítulos de su grande obra que Solís hizo en efecto ese viaje en aquel año, como puede verlo en el libro 21 y 23 de su «Historia General».

Debe llamar mucho la atención que todos los historiadores hablen de dos viajes de Solís al Río de la Plata ó su altura. Oviedo habla del pretendido viaje de 1512 y del de 1515. Gomara, después de hablar del de 1508, habla también del de 1512 y del de 1515, suponiendo descubierto el Río de la Plata en 1512. Herrera habla sólo del de 1508, sobre el cual no puede caber duda, y aplicando á éste los detalles sobre la derrota y la altura que Gomara aplica al pretendido de 1512, da después noticia exacta del de 1515, siendo el único de los historiadores antiguos que trata correctamente esta parte. Así, pues, resulta: que Herrera no transformó una noticia vaga en aserciones, ni inventó los grados de latitud, sino que rectificó una fecha, y separó sucesos que estaban comprendidos en un viaje falso; y debemos creer que lo hizo con perfecto conocimiento y en presencia de documentos, como acostumbra, pues á haber seguido á algún cronista, habría copiado los errores de Oviedo y de Gomara, tales y cuales.

Aunque es cierto que Herrera, como todos los historiadores primitivos pagó su tributo á la falibilidad humana, lo creo uno de los más concienzudos y mejor informados, habiendo tenido ocasión de comprobar por mí mismo sobre puntos delicados y muy recónditos, que siempre escribió teniendo á la vista los documentos que recién hoy van saliendo á luz. Así es que todavía no desespero de que aparezca algún documento en el archivo de Indias de Sevilla, que nos ponga en la verdadera vía, y nos revele hasta qué altura llegaron en 1508 Solís y Pinzón; y creo tanto más fundada esta esperanza cuanto que Navarrete en su tercer tomo, contraído á los viajes menores, en que no ha hecho sino recopilar las noticias publicadas por los historiadores antiguos, ha insertado en su Apéndice algunos documentos que se refieren á este viaje, sin duda porque este punto no le llamó mucho la atención, ó porque sus investigaciones fueron muy superficiales ó ligeras, como todas las que ha hecho respecto del Río de la Plata.

Que el viaje de Vicente Yáñez Pinzón y de Juan Díaz de Solís, en 1508, tuvo lugar, y que el objeto era descubrir tierras al Sur de la línea equinoccial, es punto sobre el cual no es permitido dudar. Herrera, en su libro 7 de la Década Primera, da noticia circunstanciada de sus preparativos, y extractando evidentemente documentos auténticos que tenía á la vista, da una extensa relación de la instrucción que llevaron, y hasta del piloto Ledesma, que los acompañaba, y allí se dice también que en la reunión que hizo el rey en 1507, se acordó con Pinzón, Solís, Juan de la Casa y Vespucio, que «convenía se fuese descubriendo al Sur por toda la costa del Brasil adelante»; y en el capítulo 9 del mismo libro, que comprende los sucesos de 1509, se habla del resultado de ese viaje, diciendo: «el año pasado Juan Díaz de Solís y Vicente Yáñez Pinzón, con las dos carabelas armadas por el rey, y desde las islas de Cabo Verde fueron á dar en la tierra firme al Cabo de San Agustín, y pasando adelante, llevando la vía del Sur, costeano la tierra firme, fueron á ponerse casi en 40.º de la otra parte de la línea equinoccial».

Aquí hay más noticias y detalles que en Gomara, pues además de los detalles arriba indicados, del número de buques y del piloto que los acompañaba, se da hasta la idea de la derrota que llevaron, y debo creer que es á este pasaje al que usted se refiere y no al capítulo 9 del libro 8, que usted me cita en su carta, sin duda por error de pluma.

Excuso citarle sobre el mismo punto otros testimonios de Oviedo, el cual da sobre Solís noticias curiosas que no he visto explotadas por nadie. Lo dicho basta para mi objeto, y es establecer que el viaje de Pinzón y de Solís en 1508, al sur de la línea equinoccial, con el objeto de seguir descubriendo tierras adelante del Brasil, es una verdad. Ahora lo que falta por averiguar es hasta qué altura llegaron esos navegantes, si realmente llegaron hasta los 40.º de latitud Sur, como lo afirman Gomara y Herrera, y como lo creen Navarrete y Humboldt, ó si ésta es una equivocación que padecieron, procurando indagar si realmente fueron costeano por la tierra, como se expresa, ó si se lanzaron á la alta mar, como pretende Américo Vespucio que lo hizo en 1501, cuando asegura que llegó hasta los 40.º, no faltando quien diga que llegó entonces hasta los 50, según lo observa Humboldt (Gomara, fol. 49 a).

No debemos desesperar de encontrar algún documento que nos aclare este punto obscuro, y mientras tanto debemos suplirlo con la crítica ilustrada y con la discusión de los que empleamos nuestro tiempo en estas antiguallas, adoptando para el efecto seguros puntos de partida, que se hallen suficientemente documentados. Sin embargo, como á usted, me parece muy difícil que si en 1508 los expresados navegantes fueron costeano la tierra, se les hubiese podido ocultar el Río de la Plata, según se dice, pues como lo observa Humboldt, y es fácil comprobarlo, echando una vista sobre la carta, el Cabo de Santa María, que se avanza como segundo, respecto del de San Antonio, se presenta al que viene del Norte ó del Sur, como la extremidad de un continente, pues la gran extensión de la embocadura hace que en cualquiera de los dos casos no se aperciba sino una sola tierra. Podemos, pues, dudar si llegaron ó no á los 40.º y suponer que pueden ser 30 ó cosa parecida, ó que se lanzaron á la alta mar en línea recta, pasando á larga distancia de la embocadura del Río de la Plata, etc., pasarlo de noche ó en medio de nieblas ó lejos de la costa, aunque las corrientes debieron notarlas, aun navegando á larga distancia de la costa; lo primero inclinaria á creer la carta publicada en Strasburgo en 1512, de que usted me da noticia, que señala el grado 30 como el último límite de la tierra conocida entonces al Sur, mientras que pueden inclinar á lo segundo otras cartas anteriores ó contemporáneas que prolongan la tierra americana algunos grados más al Sur, siendo el testimonio más importante á este respecto

la carta de la edición de Ptolomeo en Roma en 1508, en que Humboldt cree descubrir el rastro de los descubrimientos que en ese tiempo hicieron los portugueses, cuando los españoles los intentaban por la misma vía; y aunque ésta no es prueba concluyente, unida á otros datos que el mismo Humboldt ha recogido, no sería difícil que pudiera llegarse á comprobar que la tierra descubierta no se limitaba en el Cabo de Santa María, como lo dice Fernández de Enciso en su «Suma de geografía» publicada en 1519, porque si bien este testimonio es de mucho valor, es simplemente un argumento negativo, pues no sería extraño que él no tuviese noticia de todos los descubrimientos, cuando nosotros que sabemos todo lo que Enciso ignoraba, y tenemos á la vista todos los documentos que él no pudo consultar, aun nos queda mucho que saber y aprender sobre la materia, y todos los días padeceremos equivocaciones por falta de datos suficientes.

A propósito de la carta de Strasburgo, de 1512, de que usted me da noticia, debo decirle que no tengo ningún conocimiento de ella; así es que me inclino á creer que la carta á que usted se refiere es la del Ptolomeo de 1513, publicada en Strasburgo, carta que como es sabido es contemporánea y tal vez anterior á la del Ptolomeo de Roma, en 1508, pues es copiada como lo manifiestan Humboldt y otros, de una carta de aquella época proporcionada por Renato, duque de Lorena, bajo cuyos auspicios se empezó la edición seis años antes, como se expresa en el mismo libro. De manera que, si así fuese, la carta á que usted se refiere no probaría más que la de 1508, ó en todo caso probaría que en 1508 la tierra conocida llegaba hasta el grado 35 Sur, y entonces quedaría por averiguar quién descubrió la tierra americana hasta esa altura, haciéndose el problema mucho más difícil y complicado desde que usted suprime el viaje de Pinzón y de Solís en 1508, al menos hasta la región del Cabo de Santa María.

De todo esto deduzco que si bien hay motivos para dudar de que en 1508 los navegantes hubiesen llegado hasta los 40° de latitud Sur, ó á los 50, como dicen algunos, no hay motivo para dudar de la existencia del viaje de Pinzón y de Solís en 1508, como parece dudarlo usted, aunque no de una manera absoluta.

Hasta aquí llevaba escrita esta carta cuando ha llegado á mis manos el número 21 de la «Revista de Buenos Aires»,

en que se publica el artículo de usted sobre la materia de que vamos hablando; y en ese artículo veo que aunque usted no niega de una manera absoluta la existencia del viaje de 1508 á 1509, se vale de los mismos argumentos contenidos en su carta para negar afirmativamente que antes de la segunda expedición de Solís se hubiesen hecho viajes hasta la latitud del Río de la Plata.

Sería largo entrar de nuevo en el análisis de su artículo, del que tal vez me ocupe en un trabajo especial de crítica histórica para la misma revista, limitándome por ahora á hacerle una observación á su respecto. Dice usted que el autor de la «patraña» del viaje de Solís en 1512 es el historiador Gomara, y que de él lo copió después Oviedo, lo que debo creer es una distracción ó un error de imprenta, pues sabe usted muy bien que Pedro Mártir y Oviedo son los padres de la historia americana, sin contar á Las Casas; que así lo dice el entendido historiador Muñoz; que Oviedo había acabado la primera parte de su obra en 1523, y que cuando la publicó en 1525, ya tenía acopiados todos los materiales de su grande obra, mientras que Gomara recién publicó la suya en 1552; y para que no quede duda que fué entonces, en 1551, cuando la acabó, dice al terminar su libro: «Tanta tierra como dejo dicho han descubierto, andado, etc., nuestros españoles en sesenta años de conquista»; y siendo el descubrimiento en 1492, en 1552 se cumplen los sesenta años de que habla Gomara. Así, pues, no es en Gomara donde debemos buscar la fuente de los errores de que usted habla, y más bien debe creerse que Gomara copió á Oviedo en cuanto al pretendido viaje de 1512, y que Herrera, rectificando á Oviedo y á Gomara al mismo tiempo, habló del viaje de 1508, como queda apuntado, en presencia de otros documentos, pues la relación de Herrera no tiene punto de contacto con la de ninguno de ellos, sino en cuanto á los 40° de latitud, que es el único que queda por averiguar.

Dejando aparte este asunto, para tratarlo más largamente, le diré que conozco los documentos referentes á las expediciones de García y de Cabral, de que usted me habla, y de que Domínguez no tuvo noticia, habiéndolos leído en la «Revista del Instituto del Brasil», y habiendo obtenido una copia auténtica del diario de viaje de García, tomado por encargo mío en el archivo de Indias de Sevilla. A propósito de esto le observaré que creo que Domínguez no ha sacado la

noticia de la expedición de García de la ligera referencia que de ella hace Navarrete, sino del extracto un poco difuso, pero bastante exacto, que de ese documento hace Herrera, en el capítulo 1.º del libro 1.º de la Década 1.ª, que he comparado cuidadosamente con el texto de García, convenciéndome por mí mismo de que Herrera tuvo á la vista el documento original.

Usted cree que después de esa época, los hechos se aclaran extraordinariamente, lo que tal vez no diría si hubiese tocado más inmediatamente las dificultades que presenta la historia del descubrimiento y conquista del Río de la Plata, después de la expedición de Cabot.

Empezando por la expedición de don Pedro de Mendoza, en 1535, no hay más texto que seguir que Schmidel, faltando hasta el acta de la fundación de Buenos Aires en aquella época; siendo indispensable para tomar desde aquí el hilo de la historia, no sólo hacerla de nuevo, sino rehacer casi todo lo escrito. Digo esto, porque he recibido del archivo de Sevilla documentos muy importantes, que ilustran esta época hasta el gobierno de Irala, sobre el cual casi nada serio se conocía.

La misma época de Alvar Núñez Cabeza de Vaca es indispensable ilustrarla con documentos auténticos, y entre uno de los más importantes que he descubierto, cuento una relación del escribano Pedro Hernández, á quien se atribuye la redacción de los comentarios de Alvar Núñez, sin fundado motivo, según voy viendo.

Después de Alvar Núñez la corriente de la historia se pierde, como la de esos ríos que se ocultan bajo la tierra, para ir á reaparecer á una larga distancia. Desde 1544 ó más bien dicho desde 1557 hasta la segunda fundación de Buenos Aires, en 1580, y muerte de Garay en 1584, no hay más texto que el poema del arcediano Barco de Centenera. Recién ahora van descubriéndose algunos documentos que ilustran esa época, pues ni el acta de la segunda fundación era conocida hasta ahora, que he podido encontrarla en el archivo de Sevilla, perdida en un expediente del licenciado don Juan Torres Vera y Aragón, personaje interesante que empezó su carrera en Chile, como miembro de la audiencia de Concepción, y que merece ser sacado del olvido en que yacía, tanto por lo que respecta á nuestra historia como á la de Chile.

Con el siglo xvi puede decirse que acaba propiamente la

historia del descubrimiento, conquista y población del Río de la Plata; y es entonces recién que empieza á aclararse un poco; pero incurrirá en los más groseros errores el que tome por guía á los cronistas y no vaya á investigar la verdad en los documentos originales que se hallan inéditos casi en su totalidad.

Pero basta ya con lo expuesto para satisfacer su pasión por estas antiguallas históricas, que si bien tienen mucho interés para los que, como nosotros, nos gusta pasar horas tras horas cubriéndonos con el polvo que cubre los mamotretos y demás papeles olvidados en viejos estantes, fastidiaría á la generalidad si me ocurriese dar á luz esta carta, contestando á su artículo sobre la materia. Y pasando á otra cosa le diré que he tenido el gusto de hablar largamente con nuestro amigo Lastarria de cosas de Chile, que me interesarán siempre, pues recuerdo con especial agrado mi permanencia allí, y los inolvidables amigos que en él conservo. Por supuesto que en nuestras conversaciones no ha sido olvidado usted.

Mi biblioteca americana, que aunque ligeramente ha examinado ya Lastarria, es hoy bastante numerosa, contando en ella muchos libros raros y muy interesantes por su mérito y por su antigüedad. Siento que este amigo no sea tan maniático como usted y como yo, pues entonces nuestras entrevistas serían diarias, como espero lo serán si se atreve usted á dar un salto por los Andes y trasladarse aquí, lo que no sería difícil si realizáramos el ferrocarril transandino, pues entonces podríamos visitarnos para hacernos recíprocamente registros de nuestros papeles.

Me repito como siempre su afmo. amigo.—*B. Mitre.*

LABOR DE BARROS ARANA EN EL INSTITUTO NACIONAL DE
SANTIAGO.—SUS TRABAJOS HISTÓRICOS

Santiago, abril 30 de 1865 (C. el 2 de junio).—Mi muy querido amigo: Tengo en mi poder su apreciable y erudita carta del 19 del pasado (1). Por ella veo con placer que usted,

(1) Esta fecha debe de ser un error de Barros Arana, pues seguramente esta carta suya es contestación á la anterior del general Mitre, fechada el 2 de marzo.

en medio de multiplicadas y penosas atenciones, consagra á los estudios históricos no poco tiempo, y se prepara sólidamente para el trabajo que medita. Pero he sentido que usted crea que mi carta anterior era escrita con otro objeto que llamar su atención hacia un punto que merece ser estudiado.

Bien quisiera yo, amigo mío, poder consagrarme á esa clase de estudios, mucho más desde que he acopiado un verdadero caudal de noticias y documentos para escribir una historia de Chile. Pero ¿cuándo podré emprender este trabajo? Mucho me temo que nunca. Usted sabe que ahora tengo á mi cargo la educación de más de 900 niños, y para atender regularmente este maremágnum me ha sido forzoso volver á los estudios de colegio. Me tiene usted en medio de los autores latinos, la cosmografía, la geografía física, los libros elementales de historia, las gramáticas, etc., etc. En dos años he reformado mucho los medios de enseñanza, los textos y los métodos, pero me falta mucho por hacer todavía para que estas reformas descansen sobre bases sólidas.

Penetrado de la necesidad de modificar la enseñanza de la historia, hice traducir los excelentes textos de M. Duruy, y como faltara uno de historia americana, emprendí la composición de la obra de que ya he remitido á usted un volumen. Habiendo tomado ésta mayores dimensiones de las que convenían á este objeto, he hecho una reducción que se publica por entregas, y de las cuales le mando á usted las dos primeras. En este trabajo, no verá usted más que buen deseo de agrupar metódicamente las noticias más averiguadas para que los niños puedan estudiarlas. No he tenido el propósito de hacer un trabajo crítico, ni de alta erudición, y antes por el contrario, he evitado citaciones, no discutiendo sino aquello que era imposible dejar de discutir. Creo que se me habrán escapado algunos errores; pero presumo que no han de ser muchos, ni de grande importancia. ¡Ojalá sea así! La imprenta, en cambio, ha hecho una edición detestable, llena de errores tipográficos.

Por el ministerio de Relaciones Exteriores remití á Latorria un paquete para usted. Contenía mi ejemplar de las «Memorias de Cabot», que puede serle útil en el trabajo que usted ha emprendido. Me ha bastado saber que usted no poseía ese libro, y que deseaba tenerlo para remitírselo por el camino que he creído más corto.

En poco tiempo más podré remitir á usted algunos libros

Infojus

SISTEMA ARGENTINO DE
INFORMACIÓN JURÍDICA

chilenos de poco interés, tal vez, pero que usted no posee en su biblioteca.

Sin otra cosa por ahora, le suplico que me haga presente á su familia y á los amigos que me recuerden, y que disponga de su afmo. amigo y S. S.—*Diego Barros Arana.*

BARROS ARANA REANUDA LA CORRESPONDENCIA, SUSPENDIDA DURANTE ALGUNOS AÑOS. — LA CORRESPONDENCIA ENTRE SAN MARTÍN Y EL GENERAL IGNACIO ZENTENO.

Santiago, julio 3 de 1875 (C. agosto 10).—Mi muy estimado amigo: A pesar del tiempo que ha transcurrido desde que por causas extrañas á nuestra voluntad se ha suspendido nuestra correspondencia, yo no he echado en olvido su buena amistad; lo he seguido paso á paso en su carrera política, celebrando ó sintiendo los accidentes prósperos ó adversos, é interesándome vivamente por cuanto se relaciona con usted. Créame que el transcurso de los años no ha enfriado mis simpatías por usted, y que ahora como en 1859 soy su amigo de corazón.

Hoy, sin saber á punto fijo dónde se halla usted, le escribo esta carta, que según espero, servirá para reanudar nuestras relaciones epistolares, á petición de uno de mis mejores amigos de Chile.

Es éste don Ignacio Zenteno, hijo del general del mismo nombre, que fué por varios años ministro de Guerra y Marina del general O'Higgins, y confidente íntimo del general San Martín. Mi amigo Zenteno ha reunido una colección inmensa de papeles sobre la historia de Chile desde 1817 hasta 1823, y prepara una publicación importantísima sobre esos sucesos, que contendrá de 2500 á 3000 documentos concernientes á Chile y el Perú. Como yo he examinado prolijamente esos papeles, puedo asegurarle que la obra que va á dar á luz Ignacio Zenteno es capital, por el acopio de noticias.

Sus colecciones no se componen únicamente de documentos oficiales. Ha reunido muchos centenares de cartas,

pudiendo disponer de todo el archivo particular de su padre y del que fué del general O'Higgins. Como yo tuve entrada al archivo del general San Martín en 1860, pude copiar allí todas las cartas dirigidas á éste por O'Higgins, y he puesto esas copias á disposición de Zenteno, quien las ha explotado á las mil maravillas.

Sin embargo, este amigo no ha podido proporcionarse las cartas de su padre á San Martín. Escribió sobre este particular al señor Balcarce, y este caballero le contestó que era usted el poseedor de todo el archivo de su suegro. En esta situación, Zenteno apela á mí para que yo interponga mi antigua amistad con usted.

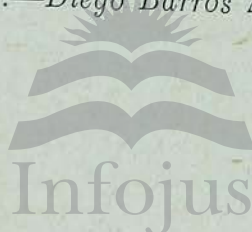
Zenteno quisiera poseer copia de las cartas que su padre, el general José Ignacio Zenteno, dirigió á San Martín. Por los pocos borradores que ha podido hallar entre los papeles de su padre, sabe que esas cartas, aunque suelen tratar de asuntos de negocios, son interesantes para la historia, por el caudal de noticias que contienen. Cree él, por un recuerdo mío, que San Martín dejaba dentro de cada carta que recibía, el borrador de la carta que él escribía, y piensa que por ahí podrían hallarse algunas cartas de San Martín á su padre, que él no conozca.

Mi amigo Zenteno me encarga que pida á usted el señalado servicio de enviarle copia de todas esas cartas. En cambio, se ofrece á enviar á usted una copia completa de la correspondencia de San Martín á O'Higgins, que como usted lo supondrá, es de la mayor importancia.

Como Zenteno tiene sus materiales prontos para la impresión, me encarga que le ruegue para que cuanto antes le dé contestación.

Hace poco, á fines de 1874, envié á usted varios libros chilenos sobre historia, y entre otros la «Crónica de los jesuitas de Chile» por el P. Olivares, y «El proceso de Pedro Valdivia», publicados ambos por mí. Dudo que hayan llegado á sus manos en esa época borrascosa. Avíseme lo que haya ocurrido para repetirle el envío al lugar de su residencia.

Reciba el más amistoso y cordial abrazo de su viejo é invariable amigo y S. S.—*Diego Barros Arana.*



LA POLÍTICA Y LAS LETRAS.—BARROS ARANA EN EL INSTITUTO NACIONAL DE SANTIAGO.—SU LUCHA CON EL CLERICALISMO.—LA «REVISTA CHILENA».—AFICIONES CIENTÍFICAS.

Santiago, agosto 28 de 1875 (C. el 20 de octubre).—Mi muy querido amigo: No puede usted imaginarse el gusto que he tenido al recibir su cartita del 10 del corriente, porque si por ella vi que mi amigo Zenteno no hallaba en la biblioteca de usted los documentos que quería, esta circunstancia me ofreció la ocasión de reanudar nuestras antiguas y amistosas comunicaciones.

Cada día que pasa tomo más distancia por la política americana, que hace el gravísimo mal de arrastrar á ese terreno á los pocos hombres que en nuestros países se consagran al cultivo de las ciencias y de las letras.

Así, pues, he visto con gran placer que usted vuelve al trabajo y que prepara, junto con la historia de San Martín, la reimpresión de sus poesías, de la historia de Belgrano y de sus fragmentos y estudios históricos. Todos estos trabajos le proporcionarán sin duda más goces que las empresas políticas; y por medio de ellos usted prestará un servicio muy real y efectivo á la gloria de la patria americana.

Por mi parte, vivo lo más lejos de la política que me es posible vivir. Fui rector del Instituto durante diez años. Trabajé con un tesón incontrastable por reformar la enseñanza, estudiando yo mismo por la noche lo que debía enseñar al día siguiente, y aprendiendo así lección por lección lo que no había estudiado antes. Creo que mi acción sobre la enseñanza no ha sido inútil, y que al fin he conseguido introducir útiles reformas y despertar en la juventud el amor por ciertos estudios que antes se hacían mal ó no se hacían. Pero yo enseñaba la historia sin milagros, la literatura sin decir que Voltaire era un bandido y un ignorante, la física sin demostrar que el arco iris era el signo de alianza, y la historia natural sin mencionar la ballena que se tragó á Jonás. Esta en-

señanza enfureció al clero, que no perdonó medio alguno para suscitarme dificultades. El gobierno de Errázuriz, que al fin ha tenido que romper con los clérigos, había comenzado por ponerse á las órdenes de las gentes devotas, y las sirvió hostilizándose por todos caminos, é inventando mil tramoyas para separarme. Al fin me sacaron del Instituto á principios de 1873, es decir, después de diez años de consagración á los trabajos de este orden.

Mientras fui rector del Instituto empleé todo mi tiempo libre en formar programas y en escribir textos de enseñanza. Fué entonces cuando escribí la «Historia de América» que usted conoce, y otros libros que no valen la pena que sean guardados en la biblioteca de un hombre como usted. Pero publiqué además un curso de literatura en tres volúmenes, que mis amigos no han hallado muy malo, y un tratado de geografía física, que es un conjunto metódico y elemental de las noticias científicas recogidas en libros franceses, ingleses ó alemanes, inabordables para la inteligencia de los niños y de los hombres que no están iniciados en la ciencia. Aunque escribí este libro sin pretensión alguna, ha merecido la aprobación de hombres muy distinguidos, dentro y fuera de Chile. Así, pues, no extrañe usted que le envíe un ejemplar por el correo y que le pida que le dé una ojeada.

Después de mi salida del Instituto, he escrito mucho en algunas revistas; he publicado un grueso volumen sobre Pedro de Valdivia (documentos y disertaciones críticas), y he publicado una «Historia de los jesuitas de Chile por el padre Olivares», con introducción y notas. He enviado á usted estas obras, pero no sé si las ha recibido. Espero su aviso para repetir el envío.

Desde enero de este año publico un periódico mensual, titulado «Revista Chilena». Lo he enviado á Buenos Aires á los señores Lamas y Gutiérrez, y no lo he enviado á usted, porque no sabía si lo hallaría mi envío en Buenos Aires. Ahora voy á hacer un gran paquete que enviaré á Valparaíso á nuestro amigo Sarratea para que éste lo haga llegar á sus manos. Ese paquete contendrá:

«Revista Chilena», 9 números; Barros Arana: «Geografía física», un volumen; «Literatura», tres volúmenes; «Riquezas de los jesuitas», un volumen. Toro, Compendio de historia de América (buen librito elemental), un volumen.

Incluiré las partes que le faltan de mis dos historias de América, y algunas otras cosas.

Lo felicito por el estado floreciente de su biblioteca americana, y quedo deseando que se resuelva á hacer la impresión de su catálogo. Para los que conservamos esta santa manía de reunir libros viejos, todo catálogo es interesante; y cuando es trabajado por un hombre competente y éste ha puesto algunas notas críticas é ilustrativas, el catálogo pasa á ser una joya.

Yo, amigo mío, he llegado á amontonar una biblioteca de nueve á diez mil volúmenes sobre todas las materias del saber humano, y entre ellos poseo muchas curiosidades. Mis libros, propiamente americanos, son como seis mil volúmenes. Tengo estos libros colocados en tres salas modestas, pero cómodas, en una casa que yo mismo he construído en un barrio de la ciudad que usted no conoció, pero que es muy tranquilo, sin estar muy alejado del centro de la ciudad. Aquí paso el día entero, sin pensar en otra cosa que en la lectura y el estudio.

Mi permanencia en el Instituto me hizo apasionarme por los estudios científicos; y en mi casa tengo una sala con barómetros, termómetros, brújulas, un telescopio, dos microscopios y otros muchos aparatos, todos los cuales me ocupan algunas horas. Puedo asegurarle que no comprendo cómo puede haber hombres que teniendo alguna vocación por las letras y las ciencias abandonen su gabinete por seguir las luchas políticas en que sólo se recogen injusticias y desengaños; y sólo me explico esta anomalía por los compromisos y las exigencias. Yo mismo he pagado tributo á esos compromisos, en esfera muy reducida y modesta; pero al fin me creo curado de esa debilidad.

Los Amunátegui, que son siempre mis mejores amigos, me encargan mil recuerdos para usted.

Reciba un cordial abrazo de su invariable amigo.—*Diego Barros Arana.*

Post scriptum.—Voy á remitir á nuestro amigo Sarratea el paquete de libros que deseo hacer llegar á manos de usted. Este amigo ha quedado en enviarlo á Buenos Aires; pero creo que no alcanzará á marchar por el mismo paquete que lleva ésta.

Me interesa saber si la nueva edición de la «Historia de Belgrano» dejará terminada la obra; esto es, si contará la vida de ese general hasta su muerte. Me gustaría leer algo bien estudiado sobre la revolución de Arequito, que sólo co-

nozco por las «Memorias de Paz» y otras relaciones ó piezas más ó menos apasionadas é incompletas.

Lei su carta á Zenteno. Este me dijo que habia escrito á usted; pero, que impuesto del contenido de la suya, le da las gracias por su buena voluntad y lo releva de la molestia de contestarle.

LA POLÍTICA Y LAS LETRAS.—BARROS ARANA Y EL CLERICALISMO.—LA GEOGRAFÍA FÍSICA.—LA «REVISTA CHILENA».—OBSERVACIONES SOBRE ALGUNOS DE SUS ARTÍCULOS.—INTERESANTES PUNTOS DE HISTORIA AMERICANA TRATADOS POR EL GENERAL MITRE.

Buenos Aires, octubre 20 de 1875.—Señor D. Diego Barros Arana.—Mi querido amigo: Recibí oportunamente su estimable de 28 de agosto, que no contesté inmediatamente, esperando el paquete de libros que me anunciaba, el cual hace apenas tres días que tengo en mi poder, y por el que le doy las gracias, así como por las horas agradables que su lectura me ha proporcionado.

Su carta me ha causado muy gratas emociones. Cuando llegué á la parte de ella en que me habla de su biblioteca de 10.000 volúmenes, de los cuales 6.000 son americanos, y me bosqueja su local, en que los instrumentos del hombre de ciencia se hallan mezclados con los libros del hombre de letras, me lo imaginé, como usted lo dice, absorto en el estudio, sin acordarse de otra cosa, como le sucede á todo hombre de labor intelectual en medio de esa embriaguez sagrada que multiplica las fuerzas de concepción y producción del pensador. Mi deseo en aquel momento fué poder volar hasta su biblioteca, interrumpirle en medio de sus meditaciones, y después de abrazarle como amigo, entablar una de aquellas interminables pláticas de otro tiempo que sobre libros viejos y conocimientos nuevos hemos tenido tantas veces, y que hoy con la edad y las adquisiciones del tiempo y del trabajo tendrial, sin duda, más sabor y más substancia que entonces.

En fin, como todavía no somos tan viejos, es posible que este voto se realice el día menos pensado.

Mientras tanto, permítame usted que le diga que me parece algo lastimado al hablar de las injusticias y de los engaños de la política, en que usted ha militado como combatiente y como obrero. Sin duda que, para el hombre con vocación para las letras y las ciencias, la política, en su acepción grosera de luchar por los goces sensuales del poder, tiene mucho de bestial. También la labor fecunda del gobierno de las sociedades, aun en medio de la paz, tiene algo de brutal, porque es condición inherente al roce de los hombres con sus pasiones. Si la lucha de los hombres y de las ideas sobreviene, interviniendo en ello las fuerzas, los golpes que se dan y se reciben en ella tienen que ser dolorosos. Las mismas ideas tienen que chocarse con cierta fuerza para que produzcan resultantes eficientes, y el individuo como combatiente ó como obrero no puede aspirar á la inmunidad, ni quejarse después del combate de las heridas ó golpes que en él recibió, llevando sus manos á la parte dolorida, como el gladiador cobarde, en vez de contestar virilmente los golpes. Aun cuando el nivel político descienda en un país, aun cuando la ciencia del Gobierno obedezca en él á móviles sórdidos y las acciones de los políticos se encanallen, aun entonces no es permitido al combatiente desertar la arena, ni al alma renegar de la labor pública, ni considerar la noble pasión política como una enfermedad ó una debilidad humana, según usted lo insinúa al hablarme del estado indiferente, sereno, de su alma en el retiro. «El Gobierno, como lo ha dicho Guizot, será siempre uno de los más nobles empleos de la inteligencia humana, y el que requiere almas más elevadas». Como se ha observado, los grandes hombres que han gobernado para el bien de los demás han aspirado siempre al retiro, porque para ellos la tarea era un sacrificio, su vida el trabajo, su única recompensa la cosecha que otros recogerán, no siéndole permitido el descanso ni el desaliento. Recuerde, mi amigo, aquel personaje histórico de que habla Macaulay (creo que Temple) que al dejar el ministerio se encerraba en su biblioteca, olvidándose de la política, porque no tenía papel que desempeñar en ella, y cuando volvían á llamarle á la vida de la acción, interrumpía su lectura, hacía una señal en el libro, para volver á estudiarlo sin amarguras, después de llenar virilmente sus tareas de hombre y de ciudadano de un pueblo li

bre ó en vía de serlo, enseñando que la acción es trabajo y que pensar es también acción.

Los detalles que usted me da respecto de su destitución del Instituto, no los conocía en sus pormenores, y me han interesado en alto grado, así por la simpatía hacia su persona como por lo curioso de algunos de ellos. Lo que usted me dice en su carta, juntamente con el folleto correlativo (que he leído), me hacen creer que Chile marcha muy despacio en el camino de los adelantos morales. Hoy que la ciencia ha iluminado la conciencia humana, y que sus verdades vulgarizadas son del dominio del sentido común; hoy que el hombre ha tenido posesión del universo y que el niño al abrir sus ojos á la razón bebe en el aire la demostración de los mundos que se crían en los espacios infinitos, y comprendemos todos sin discutirlos ya, las leyes eternas á que obedece la naturaleza humana, su destitución, por la influencia clerical, por el hecho de propagar esas verdades, sin tributar homenaje á la ignorancia, es un hecho que me muestra que todavía tienen ustedes mucho que trabajar y que luchar para ponerse en el recto sendero en que el mundo marcha. Cuando el mismo pontífice romano hace borrar del índice expurgatorio la condenación que pesaba sobre la teoría de Galileo, admitiendo al fin que la tierra gira alrededor del sol; y cuando el padre Secchi, jefe del observatorio de Roma, demuestra en su libro sobre la unidad y la sucesión de las fuerzas, que es la fuerza transmitida del sol el motor que hace vibrar la molécula que imprime sus latidos al corazón del hombre, el rector de un instituto de educación liberal, destituido en homenaje de Josué deteniendo la marcha del sol y de la ballena de Jonás que la historia natural moderna no reconoce, es algo que tendría algo de cómico si no tuviese mucho de triste para la dignidad de la razón humana.

Como en este incidente usted se encuentra del lado de la causa de la verdad, y sé bien que no cambiaría su derrota al pie de la bandera eterna, por el triunfo pasajero de los que pretenden negar la fuerza del sol, no lo compadezco como víctima, y si me detengo sobre este punto es para mostrarle que le sigo, aunque de lejos, y que me intereso verdaderamente por usted, como por todos los demás amigos que dejé en Chile, que recuerdo siempre y en quienes reconozco como siempre hermanos de la causa común.

He leído con interés algunos de los libros que me ha remitido, y recorrido otros, reservándome estudiarlos más des-

pacio después de satisfecha la primera curiosidad. Los que desde luego han atraído mi atención y casi he agotado, son su «Tratado de geografía física» y la «Revista Chilena».

Su tratado de la geografía física era un libro que faltaba en América y en la lengua castellana. El plan es bien concebido y ha sido bien ejecutado, con claridad, con abundancia de ciencia condensada y con un sano criterio que domina toda la materia. El capítulo final sobre Chile es interesante, como descripción geográfica, en que todos los principios generales contenidos en el libro puede decirse que se concretan. Encuentro, sin embargo, que el capítulo sobre «El hombre» deja que desear. Sin entrar á dirimir la cuestión de los monogenistas y poligenistas, me parece vago lo que usted trae respecto de la unidad del género humano, cuya cuestión resuelve indirectamente por la unidad de la especie animal llamada genéricamente hombre.

Las razas moralmente inferiores que no pueden elevarse hasta las regiones superiores de la inteligencia, algunas de las cuales parecen en el último eslabón de la cadena de la vida entre el hombre y la bestia; las facultades superiores de ciertas razas, á las que está reservado el porvenir y el gobierno del mundo en los tiempos; la fusión de esas diversas razas, en que fatalmente y por una ley demostrada, la raza superior debe prevalecer, trayendo la humanidad al fin á la unidad de un tipo, perfeccionada físicamente con la noción de la perfectibilidad en su mente, son cuestiones filosóficas, fisiológicas é históricas, que interesan tanto á la ciencia antropológica y la etnología, como á la sociabilidad, y de que no puede ni debe prescindirse en un libro de ese género. Lo relativo al hombre prehistórico lo encuentro poco desarrollado, aun en los límites de un compendio, siendo como es la materia tan interesante por sí, y ligándose, como naturalmente se liga, con la geografía física en sus relaciones con la historia del globo y sus habitantes, comprobada por documentos paleontológicos. Otro tanto pienso respecto de las lenguas cuya importancia enuncia usted, sin desarrollar el tema, y dejándolo apenas bosquejado en dos ligeros rasgos magistrales.

Sobre el gusto con que he leído su libro, ó mi predilección por el género de estudio á que se contrae, ello es que no he podido resistir al deseo de hacer un breve análisis de él, porque me parece que ambos vamos en la misma corriente de ideas.

Apenas he hojeado sus «Elementos de literatura», deteniéndome en uno que otro capítulo que me ha cautivado de paso la atención. A propósito: me dice usted que publicó su obra en tres volúmenes, y así lo señala usted en el aparte sobre los libros que me envía. No he recibido sino dos volúmenes: uno de «Retórica y poética» y otro de «Historia Literaria». Se lo aviso por si acaso.

De las obras anteriores escritas por usted, á que hace referencia en su carta, he recibido la «Historia de Olivares» con su introducción, que forma el tomo 7.º de los «Historiadores chilenos». El volumen sobre Valdivia (documentos y disertaciones críticas), no lo he recibido y mucho lo siento, tanto por ser trabajo suyo, como por la importancia histórica del personaje. No deje de mandármelo en primera oportunidad. Sólo tengo hasta el tomo 7.º la colección de «Historiadores de Chile», faltándome por lo tanto el tomo 8.º de Carvallo, con la introducción de nuestro amigo Amunátegui, cuya publicación veo anunciada en la «Revista Chilena».

Veó que usted habla en la «Revista Chilena» del 7.º y 8.º volúmenes de la parte histórica de Gay, que falta á mi ejemplar. No me interesan mucho, porque para mí el drama histórico de Chile acaba en el volumen 6.º, con la caída de O'Higgins; pero desearía poseer la obra completa, y tener á la vez en ellos un manual seguro de hechos y de fechas contemporáneas.

He leído su estudio sobre Gay y su obra publicada en la «Revista». Todo en él es nuevo y es juicioso. La abundancia de detalles lo realza y la imparcialidad fundada de los juicios hace agradable y útil su lectura. Gay queda definitivamente colocado en su puesto: más arriba del valor que le daban en determinados puntos, y más abajo en otros, quedando su obra como un monumento al que se agregarán sin duda algunas piedras, pero que de seguro no será reemplazado ni en un siglo.

Veó que la obra sólo ha costado 50.000 fuertes, á los que agregando otros 50.000 fuertes, por instrumentos, gastos de viaje, etc., suman 100.000 fuertes en el transcurso de 40 años de trabajos. Usted se empeña en probar que no es caro. Le bastaría haber computado lo que en 40 años ha costado al tesoro público el sueldo de algún coronel elevado por el favor ó la casualidad (por no decir un canónigo), que recibí más que esa cantidad por no hacer nada, y comparando la tarea con el resultado, dejar que cada cual formase su juicio.

A propósito de Gay, introduce usted en su estudio el boceto de algunos personajes, unos que le precedieron en la labor y otros que colaboraron á su obra. Entre los últimos son curiosos el de Martínez López, cuyos arcaísmos hacen reír y rabiarse, recordando sus polémicas con Salvá, y el guitarrista convertido en historiador, que al fin no lo hizo tan mal. Entre los primeros es el más simpático el tipo de d'Albe, que figurará en mi historia de San Martín, pues fué, como su padre con Napoleón, confidente y consejero de las grandes operaciones del gran general americano, según él mismo lo ha declarado. Tengo un plano del sitio de Talcahuano, dibujado é iluminado á la aguada por él, que perteneció á San Martín, que es una preciosidad á la vez que un documento útil. Lozian, muriendo entre los indios, por seguir las inspiraciones de Rousseau, es otro tipo que se destaca. Entre ellos también está Dauxian Lavaysse, cuyas obras y carácter estima usted en su justo valor, y de quien además poseo algunos manuscritos.

Le daré á usted un dato más sobre Lavaysse, aunque el personaje no merezca la pena, y sólo por vía de apunte bibliográfico, por si casualmente no lo conociese ya.

Hablando de la misión de Lavaysse á Haití, cita usted sólo las historias de Fustin y de Regnault, refiriéndose al «Moniteur». Toda la correspondencia de esta vergonzosa misión se encuentra inserta en el apéndice de un libro que sería extraño no conociese usted. Su título es «*Precis historique des negotiations entre la France et Saint Dominique; suivi des pieces justificatives*», etc., pour M. Wallez, Paris, 1826, 1 vol. con 4 fs. más 488 páginas. Además de una breve noticia en el texto sobre esa negociación, se encuentra allí la correspondencia de Lavaysse con Cristóbal y Petrán, que nunca fué publicada en Francia, á excepción de la desautorización de la misión y reprobación de ella, publicada en el «Moniteur», que usted trae. Entre la correspondencia se registran las instrucciones del ministro Malouet á Lavaysse y la declaración de Medina, en cuyo poder se encontraron, siendo todo el libro muy interesante para la historia de la independencia de Haití.

Y ya que me he ocupado de paso, de un trabajo suyo publicado en la «Revista Chilena», hablemos algo de esta publicación hecha bajo su dirección y la de nuestro buen amigo Miguel Luis Amunátegui.

La «Revista Chilena» es interesante, contiene medula y

está escrita generalmente con talento; pero carece (salvo ligeras excepciones), del sello original que debe marcar las producciones de éste en un mundo nuevo.

Todos los chilenos son discípulos de don Andrés Bello, talento de asimilación, espíritu enciclopédico, vulgarizador elegante y metódico de tareas ajenas, que sólo ha sido original en materia de lengua castellana, para reivindicar con Baralt la competencia de los americanos en una lengua que hablan incorrectamente, aunque con más vigor que los españoles, y sobre la cual los españoles han hecho hasta hoy muy poco.

Como discípulos de tan ilustre maestro (ante el cual siempre que le nombro me inclino como ante el verdadero sabio americano), el tipo de Revista de los chilenos es siempre la Biblioteca Americana y el Repertorio Americano, de Londres, especie de *magazine* inglés, en que los conocimientos generales forman la tela y las materias americanas el bordado. En su tiempo fué muy bueno este método para educar un mundo que nacía á una nueva vida, y desparramar en él ideas y nociones que debían germinar en su seno, circunstancia que ha dado á esas revistas de una época histórica, una vida durable.

La «Revista de Santiago», como la «Revista de bellas letras» en que colaboró Bello, así como la «Revista Chilena», están calcadas sobre esos modelos, salvo accidentes de tiempo y de lugar.

Algo más que eso tiene hoy derecho el mundo á exigir de las Repúblicas Americanas, que después de la declaratoria de su independencia han obtenido su carta de ciudadanía en la república de las letras.

La América del Sur no se conoce á sí misma, sino por los estudios de los sabios europeos, desde Humboldt hasta Agassiz. Testigo de ello Gay en Chile. Cuando nos quejamos de que la Europa no nos conozca bien, y que sus escritores cometan los más groseros errores al hablar de nosotros, olvidamos que sin los europeos no nos conoceríamos á nosotros mismos. Si por nuestra parte no cometemos respecto de la Europa los mismos errores, es porque sus sabios han cuidado de hacerse conocer, y esto sin que nuestro contingente entre por un grano de arena en su incesante labor.

Una revista americana, que pretenda reflejar el movimiento intelectual de una de nuestras Repúblicas, debe alimentar y alimentarse de su propia substancia, para estudiarse á sí

misma y hacerse conocer en las demás. Hoy, el que no da como contingente algo de la observación propia, no da absolutamente nada al progreso humano. Una revista que no dé algo original, que no suministre alimento á la ciencia, es un producto híbrido, sin el don fecundo de la reproducción.

La «Revista Chilena» es puramente histórica y literaria, con algunas diversiones en los dominios científicos, y esto dentro de límites circunscriptos. Le falta todavía el nervio de este género de publicaciones. Las variadas aplicaciones de la ciencia, con relación al suelo y al modo de ser del país, no se reflejan en sus páginas, y emitiendo como un cuerpo opaco el pálido reflejo de una luz lejana, apenas emite un débil rayo de luz propia.

Es que la América del Sur es ignorante, profundamente ignorante en todo el sentido de la palabra, incluso ustedes los chilenos, que pretenden ser los más sabios. Apenas tenemos un medio astrónomo; no tenemos un verdadero geómetra, ni un físico, ni un químico; carecemos de naturalistas, de geógrafos, de filólogos profundos (aun con relación á los idiomas indígenas), de pensadores verdaderamente profundos y originales, y hasta de ingenieros capaces de hacer los estudios y ejecutar un ferrocarril. Hablo en general, sin desconocer raras y honrosas excepciones.

La imaginación y el agrupamiento de los hechos á que ella preside ó á que da colorido, es todo nuestro contingente literario. Las ciencias prácticas no han echado todavía raíces entre nosotros.

Nada, ó muy poco, hemos adelantado después del viaje de Humboldt á principios de este siglo. Gay es el revelador del suelo chileno, que Piscis ha estudiado geológicamente, trazando su carta topográfica, ilustrándolo Domeyko y Philipi, extranjeros todos ellos. Codazzi extranjero, auxiliado por sus predecesores, establece las bases de la geografía de Venezuela, cuyos límites no se han ensanchado. D'Orbigni y otros viajeros europeos, por la copia de sus datos no del todo explotados aún, son todavía, no obstante sus errores y deficiencias, nuestros oráculos. Fitz Roy ha hecho la cartografía americana, Darwin ha estudiado geológicamente nuestro suelo, Rutland medido la altura de nuestras montañas, Boussingault examina sus fenómenos físicos, Costeluan se lanza al través del continente, para revelarnos sus misterios mediterráneos, sin que la labor ni la iniciativa americana entre por algo. Los ingleses y los norteamericanos han levantado el ve-

lo de Isis, que cubría los misterios de los monumentos prehistóricos de la América. Maury nos ha revelado la ley de las corrientes del agua y del aire en nuestro continente, y no hemos ido más allá. Gillies en Chile, continuado por Maestó, y Gould en la República Argentina, son los únicos que han interrogado nuestro cielo austral, enriqueciendo el catálogo de sus astros. Pauli, viajero cosmopolita, es el que ilustra nuestra climatología con observaciones propias, materia de que se ocupa actualmente nuestro doctor Rawson, aquí en sus lecciones de higiene. El español Azara, al principio del siglo, el inglés W. Parish después, el francés Martín de Moussy y últimamente el alemán Burmeister, son los únicos que estudian y describen la República Argentina bajo todos sus aspectos, suministrando conocimientos nuevos á la ciencia universal. En fin, ¿para qué seguir esta enumeración de los documentos de nuestra impotencia para estudiarnos á nosotros mismos y hacernos conocer de los extraños? Basta y sobra con lo dicho.

No se me oculta que á este trabajo ajeno está incorporada una labor propia, representada por los gloriosos nombres americanos de Caldas, Clavigero, Oliva, Gama, Velarghen y León, B. Pastina, Suárez, Larrañaga, Arenales, Paz Soldán, Sigüenza, Abrate y Ramírez, Unanue, Rivero, etc. A excepción de Azara, el más original, aunque el menos científico de los exploradores del Nuevo Mundo meridional, todos los demás, incluso el mismo Humboldt; y Humboldt, más que ningún otro, debe por lo menos una cuenta de sus conocimientos á los estudios ú observaciones más ó menos completos ó embrionarios de los americanos; así como debe la otra cuarta parte á sus colaboradores de Europa (como usted lo hace notar), quedándole apenas una mitad de gloria y trabajo propio, y así lo demás. Pero por eso mismo es que creo que podemos y debemos exigir que la inteligencia americana dé mayor tensión á su propio resorte, que se inspire en la contemplación razonada de su propia naturaleza, que explote los ricos materiales que tiene bajo su mano, y que la tendencia del mundo se ha manifestado en el sentido de los estudios americanos; demos alimento y dirección á esa tendencia, emitiendo la luz propia en vez de reflejar como un astro apagado de luz ajena, que con frecuencia es una luz de reflejo.

Una revista americana que no llene estas condiciones, y que no esté nutrida y templada por las ciencias físicas y exactas, en sus múltiples aplicaciones, será cuando más un campo

de labor iluminado por los fuegos fatuos de la imaginación, en que muy poco útil se cosechará al fin.

Sé bien que nada de esto puede ocultarse á su penetración; pero se lo digo para estimularlos en el trabajo, y para mostrarles que siendo nuestras aspiraciones las mismas, nuestra tarea es solidaria.

Una prueba de esto tengo en la reseña bibliográfica de la «Revista Chilena» hecha por usted, que llena en parte el programa de una revista como la que he indicado. Allí se refleja la luz emitida de la fuente originaria, haciéndola proyectar sobre nuestra propia conciencia; se sigue el movimiento científico y literario del mundo, y se le hace obrar sobre nuestra inteligencia; se vulgarizan nuevas ideas, se aplican á determinados objetos y se esparcen nociones claras que reaccionan sobre nuestro propio ser, obrando sobre la masa que se educa.

En prueba de que he leído su revista bibliográfica con gusto y atención, voy á hacerle respecto de ella algunas ligeras observaciones, que quizá puedan serle de alguna utilidad en sus estudios. Sigo en mis anotaciones el orden de los números de la «Revista»:

1.^a—Descubrimiento de América por los normandos.—Con motivo de un libro de M. Gravier «Decouverte de l'Amérique pour les normandes au X siècle», trata usted esta cuestión en una de sus primeras notas bibliográficas. El libro de Gravier, que nada absolutamente nuevo contiene, sino lo que á él se le ha antojado suponer por su cuenta, poseído de una especie de manía, acompañado de poca erudición propia y de ningún criterio, no es un trabajo serio ante la crítica, aunque muy bien impreso. Baste decir que reproduce en una lámina, como prueba auténtica, la inscripción de la piedra llamada de Dighton, en Norte América (Writing Rock), de que todos los arqueólogos norteamericanos se ríen hoy á carcajadas, por más que el propietario del terreno en que se encuentra, la haya cedido últimamente en propiedad con él, á la Sociedad de Anticuarios del Norte, de Copenhague. El sabio Rafn, inventor y propagador infatigable de lo que llamaremos teoría anticolombiana, pretendió descifrar esa inscripción, en su famoso libro «Antiquaetates Americanae» que usted conoce, y esa piedra es uno de los cimientos de su edificio. Gravier no conoce más que este libro: de él saca hasta sus mapas y viñetas, y lo único que le agrega son sus exageraciones, tan arbitrarias como falsas. pues se fundan muchas de ellas en

hechos falsos ó sin consistencia. A este número pertenece la pretendida ciudad normanda del Brasil (página 235). Esta última especie ha sido rectificadada después, como lo ha sido por el mismo Sigell el supuesto hallazgo de restos humanos de la época prehistórica, en una caverna del mismo país, que ha declarado no pertenecer al terreno primitivo como lo creyó antes.

Sobre esta cuestión tengo mis ideas definitivamente formadas, y tanto más cuanto que he sido hasta no ha mucho uno de sus más sinceros creyentes.

Cuando esta noticia se vulgarizó fui uno de los incrédulos; pero al fin la adopté como indiscutible, cediendo á la gran autoridad de Humboldt, que primero en su «Examen de la geografía del Nuevo Continente» y después en el «Cosmos», la admitió como fuera de cuestión. Es mi creencia que sin este poderoso auxilio, que es la prueba moral que más la abona, la teoría anticolumbiana y el descubrimiento de Greenland y Vosilard no habría pasado de los «Lagos» interpretados por Rafn, ni hecho tanto camino.

Miembro yo mismo de la Sociedad de Anticuarios del Norte, he seguido su corriente, hasta que mi propia razón, despertada con las mismas pruebas con que trataba de robustecer mi creencia, ha reaccionado espontáneamente, sublevándose abiertamente al leer el libro de Gravier.

Los últimos descubrimientos de los arqueólogos norteamericanos Davis, Lapham, Squien, Schoolcrafts y otros, que han descripto los singulares monumentos de tierra y los restos de la edad de piedra de las razas del norte de América, me han afirmado en mis creencias, ayudándome á estimar la debilidad y la inconsistencia en que se funda la teoría antecolumbiana.

Si un movimiento de la razón no me hubiese lanzado en esta vía, un sentimiento de justicia me habría hecho protestar al fin contra las consecuencias que de tal teoría pretende deducirse.

Dice Rafn en su obra citada: «El descubrimiento de la América en el siglo X puede ser considerado como uno de los sucesos más notables de la historia del mundo, y la posteridad no puede defraudar á los escandinavos del honor que le han granjeado con este descubrimiento.»

Dando el hecho por cierto, y perfectamente comprobado tal como se pretende, una tierra ignota descubierta por casualidad y perdida después sin saberse cómo (que esto es to-

do lo que pretende probar Rafn), ni es «el suceso más notable del mundo» ante el descubrimiento de Colón, ni es «un honor» que pueda reivindicarse para obscurecer la gloria del grande hombre que, guiado por las inspiraciones de su genio y por nociones científicas, demostró prácticamente la redondez del mundo, creyendo encontrar la India al término de su viaje, buscando «el oriente por el poniente», según sus propias palabras.

Tengo en mi biblioteca casi todas las obras que se ocupan especialmente ó por incidente de esta cuestión, que puede decirse agotada por parte de los antecolombianos, y he tomado todas las notas para escribir una memoria histórico-crítica á su respecto, trayendo todas las pruebas á las condiciones de un hecho geográficamente posible y probable, de las cuales las escritas están muy lejos de ser concluyentes y pueden interpretarse de diverso modo, aun dando por irreprochables los textos y la traducción de los «Lagos», no siendo difícil demostrar que Humboldt, acreditándola tan absolutamente, fué guiado más bien por sus impresiones que por un estudio atento de la cuestión.

Es increíble la masa de hechos que puede aglomerarse, para fundar un sistema de pruebas sólidas, diametralmente opuesto, tomando por base el territorio americano, en contraposición á las débiles pruebas (muchas de las cuales están anonadadas por sí) en que se funda la teoría antecolombiana de los Anticuarios del Norte, de que soy indigno miembro, y cuyas publicaciones, que recibo periódicamente, me afirman cada día más en mi creencia.

Si mi obra no produjese el convencimiento, ó si por lo menos no disipase del todo las tinieblas de esta cuestión, que para la mayoría es artículo de fe, será al menos la manifestación de un espíritu independiente, guiado por la luz de los hechos y de su razón, que busca seriamente la verdad, reaccionando contra libros del género de los de M. Gravier, que son la abdicación de la razón propia y la exageración maniática de un descendiente de los normandos, que se considera por esta circunstancia tal vez superior á Colón.

Yo, que le criticaba á usted haber dado tan seria atención á Gravier, se la he dado mayor; pero ha sido para transmitirle mi modo de pensar sobre tan importante materia, llamando acerca de ella, y esperando encontrar en usted un aliado y hasta un colaborador, luego que reflexione un poco sobre el particular.

2.^a—Harrisse (bibliógrafo norteamericano).—Es muy interesante y bastante completo un artículo sobre este valiente pioner de la bibliografía americana, que no obstante ciertas «bevues» que han comprometido su reputación, es sin duda el que ha levantado este ramo de la literatura á la categoría de ciencia. Es en su género un genio de paciencia trascendental, como la bibliografía chilena de Briceño, sin ser la obra de un genio es un monumento de paciencia de hormiga.

Hecha la debida justicia, hago mi anotación.

Cita usted una obra de Harrisse en español, publicada en Madrid en 1872, titulada «Introducción de la imprenta en América, etc., desde 1540 hasta 1600», que dice no haberse podido procurar, y á la que supone gran importancia y novedad.

Esto me hace presumir que tal vez ha perdido usted de vista la «Bibliotheca Vetustissime» de Harrisse, en cuya página 374 y siguientes se inserta una lista de las obras impresas en América desde el año 1540 hasta el 1600, después de disertar en las 10 páginas anteriores sobre la introducción de la imprenta en este hemisferio. Todas las noticias allí contenidas le fueron suministradas, según lo declara él mismo, por el bibliógrafo mejicano Icarbalceta. Pienso que la obra á que usted se refiere no es sino una reproducción en castellano de las mismas páginas, tal vez con algunas noticias más tomadas en España, utilizando el catálogo de la biblioteca de Maximiliano (Andrade) por lo que respecta á Méjico. En cuanto á la introducción de la imprenta en Sud América, ni Harrisse, ni Icarbalceta sabían la primera palabra, empezando su cuenta desde 1585, lo que muestra que ni el «Manual» de Brunet habían compulsado. Brunet dió en efecto un libro de 1585, como el primero; pero después se corrigió en un artículo posterior, y las dos versiones se han reproducido á la vez en la última edición. En la «Revista del Río de la Plata» he ilustrado este punto en un artículo bibliográfico, teniendo á la vista un libro de 1584, impreso en Lima, que prueba ser el primero, el cual existe en mi biblioteca.

Ahí tiene usted otra anotación para su ejemplar de Harrisse.

3.^a—Episodios, etc., del Paraguay, por Bermejo.—Veo que este librito le ha llamado la atención y que se ha detenido, analizándolo. El autor á quien conocí, creo, como usted lo juzga, una inteligencia mediocre, muy poco nutrida. Medio literato de zarzuelas, vino al Paraguay á buscar for-

tuna, y allí se le encomendó la redacción del «Semanario», órgano ciego y servil de la más bárbara tiranía de que haya memoria en el mundo. En su libro se da el autor los aires de un hombre independiente, que se atrevía á decirle la verdad á López. La verdad es que no fué sino un instrumento dócil en manos de un poder brutal, ante el cual no se atrevía ni á respirar. Cuando libre del Paraguay vino á Buenos Aires, alzaba las manos al cielo, como un esclavo que ha roto su cadena. Por lo demás su libro tiene su mérito, es una pintura real de las costumbres del país en tono de folletín y da una idea exacta, aunque ligera, del modo cómo se gobernaba y obedecía aquella pobre tierra.

Pero no es este el objeto de mi anotación, sino el poner en su conocimiento que Bermejo es autor de un libro publicado en la Asunción en 1862, que se relaciona indirectamente con Chile. Su título es «La iglesia católica en América» ó refutación de la obra «Intereses católicos en América», del presbítero Ignacio Eizaguirre. Usted extrañará saber que esta obra tiene una tendencia ántipapista; pero se explicará el hecho cuando le diga, que nuestro amigo Eizaguirre se había permitido hablar mal del Paraguay, de la ciudad de la Asunción y de la condición de la religión católica y de su clero allí. Bermejo, como escritor oficial salió á la palestra, despedazando el libro de Eizaguirre por cuenta del Gobierno, y de paso por cuenta propia el papado romano. Hasta el obispo del Paraguay se unió á Bermejo contra Eizaguirre, y de miedo por complacer á López escribió una carta inserta en la obra, protestando en tal sentido, lo que no lo salvó de que López lo hiciese matar pocos años después.

Puede usted agregar esta anotación á los «Intereses católicos» de mi amigo Eizaguirre. El libro de Bermejo es en 4.º y consta de 241 páginas.

4.ª—Hutchinson (obra sobre el Perú).—No conozco esta obra ni necesito conocerla para saber lo que puede contener. Hutchinson es un original que tiene la pasión de los viajes para escribir sobre ellos libros que su librero no puede expender en Londres. Ha escrito sobre la expedición del Níger, en Africa, de que formó parte. Aquí ha sido por algunos años cónsul de Inglaterra en el Rosario, y ha escrito dos obras sobre la República Argentina, una de las cuales lleva mi retrato al frente. No obstante mi estimación por su persona, y mi gratitud por su distinción, debo declarar que sus dos libros no tienen pies ni cabeza, sin dejar de tener algo que puede ser

utilizable, y que considero á Hutchinson como un hombre que puede escribir durante toda su vida, sin llegar jamás á producir lo que se llama un libro. Aquí publicó en inglés un periódico estadístico-comercial, que es su mejor obra.

5.^a—Don Florentino González.—No menciona usted una traducción de Grimke hecha por él, impresa últimamente en Europa, y precedida por un notable estudio suyo. En cuanto al «Proyecto sobre el juicio por jurado» de que hace usted un elogio, no tiene el mérito que se le atribuye, y el Congreso Argentino lo ha desechado últimamente con razón. Antes de esto había publicado un librito en 8.^o sobre la misma materia, que no carece de mérito, aunque no sea sino una compilación sobre los diversos sistemas del juicio por jurados en los países en que existe.

6.^a—Colección Lamas (historia de Lozano).—Nada dice usted de la «Introducción» de Lamas, puesta al frente de la colección, limitándose á señalar lo exiguo de sus noticias sobre la vida del padre Lozano. Este silencio me manifiesta que pensamos del mismo modo sobre esa pieza, que usted no ha querido criticar. Por mi parte, comprometido á dar mi opinión confidencialmente, en contestación á una carta de Lamas, que acompañaba el trabajo en cuestión, lo hice con los debidos cumplimientos á la erudición del escrito; pero salvando mi responsabilidad moral, y haciéndole en términos corteses algunas críticas explícitas ó implícitas. Creo que usted pensará como yo (aquí entre nos) que la erudición de Lamas es de pacotilla y cosechada á gran prisa á última hora, pues no estaba preparado para el trabajo. En honor de la sana crítica, y en descargo de mi conciencia, no puedo dejar de decirle á él mismo: 1.^o Que lo que principalmente probaba su introducción es que Lozano era un gran ignorante, aun para su tiempo. 2.^o Que Lozano escribió sus documentos sobre los primeros tiempos copiando á los cronistas sus antecesores, sin discernimiento. 3.^o Que algunas partes de la introducción exceden la medida episódica en que debieran encurrirse, como por ejemplo, lo relativo á la geología y á la etnografía, siendo la primera de éstas por demás elemental (más adecuada para niños que aprenden, que para hombres que saben lo que dicen y lo que leen). 4.^o Que hace soportar á las telas de araña de Lozano el peso de cuestiones científicas, etnológicas, filológicas y sociales, de que el autor ni idea tenía, manteniéndolas en un equilibrio artificial y haciéndolas atravesar como un acrobata los abismos que las separan sobre

un hilo casi invisible, por no decir invisible. 5.º Que su revista cartográfica sobre el Río de la Plata parte de un hecho inexacto, cual es que los mapas de 1527 y 1529 dan una idea bastante exacta de la cuenca del Plata, tál como se conoce hoy, según él parece creerlo, al anotar sobre el particular á Martín de Moussy, el cual sin duda anduvo ligero, bien que sin afirmar nada absolutamente.

Por lo demás, Lamas ha prestado un verdadero servicio á la historia americana, siquiera sea para salvar las noticias utilizables que en esa obra se encuentran, y demuestran que todo lo demás es inútil ó repetido sin criterio ó de todo punto falso, sin hablar de los milagros.

Generalizando usted un concepto de Lamas, asienta que piensa con él «que hasta ahora la historia de estos países no tiene páginas más llenas ni más auténticas que las del padre Lozano». Lamas dice esto, refiriéndose únicamente á los libros 4.º y 5.º, relativos á la historia de lo que se llamaba la provincia de Tucumán, en que residió por muchos años, y que, en efecto, es la parte más importante de su obra, pudiendo considerarse como una crónica original que ha sido abundantemente explotada por el deán Funes, en su «Ensayo histórico».

Con este motivo hacía notar á Lamas que, partiendo de ese principio, faltaba en su crítica: 1.º Mostrar el contingente que la obra de Lozano ha dado á la historia del Río de la Plata, comparándola con la del P. Guevara (que le es superior como historiador de criterio), y siguiendo con el deán Funes, que la copia en gran parte. 2.º Establecer los fundamentos históricos de esa obra, para determinar el grado de autoridad que merezca. 3.º Sintetizar esa parte de su obra, poniendo de manifiesto su significado, ya que no en filosofía ó por lo menos sus tendencias morales. 4.º Establecer su criterio bajo esta triple faz, asignando su puesto á Lozano entre los cronistas originales del Río de la Plata, hasta donde le correspondiese.

Pero lo repito, Lamas no estaba preparado para ilustrar estas cuestiones; por eso se refugió en las generalidades episódicas de la introducción, omitió acompañar el texto con las notas correspondientes y prometió formar con ellas un tomo aparte, que es probable que no se publique nunca. Aun el texto mismo habría salido plagado de los errores que por vía de correcciones (que después se han procurado salvar) afean

el primer volumen, si Juan María Gutiérrez no hubiese tomado á su cargo la revisión, enmendando los borrones.

La publicación del libro de Lozano ha venido á comprobar que hasta hoy ningún escritor antiguo ni moderno ha reemplazado todavía á nuestro primitivo cronista Ruy Díaz de Guzmán, nacido en América, descendiente inmediato de los conquistadores, de los que tomó sus noticias, las cuales llevan el sello de la autoridad que falta á las demás, cualesquiera que sean sus defectos y deficiencias.

Esa publicación demuestra, además, lo que ya sabíamos, y es que la historia del Río de la Plata está por «hacerse y rehacerse», como ya se lo he manifestado otra vez. Es indispensable para ello acudir á los documentos contemporáneos que no estudiaron los cronistas y fundar nuestro edificio sobre bases nuevas, para que no suceda lo que dice Gay: «que él cuenta la historia de la conquista de un modo (según los cronistas) y los documentos originales la cuentan de otro».

De este trabajo me ocupo, y ya tengo acopiados todos los materiales recogidos en el archivo de Indias de Sevilla.

7.^a—Larrazábal (historia de Bolívar).—Me parece que hace usted á este autor más honor del que merece. Malísimo escritor, que siendo desornado raya en lo vulgar; carece como historiador y como ilustrador de documentos de todo criterio, largándose con frecuencia solo y por su cuenta, sin más bagaje que la declamación á tratar con tono absoluto puntos históricos de la mayor trascendencia que pugnan con los hechos averiguados, tal como por ejemplo el proyecto de coronación de Bolívar, que su admirador Restrepo trata con tanta franqueza y claridad, y tal como la versión que da de la famosa conferencia de Guayaquil entre San Martín y Bolívar, poniendo en boca de uno y otro conceptos y palabras tan inverosímiles como notoriamente falsas, además del mal gusto literario con que está expuesta tan grande escena. Sensible fué la muerte del autor, así como la pérdida de los documentos originales que con él naufragaron, bien que en los dos tomos que nos ha dejado poco adelantaba sobre la «Colección de documentos» de Caracas que usted conoce, y que continuará siendo la fuente original á que acudirán los futuros historiadores.

8.^a—Brasseur de Bousbourg.—Con motivo de la muerte de este escritor hace usted un análisis de sus obras. Al leerle, exclamé: «¡Gracias á Dios que encuentro un hombre que piense conmigo sobre este pretendido sabio americanista!»

Su crítica, aunque severa, es muy mesurada, y trata al abate B. de Bousgbourg con más consideración tal vez de lo que merece, omitiendo ocuparse de algunos puntos que probarían que si no era absolutamente un charlatán ignorante, su erudición era escasa, su ciencia no iba muy lejos, sus teorías eran inconsistentes, sus juicios basados con frecuencia en documentos apócrifos ó falsos, sus conclusiones tan arbitrarias como desprovistas de criterio, y todas sus obras una cosecha en parte ajena, acompañadas de unas palabras que irritan cuando no fatigan al lector.

Este juicio es el resultado del estudio paciente de sus obras, que empecé á leer con gusto y simpatía, tomándolo á lo serio, hasta que penetrando en su fondo me convencí de que allí no había fondo, ni forma artística siquiera.

Fundaré mi juicio examinando ligeramente algunas obras del abate.

El «Papal Vuh» es la piedra angular del edificio imaginario de B. de Bousgbourg, suponiendo que, como la biblia, es un libro anterior á la conquista. Para esto tiene que suponer la existencia de un alfabeto fonético entre los americanos, en el cual supone que el tal libro se escribió. Todo esto podría pasar como pruebas gimnásticas del ingenio, si no se conocieran el texto original y su origen. En efecto, sábase que el P. Ximénez fué quien lo escribió en lengua quichua, tomando verbalmente sus relaciones de boca de los mismos indios, y como él mismo lo dice, «se reduce esta mi obra á dar luz y noticias de los errores que tuvieron en su gentilidad (estos indios) y que todavía conservan entre sí». Obra histórica emprendida con un fin declarado de «propaganda fide» á principios del siglo pasado, en que las antiguas tradiciones y las nuevas nociones del cristianismo estaban mezcladas, el autor puso sin duda de su parte algo (aun sin pensarlo) para hacer coincidir en lo posible la biblia sagrada con las creencias de los indígenas. Por lo tanto no es posible acordarle el carácter de libro sagrado, transmitido por la tradición real que el abate le supone, pudiendo cuando más haber sido (dando de barato que lo fué) la obra de algún neófito educado en el cristianismo, bajo la dirección de algún antiguo misionero. B. de Bousgbourg supone que Ximénez «descubrió» este libro, cuando el mismo Ximénez dice terminantemente que él lo escribió, y declara con qué fin.

El texto español de Ximénez fué publicado en Viena en 1857 por el doctor Scheren, quien dice expresamente en el

estudio con que lo precede, que B. de Bousbourg no lo conocía hasta entonces. En él dice Ximénez: «Esto escribiremos ya en la ley de Dios en la cristiandad, porque ya no hay libro común, original donde verlo».

B. de Bousbourg, publicando en 1861 su «Papal Vuh» (que es el mismo de Ximénez publicado en Viena), se sirvió de su texto para la inteligencia del original quichua y de la traducción francesa, deduciendo de las anteriores palabras, que no se prestan á tergiversaciones, que «libro del común» significaba «libro nacional», arguyendo de ignorancia á Ximénez, á quien por otra parte reconoce profundo en las lenguas indígenas de Centro América, como que después se vistió de sus trabajos filológicos, apropiándose los hasta cierto punto, como lo diré después.

No se necesita decir más para juzgar de la seriedad y de la profundidad del nuevo traductor de esta pretendida biblia americana, y del comentario que de su Génesis hace, embrollando los mitos americanos.

La «Gramática Quichua», que supone usted escrita por el mismo Brasseur de Bousbourg, y propicia con la estimación de filólogos distinguidos, es la misma gramática del P. Ximénez, complementada con otras posteriores. El mismo abate lo declara: «La gramática no es tanto obra mía, como de Ximénez, Basseta, Flores y otros, puesta simultáneamente en castellano y en francés». Esto lo dice en la dedicatoria al obispo García Peláez, á quien no podía ocultarlo, usando en ella del idioma castellano. En el «Avant Propos», escrito en francés, oculta el nombre de los autores, y dice: «Le grammaire n'est pas entierement notre oeuvre», debiendo decir «n'est pas du tout mon oeuvre». No necesitaba decirlo por otra, pues no hizo otra cosa que copiar el original español, sin tomarse el trabajo de traducirlo. Un verdadero sabio habría publicado el original de Ximénez, anotando ó corrigiéndolo si era capaz de ello. Lejos de esto, reproduce sin declararlo el viejo texto, con tierra y todo, adulterándolo groseramente donde pone la mano, pretendiendo corregirlo. Ejemplo: En la época en que escribió Ximénez, la *c* unida á la *h* sonaba *q* (como usted lo sabe), que es como se pronuncia en lengua maya; así hoy mismo los mayistas centroamericanos escriben *v. g.* Chisteil y pronuncian Quisteil, como puede verse en el «Diccionario de Yucatán» por Castillo. ¡Pues bien! El abate pone esta anotación en francés: «*C*, seguida de la *h*, se pronuncia *tch*, como en español. Ejemplo: Chabal, len-

guaje, idioma, pronúnciase tchabal». Aquí se prueba que el abate no sabe lo que dice.

¿Qué diremos del drama «Rabinal-Achi» que sigue á la gramática? B. de Bousbourg supone que es un manuscrito «del arte dramático de los antiguos americanos». No es extraño esto, cuando Marckam y otros sabios europeos y no europeos, dan por producción original del tiempo de los Incas, el drama en quichua «Ollanta», cuyo autor se conoce, y que no es sino una traducción ó una imitación de una comedia española de capa y espada, en que ni el gracioso falta.

En cuanto al «Vocabulario de raíces de los dialectos guatemaltecos» ni puede considerarse con seriedad, aun poniendo la mejor voluntad, cuando se notan lo violento y arbitrario de sus etimologías, la falta de encadenamiento lógico y geográfico en las palabras, y el espíritu sistemático y preconcebido que todo lo falsea. En este mismo defecto ha incurrido el doctor Vicente Fidel López, en su obra sobre las «Razas Arijanas en el Perú», que usted debe conocer. En ella se pretende probar que los antiguos peruanos eran nada menos que descendientes de los griegos ó de sus progenitores, los pelasgos, pretendiendo como Bousseur de Bousbourg reaccionar también contra la escuela filológica alemana que ha establecido la filiación de las lenguas por la analogía de las formas gramaticales y no por el sonido aislado de las sílabas radicales, ni aun de las mismas palabras. Incurre además López como Bousbourg, que es su modelo, en el error de tomar por raíces partículas inertes unidas á vocales serviles, que modifican las palabras, para variar su significado ó por mera eufonía, usando á discreción de todos los alfabetos y de toda la ortografía, según más le cuadra, y en último grado, abusando de la permutación de letras para encontrar al fin una reacción metafísica, fundado en ideas abstractas, que está demostrado que los indios del Perú no pueden concebir, ni su idioma expresar.

Veo que usted no hace mención de una obra del abate, lo que me hace creer no la conozca. Es su «Bibliothèque Mexico-Guatemaliennne», que contiene el índice razonado de sus libros, precedido de una ojeada sobre los estudios americanos, París 1871. Allí es donde B. de Bousbourg se desata contra la escuela filológica alemana, que trata de absurda, donde sostiene abiertamente que la cuna de la humanidad es el occidente y no el oriente, como se creía hasta hoy; que de América partió por el camino de la Atlántida el movimiento ci-

vilizador que atestiguan sus monumentos, y que estos monumentos son los que explican ó han de explicar de otro modo que hasta aquí los monumentos egipcios, etc. Allí vería usted, salvo algunos manuscritos raros y de verdadera importancia, y uno que otro libro fundamental, lo exiguo de su biblioteca, que él considera «única»; en presencia de los catálogos mejicanos, publicados últimamente en Londres, que usted conoce.

En sus notas no muestra mucho saber bibliográfico, incurriendo en errores, omisiones y falsas apreciaciones que á la simple lectura se advierten ser el resultado de un hombre que no domina la materia.

Para acabar con el abate B. de Bousgbourg hablemos del «Manuscrit Troans», que usted se limita á tratar con reserva, recordando el chasco del abate Domenech, que su editor suponía ser un «manuscrito pictográfico americano», cuya clave daba con la aprobación de Bousgbourg, y resultó ser el cuaderno-borrador de mamarrachos de un muchacho alemán.

Parece que usted no supiese que algo parecido ha sucedido con el «Manuscrit Troans», impreso con gran lujo tipográfico y cromolitográfico.

En una nota de su «Bibliothèque, etc.» dice el mismo abate B. de Bousgbourg lo que sigue: «No temo volver sobre lo que he avanzado á propósito del «Manuscrit Troans». Los ensayos de traducción interlinearia que he dado de las inscripciones mayas, no eran, como lo dije entonces, sino simples «ensayos» y nada más. Yo había creído que la narración (recit) comenzaba á mano derecha, es decir, por el último folio, como en los libros orientales. La traducción del «Codex Chimalpopoca», y el examen que he podido hacer en las ruinas de Palenque, me han convencido que la narración debe empezar á mano izquierda, como en los libros europeos». No bastando esto para explicar las abiertas contradicciones en que había incurrido, haciendo decir al texto lo que no decía, el abate recurre además á otro expediente muy singular. Inventa, interpretando á su manera un pasaje del P. Sahagun (de quien ha tomado casi todo lo bueno que trae en sus «Cartas sobre Méjico»), un sistema que él denomina de las «anfibologías», según el cual las palabras expresan ó pueden expresar cosas opuestas á su sentido recto y genuino, de modo que en idéntico texto puedan leerse las mismas palabras con un significado completamente diferente. No es broma. He aquí las palabras textuales del abate: «En dépit de mes «tâ-

tonnements» que contient l'exposition que j'ai publiée des hieroglyphes mexicains, avec le «Manuscrit Troans», je n'en dois pas moins á ce document l'explication d'une foule de choses qui m'ont servi dans l'interpretation du «Codex Chimalpopoca» et qui m'ont fait comprendre les amphibologies. C'est en comparant ces deux documents, que j'ai appris comme on pouvait lire dans les mêmes lignes deux récits, non pas contradictoires, mais complètement différents».

Es el suicidio del pretendido sabio, siendo ésta su última confesión sobre su última obra. ¿Para qué seguir? Dejémoslo en paz.

Por estas pruebas comprenderá usted que tengo razón de hablar en honor de la seriedad de la ciencia y en homenaje de la verdad, con la severidad que he empleado respecto del abate Brasseur de Bousbourg, á quien usted aprecia bien, aunque con ciertos miramientos, quizá por no conocer todos los documentos que lo condenan como un falso sabio, poseído de una manía, aun concediéndole el honor de la buena fe de que á veces he llegado á dudar.

Tal vez he empleado á su respecto palabras demasiado crudas, que son admisibles en una carta de confiancias literarias, escrita al correr de la pluma.

9.^a—Fussang (Los chinos en América).—Veo que usted no se atreve á pronunciarse sobre esta cuestión, y que equivoca (tal vez por no haber leído con toda atención el libro de que se ocupa) las conclusiones á que han llegado los sinólogos que la han tratado.

Dice usted que «un periódico inglés que se imprime en Hong-Kong, ha discutido esta cuestión en un sentido favorable». Si no hay error de imprenta, y si en vez de «favorable» usted no ha querido decir «desfavorable», es lo contrario lo que resulta de la citada discusión.

Termina usted diciendo que «el libro de Leland es sin duda lo más completo que se haya publicado sobre el viaje de los chinos á América en el siglo V, y que se encuentra embarazado para dar una opinión acerca de su verdad».

Permítame usted decirle que ha andado por demás tímido al formular este juicio negativo sobre una base equivocada, si es que no hay error de imprenta, repito.

El libro de Leland titulado «Fussang» es sin duda lo más completo sobre el particular, pero sólo en el sentido de que compila todo lo que sobre la cuestión se había escrito, sin

agregar más que algunas argucias, á fin de ligar entre sí las diversas narraciones ó especulaciones que contiene.

Es difícil darse cuenta de esto, no leyendo seguido todo el libro, del que, como usted lo observa, la Memoria del sabio orientalista Newman forma el fondo, dejando arrumbado el primitivo trabajo de Deguignes.

Leland, discípulo de Newman, ha reunido en ese volumen todo cuanto sobre la cuestión se ha escrito en pro, y algo de lo dicho en contra. Lo más notable que en él se encuentra es la carta del coronel norteamericano Barclay Kennon, que demuestra que, dadas las corrientes marítimas que existen entre la China y California, el descubrimiento de la América por los chinos es posible y aun probable, hasta por medio de los juncos chinos, lo que como usted sabe tampoco es nuevo.

Así, el libro de Leland no trae ningún contingente nuevo á la cuestión, y que se halla allí más ó menos como la dejó Deguignes en el siglo pasado, con la diferencia de que hoy se han aglomerado mejores pruebas en contra, robusteciendo las negaciones que en tal sentido formuló Klaproth.

El hecho no es imposible, y parece probable como lo es el descubrimiento de la Groenlandia por los normandos, y aun de lo que propiamente se llama el continente americano; pero tiene á su favor pruebas mucho más débiles que, por otra parte, se destruyen á sí mismas.

Lejos de ser favorable la discusión de esta cuestión en China á las conclusiones de Leland, les fué adversa, y puede decirse que las enterró para siempre.

El doctor Bretschneider, residente en Pekín, y Simson, residente en Cantón, ambos entendidos sinólogos, respondieron á la invitación del «Notas and Queries en China and Japón», periódico publicado en Hong-Kong, á que usted alude, pronunciándose en un sentido desfavorable á las conclusiones de Newman, robusteciendo su exposición con demostraciones y argumentos que no han podido ser refutados por Leland, sino con argucias sin solidez.

Si usted quiere recorrer ligeramente el capítulo xiv del libro de Leland, allí encontrará comprobado lo que dejo dicho.

Toda la argumentación de los chino-americanos se funda casi exclusivamente en una prueba de ingerencia, á saber: que la palabra Fussang, bajo la cual se designa el pretendido país descubierto por los chinos en el siglo v, y que se supone

ser Méjico, es el nombre que los descubridores dieron á una planta que crecía en él, y que según su descripción la suponen ser el «maguey» ó áloe americano; en lo cual, unido á otras particularidades que se mencionan en la relación china que se atribuye á un sacerdote budista llamado Hoi-Shin, se basa todo el edificio chino-americano.

Simson dice que la palabra «fussang» designa una planta malvácea de la China, que ninguna analogía tiene con el maguey, el cual se introdujo en este país llevándolo de las islas Filipinas. A este argumento que echa por tierra la armazón, nada serio contesta Leland, sino rearguyendo sobre las palabras.

La conclusión de Simson es la misma de Klaproth, más ó menos, á saber: que el país de Fussang, descubierto por los chinos en el siglo v (dado que sea auténtico el relato) debe ser el Japón, al cual corresponden (dado los límites de la China en esa época) las palabras de «país donde se levanta el sol».

A esto nada contesta Leland.

Bretschneider, con más abundancia de argumentos y más copia de datos, trae todos los antecedentes históricos y geográficos de la cuestión, exhibiendo su bibliografía.

Haciendo cálculos de tiempo y distancias, difiere de Simson en que sea el Japón el país en cuestión, aseverando con el testimonio de la historia china, que era ya conocido por los budistas. Su opinión es que puede haber sido una provincia de Siberia. Confirma que según las descripciones del árbol llamado «fussang» por los chinos, no puede haber duda que es una malvácea, extendiéndose sobre este punto con noticias muy curiosas, que denotan saber y conocimiento del país.

Como en la narración china sobre el pretendido descubrimiento de América en el siglo v, se habla de la existencia de caballos en el país que se supone ser Méjico, fácil le es al sinólogo de Pekín probar que en América no existían caballos antes de la época colombiana. Concluye calificando la narración de «consumado embuste atribuido á un falso sacerdote de Budha», admitiendo que puede ser cuando más una narración referente á otro país, adornada por la imaginación de algún poeta.

La réplica de Leland no destruye estos argumentos, y extendiéndose mucho en defender á los mormones (de los que el Bretschneider se ocupa de paso), se limita á reargüir sobre palabras, contando el triunfo por el hecho de encontrar contradicciones entre los dos sinólogos á que refuta.

Como usted ve, si la cuestión ha sido discutida en China, lo ha sido en un sentido desfavorable á la hipótesis que se pretende acreditar por Leland, y aparte de la pobreza de las pruebas en que reposa, hay los datos suficientes para formar una opinión, ya que no para rechazar su examen.

Y como veo que este asunto sería de nunca acabar, termino aquí mis anotaciones á su revista bibliográfica, publicada en la «Revista Chilena».

Muchas otras cosas se me ocurren que decirle sobre nuestros comunes estudios; pero ya esta carta se va convirtiendo en folleto, y tengo que ponerle fin, respondiendo á sus últimas preguntas y hablándole de mis trabajos y proyectos literarios.

Me pregunta usted si la nueva edición del «Belgrano», comprenderá la vida del héroe hasta su muerte, porque le interesa conocer á fondo la revolución de Arequito. No alteraré el texto primitivo, limitándome á ligeras correcciones y adiciones de detalle, complementándolo con un epílogo que bosqueje la vida de Belgrano, desde el congreso de Tucumán en que lo dejé hasta su muerte, sin dar á la parte histórica el desarrollo que tiene en la obra ya publicada. Como lo digo en ella, el papel histórico de Belgrano termina en 1816, y allí termina propiamente su vida pública. En este plan, la revolución de Arequito será tratada, aunque tal vez no con la extensión que usted desea.

Puesto que usted se interesa en adelantar sus noticias acerca de ese punto histórico, puede consultar por lo pronto lo que sobre el particular dice el doctor V. F. López en sus estudios históricos de la revolución argentina, publicados en la «Revista del Río de la Plata». Aunque su versión lleva cierto sello de parcialidad marcada, debido á impresiones propias ó á las fuentes en que ha bebido, hay allí algunas noticias nuevas tomadas oralmente, que pueden utilizarse, ligándolas á otras más auténticas y comprobadas. Excuso prevenirle que este escritor debe tomarse con mucha cautela, porque escribe la historia sin documentos (al menos muy escasos, fuera de los impresos), guiándose por ocurrencias ó ideas preconcebidas, afirmando dogmáticamente, puede decirse, en cada página, lo contrario de lo que dicen los documentos inéditos, que no conoce, como sucede en todo lo relativo á San Martín y á las relaciones diplomáticas del Río de la Plata con la corte portuguesa en el Brasil, desde 1816 hasta 1819, lo

Infojus

SISTEMA ARGENTINO DE
INFORMACIÓN JURÍDICA

mismo que con las relaciones del director supremo con el Congreso Nacional.

En el plan de mis trabajos históricos, el período de la guerra civil comprendido entre 1816 y 1826, que antes pensé hacer entrar en el cuadro de la «Historia de Belgrano», formaré el argumento de otro libro, que tengo en borrador. Su título es «Artigas». Es la historia de la revolución interna y de la descomposición social á la vez que del régimen colonial simbolizada por el caudillaje y explicada por la anarquía y la guerra civil, desde 1810 en que las masas se despiertan al sople revolucionario, hasta que el sistema colonial se descompone y se disuelve, siendo suplantado por una República orgánica en embrión, con las fuentes sociales casi aniquiladas, en que el instinto popular obedeciendo á su índole resuelve de hecho los problemas políticos con más acierto que los sabios, aunque comprometiendo en otro sentido la existencia de la comunidad, mientras que la revolución americana triunfa por las armas y por las ideas en otro campo y por otros medios. Será un libro nuevo, y aun creo que original por su significado y alcance, fundado en documentos completamente inéditos, estudiados á la luz del criterio histórico que he indicado en mis estudios sobre la revolución argentina (Güemes y Belgrano).

Antes de emprenderla con Artigas, es mi ánimo terminar la «Historia del general San Martín». Es cuestión de tiempo y redacción, pues todo el plan está bosquejado, los estudios escritos están hechos según ese plan, y los documentos clasificados en el orden en que sucesivamente los he de usar. Estimo en diez mil por lo menos el número de los documentos manuscritos extractados y consultados para la confección de este libro. Formaré dos tomos como la «Historia de Belgrano», de 500 á 600 páginas cada uno. A propósito de San Martín. Veo que usted tiene en su poder el legajo de la «Batalla de Maipo» de los realistas. Dígame si además de lo que usted ha utilizado de él hay algo más que interese á la historia de esta gran batalla y del héroe que la ganó.

Al mismo tiempo y por vía de solaz, estoy reuniendo los materiales para un libro nuevo de antropología y etnografía, ensanchando el plan de otro que tenía en bosquejo sobre las lenguas indígenas del Río de la Plata, consideradas como base de los estudios históricos y geográficos. Su título será «El hombre salvaje de la cuenca del Plata». Allí trataré la cuestión de las razas indígenas, determinaré su geografía y sus

migraciones, estudiaré sus lenguas bajo diversos puntos de vista, conexos con el asunto, ocupándome de otros que creo han de ilustrar la materia, dando algún contingente nuevo. Para este trabajo cuento con el auxilio de mi biblioteca glótica americana, que se compone como de 200 volúmenes sobre las lenguas indígenas de ambas Américas, en que están incluidas las primitivas ediciones de las gramáticas y diccionarios de los misioneros. Además de esto, todo cuanto sobre antropología, etnología y arqueología americana se ha publicado.

He dicho á usted antes que en el archivo de Indias he encontrado los materiales para otra obra, á fin de hacer y rehacer la historia antigua de esta parte de América. Será lo último que emprenda, dándome tiempo para recoger más materiales, y esperando que tal vez pueda realizar un viaje hasta Sevilla y Simancas para completarlos. Su título será «Historia del descubrimiento, conquista y población del Río de la Plata». Precedida por una introducción sobre el suelo y sus primitivos habitantes, la obra se dividirá, naturalmente, en cuatro partes: 1.º Generalidades. 2.º Descubrimiento. 3.º Conquista. 4.º Población. Toda ella será fundada sobre documentos nuevos y auténticos, que ya tengo extractados según este plan, y ordenados del mismo modo. Como la historia de la conquista del Río de la Plata es la única que no ha sido escrita, tal vez por ser menos dramática que la de Méjico, Perú y Chile, es un libro que falta en la literatura americana. Si no presenta el interés romanesco de las que he recordado, no carecerá de grandes caracteres y notables empresas, mostrando cómo se colonizó este país sin el aliciente de las minas de oro y plata, cómo se afirmó la colonización por el trabajo, cómo se constituyó su vida municipal y cómo la prosperidad se desarrolló comercialmente. Será la solución histórica de un problema económico y social único en la América del Sur.

He ahí el programa de mis trabajos literarios, esperando que la fuerza no me falte, y que la vida me alcance para llenarlo.

En cuanto á mis «Arengas», de que le hablé antes, ya está terminada su impresión en un volumen de más de 600 páginas. Irá con esta carta.

El tomo de poesías está todavía en prensa; pero irá en su oportunidad.

En cuanto á los «Episodios de la revolución», que forma-

rán dos volúmenes, me falta completar la serie, dándoles un encadenamiento cronológico. La obra se dividirá en dos partes: 1.^a Revolución de la independencia. 2.^a Revolución social. Empezaré con la invención de la bandera nacional y la muerte de Liniers en 1810 y 1811, y terminaré con la tragedia de Barranca Yaco y la salvación del cadáver de Lavalle, marcando cada año con una especie de medallón histórico, por el estilo de los que usted conoce, como «Falucho», «La Esmeralda», el «Crucero de la Argentina», etc. Siendo todos ellos rigurosamente históricos y fundados en documentos, tendrá sin embargo cada uno la unidad de un drama y se leerán como una novela, popularizando así la historia patria, á la vez que adelantándola.

Tengo parte en cartera y parte en el tintero, otros dos trabajos, que es cuestión de algunos días de buen humor para terminar.

El uno es un estudio sobre Azara, considerado como geógrafo, naturalista, etnólogo é historiador del Río de la Plata: es el Humboldt modesto de esta parte de América, que solo, sin estímulos, en medio de los desiertos, sin conocer más ciencia que las matemáticas y guiado por su genio observador, creó un sistema nuevo de clasificación zoológica, midió y describió gráficamente su territorio, estudió sus razas indígenas, revelando, por decirlo así, un mundo desconocido y siendo el precursor de los que después han continuado su tarea.

El otro es un estudio de las Misiones jesuíticas del Paraná y Uruguay, hecho en el cuadro de la vida del P. Antonio Ruiz de Montoya, su verdadero fundador. Es una figura notable como misionero, escritor y filólogo, autor de la «Conquista Espiritual del Paraguay» y de las gramáticas y diccionarios guaraníes que existen. Montoya nació en Lima y es como el P. Santo Tomás, en el Perú, y Ruiz Blanco, en Cumaná, la reproducción del tipo de Las Casas entre nosotros.

Y con esto he vaciado mi saco literario.

Por aquí las únicas novedades literarias que tengo que anunciarle son las siguientes: 1.º La descripción de la República Argentina, por Burmesteir, director del museo de Buenos Aires. (El primer volumen acaba de publicarse aquí, en alemán, y está haciendo otra edición francesa en París.) 2.º «La Patagonia y las tierras australes del continente americano», por Vicente G. Quesada, director de la biblioteca de Buenos Aires. (Esta obra de discusión y de historia al mis-

mo tiempo, con muchos documentos nuevos, interesa igualmente á Chile). 3.º «Luz del Día» (que pasa por impresa aquí, siéndolo en Francia). Usted la ha juzgado literariamente muy bien. (Poca inventiva, algunos chistes, verdades cónicas unas y traqueteadas otras, exagerada falsedad, pasiones venenosas y exposición sofisticada, tales son los elementos que componen este libro). 4.º «Gaceta de Buenos Aires», por A. Zinny (inspector de instrucción pública). Es un índice analítico de este importante periódico desde 1810 á 1821, muy útil para los coleccionistas é historiadores, aunque difuso como todos los trabajos de este autor. 5.º «Eferidrografía Angireparqueótica», por el mismo. (Es una bibliografía de la prensa periódica de las provincias argentinas hasta 1850, que complementa la bibliografía angiro metropolitana que usted debe tener.) 6.º Una corona literaria con un grabado en honor de nuestra novelista nacional Juana Manuela Gorriti (que á la fecha debe estar en Lima). 7.º Un librito misceláneo de la baronesa de Wilson, escritora en varias revistas ilustradas de Europa, que hoy se encuentra en Buenos Aires. 8.º Un libro sobre distribución de la tierra pública, por el coronel Alvaro Barros. 9.º Aquí se publican varias revistas (fuera de la histórico-literaria del Río de la Plata, que cesó). Las hay de medicina y cirugía, de agricultura, con láminas, de bibliotecas populares, de farmacia, materias rurales, instrucción pública, de música, de numismática, militar con láminas, del museo con id., del archivo, una alemana sobre materias económicas, historia y geografía, física y estadística nacional, y varios anales de sociedades científicas. Entre éstos, el de la Sociedad de Ciencias, acaba de publicar un artículo sobre el caballo fósil argentino, escrito por un joven naturalista, nuestro Luis Fontana, que le adjunto en recorte con una breve introducción hecha por mí. 10. «Territorio argentino y cuestiones internacionales de límites», por Nicolás Grondona. Es un cuaderno con un mapa y leyendas explicativas, publicado en el Rosario.

A propósito del caballo fósil argentino, recuerdo que se me iba pasando hablarle de otro joven naturalista, que es nuestra esperanza. Muy joven aún se ha hecho conocer ya en Europa, por un trabajo suyo publicado en la «Revue d'Anthropologie» de Broca, sobre los Cementerios prehistóricos de la Patagonia, que ha estudiado por sí mismo. En el «Boletín de ciencias exactas de Córdoba», ha publicado otro trabajo sobre las antigüedades de los indios en las provincias de

Buenos Aires. Ambos son completamente originales, y suministran nuevas luces. Pero su obra mejor es un museo antropológico, arqueológico y paleontológico que ha formado en su casa con objetos reunidos por él; entre los cuales se encuentran más de 400 cráneos de razas indígenas, que es sin duda la colección craneológica americana más completa que exista. Es inteligente, instruido, posee una vasta biblioteca americana, y sobre todo la pasión de los viajes y el coraje de afrontar todos los peligros y fatigas para explorar regiones desconocidas, estudiando el terreno geológicamente y recogiendo objetos de historia natural. Su nombre es Francisco P. Moreno, y pronto lo tendrán ustedes por Chile. Se lo recomiendo á usted y demás amigos, muy especialmente.

El joven Moreno va á hacer un viaje de exploración, recorriendo las pampas y atravesando la cordillera, seguirá desde el fuerte de El Carmen, en Patagones, más ó menos el itinerario (en sentido inverso) del notable viaje de nuestro amigo Cox, pasando por Nahuel-Huapí. De allí pasará probablemente hasta el Perú, para enriquecer su colección de cráneos, que complementarán y aun corregirán en parte los estudios de Tschudi y de Mentón.

Tengo á la vista la primera carta-relación de su viaje, con un croquis de su itinerario. Al presente se encuentra explorando el río Colorado, y espera estar en Chile, según dice, de febrero á marzo.

Se me ocurre ahora que nada le he dicho del catálogo de mi biblioteca americana, á que usted se refiere en su carta, y de que le hablaba en mi anterior. Me va saliendo tan vasto, aun sin salir de los límites rigurosamente bibliográficos, que á veces temo que nunca lo terminaré. Por eso he adoptado el sistema de consignar mis notas bibliográficas en las hojas blancas de los mismos libros, cuando no exceden de una á cuatro páginas, escribiéndolas aparte cuando forman un artículo más bien que una nota. A este número pertenece el estudio sobre el primer libro impreso en Sud-América, de que le hablé antes y usted debe conocer. Según este plan, aun sin repetir noticias que se encuentran en otros catálogos, tomando las notas exclusivamente de los mismos libros, apreciarlas y compararlas entre sí del punto de vista de su originalidad y utilidad para determinar las verdaderas fuentes de estudio, sin entrar en la crítica literaria, sacando de ellas mismas las noticias históricas correlativas y las biografías ignoradas de una gran parte de sus autores y otros detalles de que

usted como hombre del oficio se hará cargo, bien comprenderá que este trabajo que emprendí por mero entretenimiento, vaya creciendo entre mis manos como la bola de nieve.

Mi plan es metódico, según un sistema de clasificación que he adoptado, teniendo en vista las materias que constituyen mi colección de libros. La materia general es la historia, la geografía y la etnografía. Las diversas secciones que lo forman se suceden y encadenan en el orden de los estudios de un americanista, ya geográfica, ya científicamente. He aquí una idea de mi trabajo:

Introducción:—La formará la «Bibliografía americana», ó sea el conocimiento de los libros que van á estudiarse. Sección 1.^a: América anticolombiana, razas y lenguas indígenas, geografía física (aspecto del suelo, botánica, estudios de determinadas plantas y cultivos americanos, etc). Sec. 2.^a: Descubrimiento de América.—Antecedentes geográficos.—Colón y Vespuccio.—Escritores primitivos del descubrimiento.—Poemas épicos sobre el descubrimiento.—Sec. 3.^a: América en general, historia y geografía, viajes y descubrimientos, crónicas, etc. Sec. 4.^a: Río de la Plata en general y particular, que formará nueve ó diez capítulos. Sec. 5.^a: América española, subdividida geográficamente por Repúblicas. Sec. 6.^a: América portuguesa. Sec. 7.^a: América del Norte. Sec. 8.^a: Cuestiones americanas, en que las cuestiones de límites forman el fondo. Sec. 9.^a: España y América. Sec. 10: Derecho general, cedulaarias, códigos, constituciones, colección de tratados y obras especiales sobre lo mismo. Sec. 11: Manuscritos sobre el Río de la Plata en particular y América en general, incluso mi propio archivo histórico, sección que comprenderá varios capítulos, que todavía no he precisado. Sec. 12: Mapas y láminas, sumando los primeros más de 1000 números. (Nada digo del monetario americano, que usted conoció en embrión, porque con lo dicho ya ve que tengo en qué entretenerme.)

Sin más literatura por ahora, se despide de usted hasta otra carta, su invariable amigo.—*Bartolomé Mitre*.

P. D.—Le adjunto una carta para don Ignacio Zenteno. Le agradecería continuase mandándome la «Revista Chilena», que me ha interesado mucho. Tengo hasta el número 9. Al empezar esta carta, creí que me tomaría cuando más un par de horas, y sólo he podido terminarla á los dos días, fechando por lo tanto, al acabar, hoy 21 á la noche.

CONTESTACIÓN DE BARROS ARANA Á LA ERUDITA CARTA
ANTERIOR DEL GENERAL MITRE

Santiago, diciembre 5 de 1875.—Mi querido amigo: Recibí su apreciable y erudita carta del 20 de octubre, cuyos diez y ocho pliegos me leí de una sentada y con el más vivo interés. Mi primer propósito fué darla á la prensa, convencido de que su lectura debía ser agradable á los abonados á la «Revista Chilena»; pero luego medité y comprendí que no convenía dar publicidad á las opiniones desfavorables que usted me da acerca de algunas obras argentinas, sobre todo cuando esas opiniones están revestidas de la crudeza que se usa en una conversación familiar.

Mucho me han interesado las observaciones crítico-bibliográficas que usted se sirve hacerme; pero debo decirle que usted ha dado más importancia á las simples notas que publico cada mes en la «Revista» sobre algunas obras que he leído ó que he recorrido durante el mes anterior. En esta reseña, escrita al correr de la pluma y sin pretensiones de erudición, me he propuesto sólo llamar la atención de los chilenos hacia los libros más útiles cuya reciente publicación llega á mi conocimiento, y sobre todo hacia los libros americanos. Mis indicaciones se limitan á ampliar el título de las obras, haciendo ver muy sumariamente las materias de que tratan. En estas indicaciones bibliográficas procuro por todos los medios evitar apreciaciones duras, á menos que se trate de un libro completamente disparatado. Los años me han enseñado á ser, no diré indulgente, pero sí menos agresivo. Pienso más ó menos lo mismo que usted respecto del libro de Gravier sobre los descubrimientos de los normandos en América, y de la introducción puesta por Lamas á la obra del P. Lozano; pero he querido expresar mi opinión con toda templanza. Lo mismo debo decirle respecto de las necrologías americanas, algunas de las cuales me han dado un gran trabajo, y en que quiero evitar juicios ó más bien expresiones hirientes. Así,

por ejemplo, el vulgo de los lectores chilenos tenía gran admiración por los trabajos del abate Brasseur de Bousbourg, cuyo crédito he atacado con templanza, pero con franqueza. Leyendo la carta interesantísima de usted he tenido la satisfacción de ver que en general sus juicios sobre muchos libros y sobre muchos hombres se diferencian muy poco de los que yo me había formado.

Otra coincidencia en nuestras opiniones. He leído en la «Revista Argentina» los artículos de López sobre el año 20. He ahí una literatura histórica que no puede agradar á los que tenemos la costumbre de estudiar los documentos, comprobar las fechas, etc., y que, en realidad, no enseña nada, absolutamente nada. Siempre he creído que lo que se llama historia filosófica es el asilo de los que no quieren estudiar la historia, de los que quieren hacer de esta ciencia un conjunto de generalidades y declamaciones vagas é inútiles. Yo no sé si usted recuerda la polémica que sobre este punto sostuvo don Andrés Bello en 1847 con Lastarria y otros escritores chilenos, combatiendo ese género de historia filosófica. A pesar del prestigio de tan gran maestro, los que en Chile nos hemos dedicado á estudiar y á escribir la historia, sobre todo Amunátegui y yo, hemos tenido que batallar largo tiempo para demostrar que la historia sin hechos bien estudiados y sin documentos, es completamente inútil y absurda.

Mucho he celebrado las noticias que usted me da sobre sus futuros trabajos históricos. Pero es menester, amigo mío, no dejarlos en proyecto, sino poner el hombro al trabajo con energía y resolución. Usted no debe vacilar en acometer su «San Martín», que por lo que usted me indica, y por el número de documentos que posee, puede y debe salir una obra muy notable. Usted está dotado de una prodigiosa facilidad de redacción, y por lo tanto es muy poco lo que le queda que hacer después de haber reunido los documentos y hecho el estudio de ellos.

A propósito de este trabajo, le diré que el legajo que yo tengo con el título de «Batalla de Maipo» no tiene nada que interese directamente á San Martín y que no haya sido explotado por mí. Esos documentos, reunidos en la secretaría del virrey Pezuela, reflejan sólo el estupor que produjo entre los jefes realistas del Perú y de Nueva Granada la noticia del triunfo de San Martín, y las medidas que se tomaron para resistir á los independentes. En el cuarto tomo de mi «Historia de la independencia de Chile», de la página 462 á 477,

he hecho un resumen y un extracto extenso de los más útiles entre esos documentos.

Me pide usted que le envíe los tomos VII y VIII de la «Historia civil» de Gay, que faltan á su ejemplar. Sépase que en Chile no pasan de seis las personas que los poseen, por la muy sencilla razón de que el autor los publicó por su cuenta, y no los puso á venta. Es mucho más fácil obtenerlos en París, haciéndolos pedir á la familia de Gay, por medio de cualquier librero.

Ya que no puedo satisfacer en este punto sus deseos, le envío por conducto de la legación de Chile en Buenos Aires un paquete que contiene «El proceso de Valdivia» y dos opúsculos interesantes sobre geografía y estadística de Chile. Van también en él dos ejemplares de un librito ú opúsculo que acabo de publicar sobre Miguel L. Amunátegui, y que aunque escrito en nueve días, y al correr de la pluma, contiene algunas noticias que pueden interesarle.

El secretario de la Legación chilena en Buenos Aires, señor Lira, me escribió una esquelita ofreciéndose para servir de intermediario para esta clase de canjes. No tengo tiempo para contestar su carta, pero comienzo á utilizar sus servicios. Como usted habrá de verlo, le suplico que le dé las gracias á mi nombre.

Por el correo he seguido enviándole puntualmente la «Revista Chilena». Hoy le remito el número 12, que contiene un artículo mío sobre ciertos hechos concernientes á San Martín en 1819 y 1820. Tal vez encuentre usted algunos documentos ó noticias que puedan interesarle.

Por el correo le remito igualmente otro ejemplar del opúsculo sobre Amunátegui, como envío otros á Gutiérrez, Lamas, López y á otras personas de Buenos Aires. Sin embargo, usted podrá distribuir los dos ejemplares que le sobran.

Me dice usted que no ha recibido el tercer tomo de mi texto elemental de literatura. Debe haber una equivocación de usted nacida del título especial de ese tomo (Manual de composición literaria). Estoy seguro de que lo coloqué dentro del paquete, junto con un ejemplar del «Comp. elemental de historia de América», y otros libros más.

En pocos días más se terminará la impresión de la «Historia de Chile», de Carvallo, en cuyo tercer tomo pondré una corta introducción, complementaria de la de Amunátegui. Cuidaré de enviarle un ejemplar de los tres tomos.

Hace mucho tiempo que no recibo casi ninguna publicación argentina. A pesar de que envió puntualmente la «Revista Chilena» á varias personas de Buenos Aires, á don Andrés Lamas, entre otros, no he obtenido de retorno la «Revista Argentina», cuya colección me interesa poseer. Lamas no me ha enviado la obra del padre Lozano, aunque yo le envié la del padre Olivares, «El proceso de Valdivia», y muchas otras cosas. Imagínese que sólo de prestado he podido leer «La Patagonia», de Quesada, y «La luz del día», de Alberdi, etc.

Me interesaría poseer, junto con las obras indicadas, la «Descripción de la República Argentina» de Bourmeister, las dos últimas publicaciones de Zinny, la corona literaria de la señora Gorriti y la de don Nicolás Grondona sobre cuestión de límites. Si usted puede enviarme algo de esto sin imponerse gastos ni sacrificios, no se olvide de hacerlo. Diga lo mismo á los señores Gutiérrez y Lamas, á quienes envió puntualmente cuanto publico.

Adiós, amigo querido. Reciba un fraternal abrazo de su invariable amigo.—*Diego Barros Arana.*

LAS «ARENGAS» DEL GENERAL MITRE.—UN ARTÍCULO DE BARROS ARANA.—LA BIOGRAFÍA DEL GENERAL, POR A. LAMARQUE.—LIBROS CHILENOS.

San Bernardo; febrero 7 de 1876 (Contestada marzo 29).
—Mi querido amigo: En este lugar á donde he venido á pasar algunos días de campo en una modesta casita que poseo, he recibido su apreciable del 25 de enero, en que me faculta para publicar su carta anterior, introduciendo en ella las modificaciones que usted me indica. A pesar de su encargo, suprimiré dos ó tres pasajes que se refieren á mi persona y que son demasiado favorables, para que yo mismo sea su editor. Le agradezco esos conceptos, que atribuyo más á su buena amistad que al mérito del hombre de quien se trata, pero no daré á la imprenta más que lo que se refiere á mis libros, y

no lo que usted dice acerca de mi persona y de mis trabajos en materia de instrucción pública.

Aquí también recibí los libros que usted me envió y el tomo de sus «Arengas», de todos los cuales, á lo menos de los modernos, he dado noticia en la sección bibliográfica de la «Revista». Sus «Arengas» me han interesado más que por la cuestión política por su valor histórico, y por algunos discursos fúnebres que me han interesado mucho. Leyendo la biografía de usted, escrita por don A. Lamarque, me he preguntado: «¿Por qué el editor de este libro no buscó un escritor más experimentado y más prolijo para encargarle que trazara el bosquejo de la vida de Mitre?» En el escrito publicado hay algunos datos y ciertos errores de detalle, pero falta el arte, el método y aun noticias para acabar de conocer al personaje. Es lástima, amigo mío, que en América no se sepa todavía hacer bocetos biográficos como los que se escriben y publican cada día en Europa, aun en las compilaciones como la de Michaud y la de Didot. Yo he intentado trazar otro rumbo, y al efecto, en la sección necrológica de la «Revista» he hecho algunos artículos cortos, sumarios, pero abundantes de noticias, aunque desgraciadamente, no siempre he podido procurarme todos los datos. Artículos biográficos, escritos con sencillez, sin aparato ni pretensiones literarias, sobrios en el estilo y en las apreciaciones, ó más bien hechas éstas sin pasión ni odio, pero con noticias seguras: he ahí lo que falta entre nosotros.

Leyendo sus «Arengas» tuve la fantasía de escribir un artículo sobre usted. Léalo en la «Revista» que llegará á sus manos al mismo tiempo que ésta. Lo he escrito casi de memoria, al correr de la pluma, y sin más deseo que hacer que los lectores de Chile y del Perú tengan alguna idea de lo que se ha escrito sobre historia argentina. Bueno ó malo, ese artículo es hijo de una intención sana; de modo que si usted lo encuentra mediocre (como lo juzgo yo) no acuse mi propósito sino la precipitación con que he escrito lejos de mis libros, si bien un día que fui á Santiago copié unas cuantas líneas de los libros de usted para intercalarlas en mi artículo.

Este artículo estaba impreso cuando recibí su interesante carta del 25 de enero. No pude, pues, corregir lo que había escrito sobre la nueva edición de la «Historia de Belgrano», omisión que yo cuidaré de corregir en otra ocasión.

La publicación de este artículo me impide también publicar íntegra su carta. Temo que se crea que los elogios que us-

ted hace de mi persona, me han movido á escribir sobre usted, cuando en realidad he procedido por un motivo mucho más desinteresado.

En pocos días más vuelvo á Santiago. Allí buscaré una medalla y un catálogo de la exposición de 1875, y algunas otras cosas que puedan interesarle. En estos momentos, Amunátegui imprime un libro muy interesante con el título de «La crónica de 1810», historia de los primeros días de la revolución de Chile; y uno ó dos volúmenes de cuentos americanos, basados en asuntos históricos. Yo reimprimo en un volumen, con muchas agregaciones y notas, mi estudio sobre Gay, por encargo de la universidad, que ha mandado grabar el retrato de ese sabio para colocarlo en el libro, y enviar uno y otro á las sociedades sabias como prólogo ó introducción de la «Historia física y política de Chile». De todo esto tendrá usted un ejemplar tan pronto como salga á luz.

Le buscaré igualmente los tomos segundo y tercero de los «Precursores de la independencia de Chile», por Amunátegui. Es obra de inmensa erudición, que está bien en cualquiera biblioteca, y que á usted puede ser útil.

Le agradezco el favorable juicio que le ha merecido mi librito sobre Amunátegui. Obra de circunstancias, escrita de carrera y en sólo nueve días, puede contener algunas noticias, las que yo recordaba; pero nunca pensé que merecía la aprobación literaria que usted le dispensa.

Nuestro amigo Zenteno ha suspendido su obra acerca de su padre. Llamado al ministerio de la Guerra, sufre sin embargo una enfermedad cerebral de pésimo carácter que le impide trabajar, sobre todo en estudios de investigación.

Adiós, amigo mío. Reciba un abrazo de su viejo é invariable amigo.—*Diego Barros Arana.*

ENVÍO DE LIBROS CHILENOS.—«LOS PRECURSORES DE LA INDEPENDENCIA», DE MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.—RECTIFICACIONES HISTÓRICAS.

San Bernardo, marzo 11 de 1876 (Contestada el 29).—
Mi querido amigo: Cumpliendo la promesa que hice á usted en mi anterior, fui á Santiago anteayer y formé un paquete que contiene los objetos siguientes:

1.º Catálogo razonado de la exposición del coloniaje, septiembre de 1873, un volumen.

2.º Catálogo oficial de la exposición internacional de Chile de 1875, un volumen.

3.º Boletín de leyes y decretos vigentes desde 1860 hasta 1870, un volumen. Es libro caro, por ser de propiedad de los compiladores, y que comienza á no ser común.

4.º «Los precusores de la independencia de Chile», por Amunátegui, tomos 2 y 3.

5.º Una medalla conmemorativa de la exposición.

Al entregarme Amunátegui los dos tomos de los «Precusores» me dijo que está seguro de habérselos enviado oportunamente, y que si no los ha recibido debe usted atribuirlo á algún extravío ó pirateo de algún bibliopirata. Como esto mismo me ha ocurrido con otros envíos que yo he hecho á Buenos Aires, no extraño lo ocurrido. Amunátegui me encargó también que dijese á usted que en adelante no fuera cicatero con él, y que le enviase sus «Arengas» y cuanto usted publicase, en la seguridad de que él hará siempre lo mismo con usted.

Le recomiendo que lea «Los Precusores». Es libro de sólida erudición y de seso.

La medallita de la exposición que le envío es una acuñada en conmemoración de este certamen. Hasta ahora no he podido hallar ninguna de las que se acuñaron para premio; pero espero proporcionarme una que le enviaré.

Voy á buscar igualmente otra que se acuñó hace tres años en conmemoración de la inauguración de la estatua de Cochrane, en Valparaíso.

Quisiera retribuirle igualmente otra acuñada en 1874 en mi favor, y mandada hacer por el cuerpo de profesores de Santiago. Es bastante grande, y tiene un busto mío que se me parece. Desgraciadamente, no tengo más que un ejemplar de oro que me presentaron; pero no creo imposible obtener en la casa de Moneda otro en plata ó bronce que poder enviarle. Si la consigo, guárdela fuera del monetario, en un rincón del escritorio y como recuerdo del amigo.

Su carta está impresa y saldrá á luz en el número de la «Revista» del 1.º de abril, cuyas primeras páginas ocupa.

Reciba mil recuerdos de los amigos Amunáteguis y un abrazo de su invariable.—*Diego Barros Arana.*

Habiendo destinado el día de hoy á escribir quince ó vein-

te cartas, tengo la cabeza abombada, y escribo sin orden ni concierto.

El paquete de libros fué entregado en el ministerio de Relaciones Exteriores y dirigido á don Máximo R. Lira, á quien escribí una cartita para pedirle que lo hiciera llegar á manos de usted.

Anteayer hice también en Santiago un enorme paquete ó cajón de libros chilenos sobre historia (Amunátegui, Vicuña, yo, etc., etc.) que me pedía un amigo librero de Londres (Trübner), para un personaje que está estudiando historia americana.

Usted verá por esto que los literatos de estos países estamos obligados á ser correctores de pruebas, editores y hasta comisionistas. Este último papel ocasiona muchos gastos, que, sin embargo, yo hago con todo gusto para facilitar el conocimiento de este mundo, tan poco conocido.

Por el correo le envío otro número de la «Revista» que publicó el artículo sobre usted.

El artículo concerniente á «Francisco de Aguirre» podría rectificarse en algunos detalles y completarse mucho teniendo á la vista el «Descubrimiento y conquista de Chile» por Amunátegui y las noticias que acerca de ese personaje se encuentran en el apéndice del «Proceso de Valdivia».

Don Joaquín Alos y Bru (página 26) pasó del gobierno del Paraguay al de Valparaíso, en el reino de Chile, donde se manifestó moderado. Vicuña da algunas noticias de Alos en su «Historia de Valparaíso», tomo II. Tenía el rango de coronel. Murió en esa ciudad en 1810, y su puesto fué ocupado por el patriota don Juan Mackenna, más tarde general de la revolución.

Alvarez Jonte era natural de Madrid. Vino muy niño, de edad de 9 años, con su familia, que se estableció en Buenos Aires. De aquí pasó á Chile sólo á terminar sus estudios, y en Santiago se graduó de doctor en leyes de la universidad de San Felipe, por los años de 1809. Volvió á Chile en octubre de 1810, como representante de la junta de Buenos Aires cerca de la junta que entonces gobernaba en Chile, y no cerca del Cabildo de Santiago, como se dice en su biografía. Era patriota exaltado, y después de la caída de su partido en Buenos Aires, por la caída de Moreno, fué llamado de Chile. Conservo en mi poder un cuaderno manuscrito suyo, un diario de la primera campaña de lord Cochrane (y no Cockrane, como se escribe allí).

Sobre Alvarez Condarco (página 36) le hice algunas rectificaciones. No sé si le dije que no se había hallado en la batalla de Maipo.

El doctor don Tomás Manuel de Anchorena (página 57), se recibió de abogado y tomó el título de doctor en la universidad de San Felipe (Santiago de Chile).

En la biografía de Angelis (página 60) hay alguna confusión sobre sus primeros años, que convendría hacer desaparecer.

El doctor don Felipe Arana (página 65), nació en Buenos Aires en 1786, é hizo sus estudios superiores en la universidad de San Felipe (Santiago de Chile), durante los años de 1808-1810, y allí se recibió de abogado y de doctor. Trató allí también á los hombres más adelantados que, como Rozas, Rojas, etc., preparaban la revolución de la independencia. Es autor de un «Dictamen» sobre asuntos de patronato publicado en Buenos Aires en 1835.

La biografía de don Santiago Arcos es muy deficiente. En la «Revista Chilena» de 1.º de enero de 1875 hay una reseña más noticiosa.

SOBRE EL MARFIL VEGETAL

Su casa, (1) agosto 3 de 1876.—Mi estimado amigo: De vuelta de su casa, me he puesto á hojear algunos papeles, y he encontrado una noticia cabal acerca del «marfil vegetal», que se la extracto en seguida, por lo que pueda interesarle.

Se designan con ese nombre, así como con los de «tagua» ó «cabeza de negro», las semillas del tamaño de una manzana chica, redondeadas por un lado y puntiagudas por el otro, que provienen de un lindo arbusto de la familia de las pandaneas, llamado «Phylelephas macrocarpa» por Ruiz y Pavón. Esas semillas, en número de cuatro, están contenidas en un fruto erizado, casi del tamaño de una cabeza humana,

(1) A la fecha de esta carta, Barros Arana se encuentra en Buenos Aires, como ministro de Chile.—(N de la D.)

dividido interiormente en cuatro departamentos en que se acumula antes de la madurez una especie de leche muy buscada por los viajeros. Este licor se espesa formando una masa muy dura que forma el marfil vegetal, y de que se hacen cabezas de bastones, y muchos otros objetos menudos que parecen ser fabricados de marfil. Esa planta se halla y se explota en el Perú y en la Nueva Granada.

Además de la noticia que acerca de ella dan Ruiz y Pavón, puede usted ver la «Botánica» de Philippi, página 395. Esta última indicación le probará que el libro de Philippi es muy útil para conocer la flora americana.

Me repito como siempre su afmo. amigo y S. S.—*Diego Barros Arana.*

LA HISTORIA DE LA GUERRA DEL PACÍFICO.—ESTUDIO DEL GENERAL MITRE SOBRE «OLLANTAY».—OPINIONES DE BARROS ARANA SOBRE ESE DRAMA INCÁSICO.—LOS PAPELES DE DON JOSÉ ANTONIO DE ROJAS.

Santiago, junio 5 de 1881 (Contestada julio 5 de 1881).—
—Mi querido amigo: Tengo á la vista su muy apreciable del 5 de mayo. En cumplimiento de su encargo le envío por el correo un ejemplar del segundo tomo de «La cuestión de límites» por Amunátegui, y un ejemplar del segundo tomo de la «Colección de memorias históricas», al cual Amunátegui puso, como usted quiere, su firma. Al entregármelos, este amigo me encargó que le hiciera presente los recuerdos de su amistad sólida é invariable. Al paquete que contiene esos libros, he agregado un ejemplar de la «Geografía física» (tercera edición), que tiene muchas modificaciones para hacer entrar nociones que son el resultado de los progresos de la ciencia en los últimos ocho ó diez años. La revisión de este libro me ha impuesto un trabajo asiduo de dos meses, que, sin embargo, me ha sido muy agradable, porque me ha obligado á leer un gran número de libros nuevos.

En este momento se termina la publicación del segundo tomo de la «Historia de la guerra», que tengo concluído desde

mediados de abril. El dibujo y grabado de los mapas, ha sido causa de que se haya demorado en salir á luz. Aun así sólo pondré dos mapas á la edición castellana; pero uno de los departamentos del norte del Perú, que recorrió la expedición Lynch, ha costado mucho trabajo para rectificar las cartas que corren. Creo que por el vapor próximo le enviaré algunos ejemplares, uno de ellos en buen papel para que complete el que le envié.

Recibí el «Ollantay» y lo leí con el más vivo interés. Me parece que la teoría del drama peruano antecolombino, queda pulverizada de la manera más absoluta que podía desearse. Esa pieza no había sido estudiada seriamente, y por eso había dado lugar al error verdaderamente insostenible de creer que en realidad fuera un drama del tiempo de los Incas. Me parece que nadie que lea su estudio puede sustentar seriamente esa opinión.

No he recibido la «Nueva Revista de Buenos Aires» ni he visto aquí un solo ejemplar de ella. Si no le es molesto, le agradeceré que me la envíe.

Entregué á Pinto los documentos que usted me envió para él. Se los agradeció mucho, y aun me dijo que deseaba escribir á usted. No sé si pueda hacerlo, porque en este momento no tiene tiempo para nada.

No vuelva á preocuparse de los papeles concernientes á Rojas, porque no vale la pena de que se imponga la menor molestia. Sólo para defenderme de no haber perdido la memoria, le diré que usted me prestó un cuaderno escrito en letra moderna que contenía copias de reales cédulas y de algunas notas emanadas de ese virreinato. Allí había una cédula de 1779, en que se mandaba que se registrase la biblioteca que traía de Europa don José Antonio Rojas, y que se sacasen los pliegos de una edición castellana que había comenzado á hacerse en Madrid. En el mismo cuaderno había copia de una nota en que se avisaba haberse cumplido esta orden. Yo copié esas dos piezas, y se las envié á Amunátegui; pero, en manos de éste se han extraviado mis copias, que no alcanzan á llenar medio pliego de papel. Le repito que no se tome más trabajo en buscar esos documentos; pero no le queda duda de que usted los posee en copia en un cuaderno de papel grande (florete).

Aquí se han hecho muchas publicaciones sobre la guerra del Pacífico, además de los gruesos volúmenes que ha publicado Vicuña, y de los cuales han salido tres á luz. Son en su

mayor parte compilaciones de documentos, ó relaciones de hechos aislados, tomados muchas veces de las correspondencias de los diarios. Ultimamente se ha publicado un volumen de 420 páginas de documentos oficiales sobre las batallas de Chorrillos y Miraflores. Para escribir mi libro he tenido que echarme al cuerpo todas esas publicaciones, y que sacar de ellas la esencia, apartando las exageraciones de los corresponsales de los diarios, exageraciones que no existen en los documentos oficiales, que casi siempre han sido dignos y serios. ¿Le interesan estas publicaciones? Podré enviarle algunas, si no todas ellas.

Mil respetuosos recuerdos á la señora, á la familia y á nuestros amigos comunes, y usted reciba un abrazo de su invariable amigo.—*Diego Barros Arana.*

EL 60.º CUMPLEAÑOS DEL GENERAL MITRE.—LOS ARREGLOS CHILENO-ARGENTINOS DE 1881.—TENDENCIAS AMISTOSAS DE BARROS ARAÑA.

Santiago, agosto 1.º de 1881 (Contestada septiembre 26).
—Mi querido amigo: Con el placer que siempre me causan sus cartas, recibí la del 5 de julio. Lo felicito por haber cumplido los sesenta años. Cuando se ha llenado bien la misión sobre la tierra, prestado á la patria grandes servicios, y cuando se llega á esa edad en buena salud y con la cabeza y el corazón jóvenes, los años no pesan. La edad le da derecho para retirarse un poco de las luchas ardientes de la política, y le permite consagrar más tiempo al cultivo de las letras que son el mejor amigo de toda la vida.

Por mi parte, cada día me fortifico más en la resolución de vivir entre mis libros y de no interesarme por cosa alguna que no sea la lectura y el estudio. A pesar de este propósito, no he podido ser indiferente al arreglo de la cuestión chileno-argentina, y he puesto de mi parte toda la actividad que me ha sido dable. Usted conoce mis opiniones: la paz y la armonía entre dos pueblos que están destinados á ser el honor de nuestra raza y de nuestras instituciones republicanas, deben

ser las aspiraciones de todos los buenos patriotas. Yo no quiero hacer discursos ni escribir largas y pretenciosas cartas destinadas á la publicidad ; pero tengo otros medios de trabajar más eficazmente por la concordia, y en todo caso, me dejaría cortar una mano antes de consentir en un rompimiento.

Aquí he podido ayudar al presidente Pinto en esta negociación, y buscar adhesiones al arreglo amistoso. Hoy me parece que la cuestión está resuelta y que la solución es satisfactoria y definitiva. Pinto ha mostrado en esta ocasión un carácter sólido y una inteligencia superior para vencer las resistencias que ha hallado en el camino de la negociación, y que le oponía el patrioterismo de algunos hombres de este país.

Tal vez le interese saber este dato. Don Máximo R. Lira, á quien en Buenos Aires creían un enemigo tenaz de todo arreglo, es partidario resuelto del tratado. Por lo demás, estoy persuadido de que éste será aprobado en el Congreso, por una mayoría parecida á unanimidad en el Senado, y por una mayoría considerable en la otra Cámara.

No he recibido la «Nueva Revista» que usted me anuncia. Lo atribuyo á que, según los nuevos arreglos de las administraciones de correo, se exige que los impresos sean entregados con algunas horas de anticipación. La falta de este requisito fué causa de que no marchasen oportunamente los paquetes que yo le remitía.

Aquí ha comenzado á publicarse una «Revista de Chile». No parece gran cosa, y no sé cómo siga. En su primer número escribí unas cuantas páginas sobre nuevos libros americanos, en que destino una buena parte á dar á conocer su «Ollantay», y á aplaudir la justicia y sagacidad de sus observaciones. He encargado que se la envíen puntualmente.

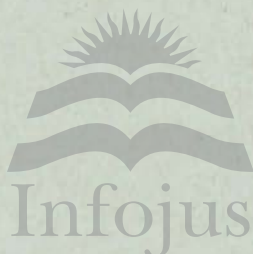
Desde años atrás había tomado apuntes sobre escritos anónimos relativos á la historia, la geografía y la literatura de América. El mes último me he entretenido en poner en orden esos apuntes, y destinando á cada libro un cartón, he completado 380 cédulas, y tengo material para 120 más. No he anotado más que los anónimos ó seudónimos cuyos autores he podido descubrir, y por tanto después de describir el libro, ó más bien de catalogarlo, le agrego una nota, corta ó larga, según los casos, descubriendo al autor.

Si publico este ensayo bibliográfico, que creó útil para los bibliotecarios y coleccionistas, le pondré por título «Notas para una bibliografía de escritos anónimos sobre las cosas de

América». Usted comprenderá que este ensayo no puede ser completo y que no puede aspirar á título más pretencioso.

He pedido el número de la «Revista Chilena» que le falta, y creo que podré enviárselo hoy. En caso contrario, irá por el próximo correo.

Sírvase hacer presentes mis recuerdos á la señora y familia, y á todos nuestros amigos comunes, y usted reciba el más amistoso abrazo de su invariable amigo y servidor.—
Diego Barros Arana.



CORRESPONDENCIA LITERARIA CON GREGORIO BEECHE

Años 1864-65

EL MANUSCRITO DE LA OBRA DEL PADRE LOZANO.—GESTIONES PARA SU ADQUISICIÓN PARA LA BIBLIOTECA DE BUENOS AIRES.—LO COMPRA BEECHE Á BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA.—CINCO CARTAS SOBRE ESTE ASUNTO.

Buenos Aires, octubre 29 de 1863.—Señor D. Gregorio Beeche (1).—Estimado amigo: Hacía tiempo que deseaba escribirle particularmente, y lo hago al fin hoy para entablar nuestra correspondencia, aprovechando los momentos que me deja libres la feliz circunstancia de haber entrado ya este país en un orden normal, después de las fatigas y trabajos que han sido indispensables para obtener este fin. Siempre he recordado con gusto la época en que nos viéramos en Valparaíso, y espero que continuaremos nuestra relación por medio de esta amistosa correspondencia.

Por conducto de nuestro amigo Gutiérrez, el cual frecuentemente me ha dado noticias de usted, supe hace algún tiempo que en poder de Vicuña se hallaba el manuscrito del padre Lozano, que se creía original, y por el cual pedía mil pesos plata. Le hice contestar por el mismo Gutiérrez que si el manuscrito era verdaderamente original podríamos dar por él ese precio ó uno aproximado; pero que en caso que así no fuese, le ofrecíamos comprárselo por la mitad de esa cantidad, es decir, por quinientos pesos.

(1) Don Gregorio Beeche fué un distinguido erudito y bibliógrafo argentino, cuya valiosa colección de obras americanas formó la base de la actual biblioteca del Instituto Nacional de Santiago.—(N. de la D.)

Según tengo entendido, Vicuña ó usted contestó á Gutiérrez, que aunque el manuscrito parecía un ejemplar preparado como para la imprenta, no era el original del padre Lozano, por lo que, según lo propuesto, quedaba subsistente la oferta hecha por Gutiérrez de comprar aquél por los quinientos pesos.

La circunstancia de haber tenido yo que salir á campaña entonces, dejó sin terminar este negocio, no habiéndome sido posible tampoco contestar entonces á las cartas que recibí de Vicuña sobre este negocio, cuando supe que dicho manuscrito había sido enajenado á usted por una cantidad mucho menor, creo que por 200 \$, lo que me hace creer que ha habido mala inteligencia en este negocio. Pero, como se me ha informado al mismo tiempo que tal venta ha tenido lugar con la condición de que si el Gobierno argentino lo comprase por mayor cantidad, la diferencia sería partible entre usted y Vicuña, en esta misma fecha escribo á este amigo, reiterándole mi formal oferta de adquirirlo por 500 pesos, incluyendo en él la copia que, según los informes de usted á Gutiérrez, debía ir junto con el manuscrito; y le agrego que, si no hay inconveniente en esto, queda usted autorizado por mi parte para la compra y remisión del manuscrito, librando por su importe, por medio de alguna de las casas de comercio que tienen relaciones con nuestra plaza; y en consecuencia espero se sirva usted ponerse de acuerdo con Vicuña sobre este asunto, y proceder, según dejo indicado, en el caso que no haya inconveniente en aceptarse mi propuesta.

Mucho agradezco á usted el envío que me hizo de la «Gaceta de Lima», que recibí, documento importante y rarísimo que ha venido á completar mi colección; y le agradeceré también si tiene la bondad de enviarme la «Bibliografía chilena» de Briceño, así como otros libros sobre América, que pueda usted proporcionarse. Por mi parte yo le retribuiré mandándole todas las publicaciones de aquí y algunos otros libros que pueda necesitar para su biblioteca.

Y á este propósito le diré que he sabido con gusto la importancia que ha tomado su valiosa colección de libros americanos. Le he de estimar me envíe el catálogo, que yo á mi vez le enviaré el de mi biblioteca, que ya lo estoy formando.

Escribame con frecuencia, pues tendré mucho gusto en recibir sus cartas, y créame, etc.

Le envío un ejemplar de la colección de Tratados argentinos, que acaba de publicarse por cuenta del Gobierno. Por

ahora va un ejemplar común ; después le enviaré una tirada en mejor papel. Dígame qué otras publicaciones le faltan para mandárselas.—*B. Mitre.*

Valparaíso, diciembre 21 de 1863 (Contestada el 9 de enero de 1864).—Señor General D. Bartolomé Mitre.—Mi distinguido amigo: Por el vapor *Chile*, que llegó á este puerto el 17, con once días de viaje desde Montevideo, he tenido el gusto de recibir su muy estimada de fecha 29 de octubre último. Su lectura ha producido en mi ánimo un sentimiento de melancolía, por efecto de los recuerdos que usted evoca de una época en que tantos compatriotas y amigos reunidos hacían de Valparaíso una brillante colonia argentina, agitada violentamente por la política y los varios sucesos de la cruenta lucha civil que se sostenía en la patria. Esa época pasó y Valparaíso es hoy una triste morada para los pocos paisanos que aun tenemos la dura necesidad de permanecer en él.

Es verdad que tengo los dos tomos in folio de que consta la historia manuscrita del padre Lozano, y usted me permitirá explicarle cómo no ha habido por mi parte ningún mal entendido en la adquisición que hice de esa obra. Cuando vino Vicuña, en 1861, me mostró el M. S., y le ofrecí por él 300 \$. Me contestó que tenía oferta de 500 \$ para la biblioteca de la universidad, pero que esperaba obtener mil pesos. Yo le habría dado esta cantidad, pero siendo esto imposible por mis circunstancias financieras, dejé correr la bola, á pesar de que se me iba el alma detrás del M. S. Todo lo ocurrido después en el asunto usted lo sabe y es inútil repetirlo.

En marzo de este año me escribió Vicuña la carta que en copia adjunto, recordando mi anterior oferta y proponiéndome la venta de la obra ; yo le contesté en los términos que también verá en la misma copia, y sea que Vicuña no quisiese esperar más tiempo ó que así lo exigiesen sus intereses, el resultado fué que aceptó mi oferta y se terminó el negocio.

Hechas estas explicaciones, paso a decirle que el M. S. es original y auténtico, porque tiene la firma del autor, y porque los copiosos índices, las notas marginales y varios artículos corregidos son de puño y letra de Lozano, según lo

asegura don Jacinto Peña, que se dice conocedor del M. S. que existió en otro tiempo en la biblioteca de Buenos Aires.

La copia que se propuso sacar Vicuña está muy al principio y no alcanza ni á la cuarta parte del primer tomo que comprende la descripción é historia del Paraguay y Buenos Aires. El segundo tomo contiene la conquista de la provincia del Tucumán.

Todo este largo preámbulo le hará conocer lo poco dispuesto que estoy para quitarle á mi biblioteca americana su mejor y más interesante monumento. Lo que puedo ofrecerle es hacer continuar la copia principiada por el señor Vicuña para que se imprima en ésa.

Tendré muchísimo gusto en remitirle en la primera ocasión que se presente la «Estadística Bibliográfica Chilena» del señor Briceño y algunas otras obras que tengo duplicadas. Barros Arana y Vicuña se preparan para hacerle una buena remesa de libros, con lo que es regular quede provista su biblioteca de las mejores publicaciones chilenas.

No he tenido el gusto de recibir la Colección de tratados que usted me anuncia; cuando usted quiera remitirme alguna cosa tenga la bondad de mandarla entregar á don Ignacio de las Carreras, que es mi favorecedor y proveedor de las publicaciones argentinas.

Varias veces me había propuesto escribir á usted, pero siempre he desistido, por no quitarle su precioso tiempo; ahora aprovecharé del permiso que me da y tendré mucho gusto de dirigirle algunas misivas, las que dedicaré con más particularidad á la manía bibliográfica.

Le agradezco mucho la oferta que me hace de remitirme su catálogo; tengo un señalado interés en verlo, para que me sirva de modelo para formar el mío, porque tengo dificultad en la manera de hacer una clasificación clara y precisa.

Me despido hasta otra ocasión, deseándole salud y toda prosperidad, y repitiéndome su amigo muy afmo. y seguro servidor.—*Gregorio Beeche.*

Santiago, marzo 11 de 1863.—Señor D. Gregorio Beeche.—Mi apreciado señor y amigo: No tuve el gusto de encontrar á usted cuando fui á tomar sus órdenes para ésta,

pero me lo doy ahora saludándole desde aquí, donde, como siempre, estoy á su entera disposición.

Me proponía hablar á usted en Valparaíso de la historia de Lozano, porque hace como un año que nada sé de lo que piensa hacer el gobierno de Buenos Aires, habiéndome escrito en esa fecha el señor Gutiérrez que el Gobierno me lo compraría en 1000 \$.

Ahora me hallo dispuesto á aceptar más ó menos la proposición que usted me hizo, porque la «Historia de los diez años» absorbe todas mis fuerzas productivas, y su resultado financiero será sólo tardío y gradual para mí.

En consecuencia y bajo la inteligencia que usted podría negociar esa obra (cuya adquisición es indispensable al Gobierno argentino), bajo las mismas bases que me han indicado á mí, le hago una de estas dos proposiciones.

Le vendo á usted en 300 \$ la obra y usted queda en darme la mitad de lo más que saque de ella, negociándola con el Gobierno argentino.

O bien usted compra en 500 \$ el manuscrito y hace el uso que le parezca de él.

Supongo más conveniente á nuestro mutuo interés la primera indicación, y es más ó menos la que usted se sirvió hacerme, porque he gastado más de 60 \$ en copias, que de todos modos será preciso hacer cuando se imprima la obra, y yo las entregaré con esto.

En fin, en la amistad que usted se sirve dispensarme, yo le hago á usted esta indicación, y si no es de su aceptación no habré hecho yo sino tener un motivo para ofrecerme á sus recuerdos y pedirle disponga de mí con toda franqueza.

Mil recuerdos al amigo señor Sarratea.

Su afectísimo amigo y S. S.—(Firmado): *Benjamin Vicuña Mackenna.*



EL MANUSCRITO DE LA OBRA DEL PADRE LOZANO.—CUESTIONES PARA SU ADQUISICIÓN PARA LA BIBLIOTECA DE BUENOS AIRES.—LO COMPRA BEECHE Á BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA.—CINCO CARTAS SOBRE ESTE ASUNTO.

Valparaíso, marzo 12 de 1863.—Señor D. Benjamín Vicuña Mackenna.—Mi distinguido amigo: He tenido el gusto de recibir su estimada de fecha de ayer y le aseguro que he sentido mucho no nos hubiésemos podido ver en ésta, porque deseaba que usted se hubiese impuesto de las comunicaciones de Gutiérrez, relativas al M. S. del padre Lozano. Este amigo ha hecho cuanto dependía de él para obtener un resultado favorable, pero sin suceso por las circunstancias del país.

Quizá más tarde, y cuando pase la penuria y verdadera miseria del tesoro argentino, le tomarán el manuscrito; así lo juzgo yo y aun me atrevería á aconsejárselo, salvo que sus circunstancias no le permitan obrar de esta manera.

Con respecto á la propuesta que me hace de que yo tome la obra, le diré en la confianza con que hablan dos antiguos amigos, que no puedo hacerlo por ahora, porque tres semestres consecutivos que el Banco de Valparaíso no ha dado dividendos han apurado hasta el extremo mis escasos recursos.

Si usted quisiera complacer mi gusto por la bibliografía americana, haciendo un sacrificio en obsequio de mi vieja manía, acepte doscientos por el manuscrito original y treinta pesos por la copia, en la segura inteligencia de que si lo tomo no es con el ánimo de venderlo ni de especular con él. Todo mi interés, tonto si se quiere, está reducido á ser dueño del M. S. y colocarlo en mi estante.

Si en algún tiempo me viese precisado á desprenderme de él y obtuviese algún beneficio, no trepidaré en partirlo con usted, como también le cederé algunos ejemplares en el caso de que mis finanzas me permitiesen hacerlo imprimir. En cualquiera de estos dos casos puede contar con la efectividad

de lo que le ofrezco, lo cual llena hasta cierto punto las propuestas que me hace en su ya citada carta.

Si usted acepta mi indicación, puede librar á mi cargo por los 230 \$, y si no tuviese proporción avísemelo inmediatamente, que yo solicitaré una letra aquí.

Repito que siento mucho no haber charlado un rato con usted, y tenía esperanza de que así sucediese, porque el señor Dávila me aseguró que usted regresaría del Melón; pero ya que no ha tenido lugar esto, disponga de todo el afecto que le tiene su amigo y S. S.—

Buenos Aires, enero 9 de 1864.—Señor D. Gregorio Beeche.—Mi distinguido amigo: He tenido el placer de recibir su apreciable carta fecha 21 del ppdo., á que tengo el gusto de contestar.

Muy agradable me es, desde luego, ver reanudada nuestra correspondencia, y que como en aquellos buenos tiempos que usted me recuerda, continuemos hablando amistosamente, si no de política, puesto que hemos alcanzado ya una época de paz y libertad, tras tantos afanes y peligros, á lo menos de nuestra inveterada manía de libros, pues veo que á este respecto es usted tan incorregible como yo.

Impuesto de lo que usted me dice acerca de lo ocurrido con el manuscrito del padre Lozano, y en vista de la resolución de usted de conservarlo en su biblioteca, nada tengo que observar, salvado, como ha quedado ya, el compromiso de honor en que consideraba colocado al Gobierno que presido, para con nuestro amigo Vicuña, por la oferta que le había hecho por intermedio de Gutiérrez para la adquisición de aquel manuscrito.

Aun cuando hasta la fecha no he recibido contestación de Vicuña á la carta que simultáneamente le dirigí cuando escribí á usted sobre este asunto, supongo que me hablará en el mismo sentido que usted desde que, no estando usted dispuesto á desprenderse del manuscrito, no es llegado el caso que usted le indicaba en su carta de 12 de marzo del año ppdo.



Pero, si bien no debe contar por ahora con la adquisición del manuscrito por parte del Gobierno argentino, acepto desde luego la generosa oferta de usted de enviarme una copia de él, esperando se servirá indicarme su costo, como asimismo las condiciones que halle usted por conveniente, en el caso que el Gobierno se decidiese á imprimir la obra, previéndole como creo haberle ya dicho, que el señor Lamas, que actualmente reside en esta capital, posee una copia del manuscrito del padre Lozano.

Le agradezco sobremanera el anuncio que me hace usted del pronto envío de la «Estadística» de Briceño, y otras obras que tiene usted duplicadas. En esta oportunidad, y por conducto del P. Carreras, como usted me lo pide, le envío la Colección de tratados que le anunciaba, y que no le remití antes, pues cuando le escribí mi anterior aun no había concluido de imprimirse.

Por el mismo conducto le enviaré otras publicaciones, así que vuelva á la capital, pues actualmente me hallo con mi familia en el campo; y también un ejemplar del catálogo de mi librería americana, que no he concluido por esa misma razón.

Le agradezco la buena noticia que me da de nuestros amigos Barros Arana y Vicuña, y esperando me escriba usted con frecuencia, como yo lo hago, me complazco en repetirle mi afmo. amigo y S. S.—*B. Mitre.*

VICUÑA MACKENNA, POR INTERMEDIO DE BEECHE, OFRECE EN VENTA AL GENERAL MITRE SU BIBLIOTECA DE OBRAS AMERICANAS.—CUESTIONES INTERNACIONALES EN EL PACÍFICO.

Valparaíso, diciembre 31 de 1863 (C. el 18 de febrero 1864).—Señor General D. Bartolomé Mitre.—Mi distinguido amigo: Vicuña Mackenna me ha remitido la adjunta carta, pidiéndome la haga llegar á sus manos.

Me dice este señor que le ofrece en venta los restos de su biblioteca americana. Esa colección ha sido la más rica que ha existido en Chile, pero hoy es diminuta y está muy esco-

gida; sin embargo, aun le quedan algunas obras interesantes, y si usted quiere algunas de ellas puede indicarme los títulos, que con mucho gusto me encargaré de remitírselas.

Nada notable ocurre en Chile que poderse comunicar; las próximas elecciones para congresales es lo único que algo agita los ánimos.

Se asegura con alguna probabilidad que Bolivia ha comprado en Inglaterra tres vapores; esta noticia ha sabido muy mal á los chilenos que contaban con burlarse de Bolivia en la cuestión de Mejillones.

La guerra que se prepara entre el Ecuador y la Nueva Granada es el asunto más grave que tenemos en las costas del Pacífico. Se acusa á García Moreno y al general Flores de haberse puesto bajo el protectorado de la Francia, de un concordato antiamericano hecho con el papa y de la introducción de los jesuítas como instrumento de opresión.

El señor Cox me ha entregado un ejemplar de su «Viaje á la Patagonia», para que lo remita á usted, lo que verificaré en la primera oportunidad que se presente.

Sin más asunto por ahora y deseándole un año nuevo muy feliz y próspero, me repito su afmo. amigo y seguro servidor.—*Gregorio Beeche.*

EL GOBIERNO ARGENTINO, POR FALTA DE RECURSOS, NO COM-
PRA LA BIBLIOTECA DE VICUÑA MACKENNA.—EL GENERAL
ADQUIERE ALGUNAS OBRAS DE ELLA.—LAS CUESTIONES DEL
PACÍFICO.—PAZ Y PROGRESO EN LA REPÚBLICA ARGENTINA.

Buenos Aires, febrero 18 de 1864.—Señor D. Gregorio Beeche.—Mi estimado amigo: Recibí su apreciable carta fecha 31 de diciembre último, y con ella la que me adjuntaba de nuestro amigo Vicuña Mackenna, cuya contestación va inclusa á la presente, á fin de que tenga usted la bondad de hacerla llegar á sus manos.

Me ha sido sensible, como se lo expreso á éste, que el estado de nuestro erario no me haya permitido adquirir para la biblioteca de Buenos Aires la interesante colección de li-

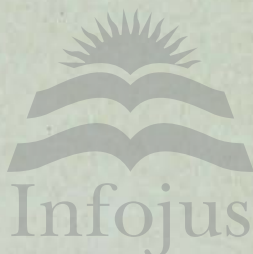
bros americanos de aquel amigo. Sin embargo, para mi biblioteca me he decidido á tomar algunos de dichos libros, cuya lista enviaré á usted en primera oportunidad, esperando quiera prestarme el nuevo servicio de recogerlos y abonar su importe, ó le haré entregar éste por Sarratea, pues no he aceptado la generosa oferta de Vicuña, de tomarlos como recuerdo de su amistad.

Bajo el nombre de usted y á su dirección envío por este vapor un cajón conteniendo una colección de libros que remito á nuestro amigo amigo Barros Arana, en retribución de otro que me anuncia enviarme por conducto de usted. Espero tenga la bondad de remitirle dicho cajón con la carta adjunta, en la que le digo haga participar á usted dichos libros, pues de la mayor parte le envío más de una colección.

Sensible me es la desinteligencia existente entre esa República y la de Bolivia, de que usted me habla. Creo que ambos Gobiernos no excusarán medio para darle una solución pacífica y honorable antes de recurrir á las armas, desacreditando todavía más á estas desgraciadas Repúblicas americanas, cuyas guerras incesantes las han puesto en un punto de vista el más repugnante ante la Europa, dando así ocasión para desacreditar el hermoso sistema democrático, y para que se realicen planes inicuos como el que tiene lugar ahora en Méjico y el que se prepara en el Ecuador.

Por lo que respecta á nuestro país, me es agradable decirle que la libertad, la paz y las instituciones se consolidan á pasos agigantados, y que el progreso y prosperidad en que marcha la República toda nos augura días muy felices después de las borrascas de que hemos librado con la ayuda de Dios y de los buenos.

Suplico á usted dé mis expresivas gracias al señor Cox por el ejemplar de su viaje á la Patagonia, que me envía por su conducto, y sin más por ahora me repito de usted como siempre su afmo. amigo y S. S.—*B. Mitre.*



CANJE DE LIBROS.—LA BIBLIOTECA DE VICUÑA MACKENNA.—
PEQUEÑAS MISERIAS Y ALTOS INTERESES

Buenos Aires, marzo 2 de 1864. — Señor D. Gregorio Beeche.—Mi estimado amigo: He recibido su apreciable carta fecha 6 del ppto., quedando impuesto por ella de lo que ha hecho usted para la remisión del cajón de libros que me envía nuestro amigo Barros Arana. Doy á usted las gracias por las incomodidades que le produce este amistoso servicio, así como se las doy también por el encargo que me anuncia haber hecho al señor Carreras respecto de la lista de los libros que á él le envía: tomaré en oportunidad, usando de su generoso ofrecimiento, las obras que me falten en mi colección de libros chilenos, después de examinar los que me envía Barros Arana. Usted que conoce mi pasión por libros útiles americanos, comprenderá bien cuánto le agradezco este obsequio, que va á permitirme completar mi biblioteca, bastante crecida ya.

Por separado le incluiré un apunte de los libros que deseo tener y que se encuentran en las librerías de Valparaíso, así como los que tiene usted oportunidad de hacer venir del Perú. Usted me indicará el modo que le sea más conveniente para hacer llegar á sus manos el importe de ellos, ya que á la serie de tanto favor como le debo, quiere usted agregar este otro más.

En mi última carta anunciaba á usted el envío de un cajón de libros para Barros Arana, de los que debía tener usted también su parte. Desgraciadamente el vapor *Quito* partió de Montevideo para ese puerto sin haber llegado á tiempo el cajón; pero como de un momento á otro debe llegar aquí un buque de vela, consignado á la casa de Llavallol, y seguir viaje inmediatamente para Valparaíso, por dicha casa y buque recibirá el cajón, y algo más para usted directamente, si, como lo espero, tengo tiempo de preparar otra pequeña colección.

Infojus

Creo haber instruido á usted ya de la imposibilidad en que se hallaba este Gobierno para comprar á Vicuña la parte de su biblioteca que propuso en venta; lo que he sentido, porque creo, como usted, que habría hecho alguna rebaja en el precio, si me hubiera sido posible enriquecer la biblioteca pública de Buenos Aires con aquellos libros de que carece en su mayor parte.

No me sorprende lo que usted me dice respecto al destino dado á los fondos reunidos en Copiapó para auxilio de los desgraciados mendocinos, así como el escozor que ha producido en algunos políticos de Chile la noticia del cobro de los gastos de la guerra de la independencia. Son pequeñas miserias de que es indispensable separar la vista, fijándola en otros intereses más altos, y procurar sobre todo establecer sobre bases sólidas la más estrecha unión y fraternidad entre ambos pueblos para servir de este modo á los principios de la libertad y de la democracia de esta parte de la América.

Por aquí todo marcha bien; vamos venciendo con perseverancia todos aquellos obstáculos con que á cada paso tropieza la administración, y que son el resultado de las pasadas luchas, que desmoralizan la sociedad hasta cierto grado; pero que vuelve á su estado normal, haciéndole amar el orden, y patentizándole las ventajas de la paz y de la libertad.

Me complace en repetirme como siempre de usted su afmo. amigo y S. S.—*B. Mitre.*

CONTESTACIÓN DE BEECHE Á LA CARTA DEL GENERAL.
DEL 18 DE FEBRERO

Valparaiso, marzo 21 de 1864 (C. el 16 de abril).—Señor General D. Bartolomé Mitre.—Mi distinguido amigo: Por el correo mendocino, que llegó hoy, he tenido el gusto de recibir su estimada de fecha 18 de febrero, la que supongo debió conducir Arce, juntamente con las rotuladas para Barros Arana, Vicuña, Mackenna y Lastarria. Este último está aquí, ocupado en trabajos electorales, y esta noche tendré ocasión para entregársela en mano propia.

El señor Arce llegó aquí el 16, con un viaje bastante rápido; hoy ya estará en Cobija. Este señor me habló del cajón de libros que usted me indica; pero ignoro qué ha sucedido con él y por qué conducto debo esperarlo. Cuando lo reciba lo remitiré á Barros, reclamándole mi parte, por la que doy á usted las más debidas gracias.

Le remito un folleto publicado por la universidad de Santiago con la memoria de Varnhagen sobre «La verdadera Guanahani». Esta edición está aumentada con el diario de Colón, y con algunos otros documentos importantes.

Tendré mucho gusto en ocuparme de la compra de los libros de Vicuña, como de cualquiera otra cosa que se le ofrezca. Mande, pues, la lista de los que quiere, que espero los obtendré por un 30 por ciento de rebaja de los precios á que están señalados en el aviso.

Sin tiempo para más, me repito su amigo afectísimo y seguro servidor.—*Gregorio Beeche*.

MAPAS DE BOLIVIA Y CHILE.—CHILE ORIENTAL.—POLÍTICA CHILENA.—LA ESCUADRILLA ESPAÑOLA DEL PACÍFICO

Valparaíso, abril 14 de 1864 (C. el 3 de junio).—Señor General D. Bartolomé Mitre.—Mi estimado amigo: Me es grato avisarle el recibo de su apreciada de fecha 2 del ppdo., de cuyo contenido quedo impuesto. Cuando reciba la nota de los libros que quiera que se le remitan de aquí y el Perú, lo verificaré con mucho gusto, porque esa clase de comisiones lisonjean mi manía bibliográfica y en vez de molestarme me proporcionan un agradable entretenimiento, por lo tanto las acepto con placer.

Barros Arana me ha reclamado el cajón que debió conducir el *Quito*; le he contestado que tenga paciencia y que tan pronto como llegue á mi poder lo haré proseguir su marcha hasta Santiago. Por la parte que en él me toque desde ahora doy á usted las más debidas gracias.

En la *Bachante*, buque de guerra inglés, se ha embarcado un hijo de don Francisco Delgado, y con él remito á Ca-

rreras un paquete recomendándole entregue á usted lo siguiente :

Un mapa de la provincia de Valdivia, por Bernardo Philippi, 1846.

Un mapa más pequeño de la provincia de Concepción.

Un retrato del general O'Higgins.

Un tomo «Hernandia», poema heroico, por Francisco Ruiz de León, hijo de la Nueva España. Madrid, 1755.

Un tomo «Historia de Copacabana y de su milagrosa Virgen», escrita por fray Alonso Ramos, La Paz, 1860.

La adjunta carta me recomienda Vicuña Mackenna la haga llegar á sus manos, como también un paquete con seis folletos de varios escritos publicados por él. Este paquete lo conduce Delgado.

El gran mapa de Bolivia, hecho por Ondarza, Mujía y Camacho, mandado publicar por Linares, se vende aquí por una onza en pliego entero, ó en quince pesos doblado en cuarto mayor. Tiene muchos defectos, como los tienen casi todos los mapas de América ; si usted gusta se lo mandaré. Los límites con la República Argentina los han trazado siguiendo la margen oriental del río Bermejo hasta su confluencia con el río Paraguay, en Nemboca ó el Pilar.

Los chilenos también han mandado publicar, por Adán y Black, un mapa de dos metros de largo, en el que señalan sus límites, según las ridículas pretensiones que hoy tienen. Le llaman Chile oriental á todo el territorio que se extiende desde la margen sur del río Negro hasta el cabo de Hornos. Si gusta también le puedo remitir este gran pliego de papel pintado con muchos colorines.

Las elecciones de diputados y senadores han pasado ya con todas las intrigas, fraudes y supercherías de uso y costumbre. En la cámara de Diputados tienen su representación los cuatro partidos que se disputan la dirección política del país ; pero el Senado se compone exclusivamente de viejos pelucones cléricales, así es que la deseada reforma de la Constitución, que ha servido de biombo á todos los pretendientes, quedará en proyecto. Lo extraño es que muchos de los que se han llamado siempre liberales, hayan contribuido con todos sus esfuerzos á producir un resultado semejante. El domingo próximo tendrá lugar la elección de municipales y será muy disputada, por la poderosa influencia que da á este cuerpo la nueva ley de elecciones.

Otra emergencia más desagradable ocupa la atención pú-

blica, y es la inesperada salida de la escuadrilla española para el Callao, la que se comenta de muchas maneras, llegando hasta suponerse que operarán de acuerdo con la estación naval francesa. Si esto fuese cierto deberemos temer una segunda edición de lo de Méjico. Al ministerio de Relaciones Exteriores he remitido los diarios que dan cuenta de este suceso y lo que ellos dicen es lo único que hasta ahora se trasluce.

El vapor del Norte debía de haber llegado esta mañana. Si hay tiempo antes de la salida del correo, y nos trae alguna noticia de interés que comunicarle, lo haré antes de cerrar esta carta.

Deseando se conserve usted bueno, me repito como su mejor amigo y afectísimo seguro servidor.—*Gregorio Beeche.*

LA POLÍTICA EN LA ARGENTINA Y EN CHILE.—LA ARGENTINA Y EL CONFLICTO PERÚ-ESPAÑOL.—EL MINISTRO CHILENO EN LIMA.—LOS LIBROS DE VICUÑA MACKENNA.

Valparaíso, julio 20 de 1864 (C. el 6 de septiembre).—Señor General D. Bartolomé Mitre.—Mi amigo muy apreciado: Hace cuatro días que estamos recibiendo por fracciones los correos argentinos que nos faltaban desde mayo; en una de ellas ha venido su estimada de fecha 3 de julio último, la que he leído con mucho gusto por la importante noticia que me da, de haberse desvanecido los temores de ultimeridades desagradables que ofrecía la división del partido liberal de esa capital, debido á sus patrióticos trabajos, los que han sido coronados del éxito más feliz. Aquí nos hemos congratulado todos los argentinos de la prudencia y de la maestría con que usted ha sabido dirigir á buen término una complicación que parecía amenazar la tranquilidad de la República.

El magnífico y brillante discurso pronunciado por usted, en la apertura del Congreso, nos ha llenado de satisfacción y aun de orgullo nacional, comparándolo con el pobrísimo que se dijo el 1.º de junio en las Cámaras chilenas, y también

por los principios y doctrinas democráticas que en él se explican, las que forman un verdadero contraste con la conducta observada por el Ministerio en las últimas elecciones que se hicieron en este país.

Otro motivo de orgullo nacional para nos ha sido el entusiasta y noble pronunciamiento del Gobierno y pueblo argentinos con motivo del insulto hecho al Perú por los godos. Esta conducta tan americana no hay duda que alentará á los peruanos para sostener sus derechos, porque saben que los argentinos no los dejarán solos si tuviesen que cruzar balas con los españoles. He remitido al Perú, en el vapor que zarpó el 18, cuanto diario argentino pude obtener y le escribí al cónsul Escardó transmitiéndole copia de la nota del ministerio de Relaciones Exteriores (en la que me dice que se han mandado instrucciones al señor Sarmiento) y también el capítulo de su carta de usted, referente á este mismo asunto. He obrado así en vista de la ansia con que se esperaba en aquel país el pronunciamiento del Gobierno argentino y en previsión de que el señor Sarmiento no tuviese tiempo para hacerlo, lo que en efecto así sucedió, pues apenas lo tuvo para comunicarse verbalmente con el general Vivanco. Ahora está aquí Sarmiento y en el vapor del 27 pasará una nota al Gobierno de Lima.

Sobre noticias del Perú me refiero á mi última del 14; posteriormente nada hemos sabido. Le adjunto un número de «La Patria», en el que se registra una parte de la correspondencia cambiada entre el ministro de Relaciones Exteriores del Perú y el encargado de Negocios de Chile, la que ha sido remitida de Lima con el objeto de desmentir las noticias que con carácter oficial se hacían circular aquí, dando como un hecho indudable que el Gobierno del Perú había tratado con Pinzón. Por el tenor de esas notas el tino diplomático del encargado de Negocios de Chile queda en un punto de vista muy dudoso; así es que los periódicos ministeriales se han apresurado á defender á Hurtado, pero sin suceso, porque el público ha formulado ya su conciencia y condenado la debilidad de consentir que se despachen de Valparaíso buques con carbón y víveres para los piratas, conducta ruin que se ha querido paliar con los pretendidos tratados y arreglos entre Pinzón y el Gobierno de Lima. Le remito también un número de «El Ferrocarril» en el que se comenta su discurso con aplicación á Chile.

Mañana partirá el *Volante*, conductor de ésta, para ese

puerto; en él he embarcado un cajón de libros que Barros Arana me encarga le remita. También van sueltos dos paquetes con los cuatro mapas (dos de Bolivia y dos de Chile) que se me han pedido. Su importe de cuarenta pesos fuertes lo libro á cargo del ministerio de Relaciones Exteriores y favor de don Mariano E. de Sarratea.

Vicuña Mackenna me ha escrito sobre el negocio de sus libros; dice que le quedan como unos 900 volúmenes, quizá lo más interesante para la biblioteca de Buenos Aires, porque son de publicaciones peruanas y chilenas. Le he contestado lo siguiente: «Están en mi poder sus dos estimadas de 15 y 16, y la copia de la interesante carta de nuestro amigo el general Mitre, la que he leído con mucho placer. A mí también me ha escrito, y sobre la compra de los restos de su biblioteca americana me dice, que por el próximo correo me mandaría para este objeto una letra de 2500 \$, y la lista ó nota de los libros, lo que no verificaba en esta ocasión por las muchas ocupaciones que en esos momentos absorbían toda su atención. Inter recibo las necesarias instrucciones, no estará de más que usted me remita la factura bien detallada de las existencias de los libros y sus precios.»

En esta virtud se servirá usted ordenar que se me remita nota circunstanciada de los libros que debo tomar, cosa que será fácil de hacerse desde que se tiene el catálogo con los precios. Yo no quiero que nada se deje á mi arbitrio, y bajo esta precisa condición admitiré el encargo.

Se despide hasta otra ocasión, deseándole salud y toda prosperidad, su amigo afectísimo y seguro servidor.—*Gregorio Beeche.*

POLÍTICA Y PROGRESO EN LA ARGENTINA.—EL CONFLICTO PERÚ-
ESPAÑOL.—LA CONDUCTA DEL GOBIERNO PERUANO.—LOS
LIBROS DE VICUÑA MACKENNA.

Buenos Aires, septiembre 6 de 1864.—Señor D. Gregorio Beeche.—Valparaíso.—Mi estimado amigo: He recibido sus dos apreciables cartas, fechas 20 del ppdo. y 2 del corriente, y desde luego le agradezco los amistosos conceptos

con que me favorece en la primera con motivo de mi discurso en la apertura del Congreso argentino, así como por el cese de la división que había tenido lugar en el partido liberal de esta capital. Desde entonces á hoy la unión se ha hecho más compacta, y aun cuando no faltan algunos malos elementos entre nosotros, como en toda sociedad regida por instituciones tan liberales como esta República, pasan inapercibidos ó ahogados más bien en la bulliciosa atmósfera que ha creado el rápido y creciente engrandecimiento y progreso en que marcha el país, que sólo necesita algunos años más de paz, para elevarse á una altura incalculable, y tengo la esperanza con la ayuda de Dios y de los buenos, de alcanzar este importante bien, por lo que resta á mi administración, dejando á mi sucesor allanado el camino para que pueda seguir en la misma senda.

Las últimas noticias que me transmite usted acerca de los sucesos del Perú, confirman su acertado modo de ver acerca del proceder que observaría el Gobierno de esa República en tal conflicto, como me lo comunicó en una de sus anteriores cartas.

Es deplorable que aquel Gobierno no haya estado á la altura de tan graves circunstancias, y colocándose en la posición enérgica y decidida que debió asumir, y á que lo lanzaba la opinión pública del Perú, y las simpatías tan calurosamente manifestadas en su favor por las demás Repúblicas americanas. Si aguardaba para ello conocer la resolución que adoptaría el Gobierno español, en vista de la conducta de los señores Pinzón y Mazarredo, tal conocimiento lo tiene ya; y á la verdad que no es muy satisfactorio, pues que la desaprobación de tal conducta pierde su importancia ante el hecho de mantener la injuria reteniendo las islas. Y lo que el Perú no ha hecho ó no ha podido hacer cuando la escuadrilla de Pinzón se componía de tres buques, mal podrá hacerlo cuando ésta se haya reforzado hasta el número de seis ú ocho.

No sería imposible que la causa del derecho y de la justicia, que están del lado de los peruanos, tenga una solución desdolorosa para aquéllos y para las demás Repúblicas hermanas, lo que será fatal para todos, aunque todavía abrigo la esperanza de que, colocándose ambas partes en condiciones nacionales, llegue la cuestión á tener un resultado digno y satisfactorio para todos, á lo que concurriré para desarrollar la actitud enérgica de los pueblos y gobiernos de la América republicana en favor del buen derecho del Perú.

Por el *Volante*, conductor de su carta del 20 de julio, recibí los dos cajones de libros enviados por nuestros amigos Barros Arana y Vicuña, por lo que le doy las gracias. Aprovecharé la vuelta del mismo buque, si es que regresa á Valparaíso, para remitir á usted el cajón de libros que le preparo, y cuya lista es adjunta á la presente.

Me he impuesto de lo que usted me dice acerca de la correspondencia que había cambiado con Vicuña en el asunto de los libros, y por lo que respecta á la nota circunstanciada de aquéllos, que debe usted tomar, no me es posible enviársela; todos los libros son de interés para nuestra biblioteca; así es que vuelvo á repetirle que estoy del todo conforme en que la elección se haga de acuerdo entre usted y Vicuña. Es un asunto entre amigos, y por eso lo encargué á usted de él. No hay ni puede ofrecer ninguna dificultad, y desde este momento tiene usted mi más completa aprobación á lo que haga, y mis agradecimientos por este servicio.

He leído con interés la discusión en la cámara de Diputados de Santiago, de que usted me habla, y simpatizo con la patriótica y americana moción de que se trataba, aunque por lo que á mí respecta, estoy por algo más positivo cuando se trata de materia tan grave y trascendental. Prefiero las alianzas cuando el peligro nos amenaza á declaraciones que no llevan en sí más que una influencia moral que ni detiene el peligro inmediato ni lo previene para lo futuro.

Sin más por ahora, me repito como siempre de usted su afmó. amigo y S. S.—*B. Mitre*.

ENCARGO DE LIBROS PERUANOS

Septiembre 10 de 1864.—Señor D. Gregorio Beeche: Hace algún tiempo se sirvió usted darme una lista de los libros sobre el Perú que podían obtenerse en ésa. Con arreglo á ella, hago á usted el encargo siguiente:

«Memoria de los virreyes del Perú», seis volúmenes, 40 pesos; Lorente, «Historia antigua del Perú», tres volúmenes, 11.4; «Revolución de Tupac-Amaru», un volumen, 4.4; «Album de Ayacucho», un volumen, 3. Total: 59 \$.

Encargo á Sarratea que abone á usted el importe de los libros que obtenga, encargándome yo de instruirlo así que me avise de ello.

Por cuenta del ministerio de Relaciones Exteriores, puede usted remitirle dos ejemplares de la Colección diplomática del Perú, y otros dos de los códigos del mismo, librando por su importe, como lo ha hecho con el de los últimos mapas que remitió.—*B. Mitre.*

LA CUESTIÓN ENTRE EL PERÚ Y ESPAÑA.—EL CONGRESO AMERICANO DE LIMA Y LA REPRESENTACIÓN ARGENTINA.—LOS JESUITAS EN CENTRO AMÉRICA.

Valparaíso, octubre 14 de 1864 (C. el 17 de noviembre).
—Señor General D. Bartolomé Mitre.—Mi estimado amigo: Tengo el gusto de avisarle el recibo de su apreciable de 10 de septiembre último, con la nota de los libros que desea le remita, lo que verificaré en la primera oportunidad que se presente por mar ó tierra. La «Revolución de Tupac-Amaru», el «Album de Ayacucho», la «Colección diplomática», y los «Códigos del Perú», tendré que pedirlos á Lima porque aquí no se encuentran esas obras.

Vicuña Mackenna me escribe transcribiéndome un acápite de una carta de usted, en el que le dice, que en esta misma oportunidad me escribe acompañándome una letra de 2500 \$, y autorizándome definitivamente para que en toda amistad arregle la compra de sus libros. Mañana le contestaré su carta, previniéndole que aun no he recibido la orden de la libranza á que se refiere; pero que así que esto suceda procederé con mucho gusto á la realización del negocio. Con este motivo le repetiré á usted que deseo que se me señalen con precisión las obras que debo tomar y sus precios, pues no quiero que se deje nada á mi arbitrio. Vicuña me propone que vaya á Santiago y cuando llegue el caso así tendré que hacerlo, para examinar el estado de los libros. Digo esto porque en unos pocos que le compré me salieron varios truncos y otros muy estropeados.

Infojus

Hoy ha llegado el vapor del Norte, y las noticias que nos trae no son en manera alguna tranquilizadoras sobre la cuestión peruano-española. El gabinete de Madrid no se ha dignado contestar á ninguna de las varias notas que le ha dirigido el del Perú, y se sabe positivamente que preparan con grande prisa, más y más buques de guerra para reforzar á Pinzón. No hay que hacerse ilusiones: la España no largará las islas de Chincha sino por la fuerza, pero yo no veo por ahora quién le ponga el cascabel al gato. Del Congreso americano, que dicen abrirá sus sesiones en pocos días más, se espera el remedio de un peligro inminente que amenaza á todos los Estados americanos. Con este motivo me escriben de Lima que se extrañaba y aun se temía en las regiones oficiales de que la República Argentina no tuviese representantes en ese Congreso.

Se asegura, como un hecho positivo, que el presidente de Guatemala trabaja por la incorporación de todo Centro América al nuevo Imperio mejicano, dándose por autores y activos colaboradores de esta maldad á los innumerables jesuitas que en número considerable se han establecido en esos Estados.

También se asegura que el gobierno del Perú ha mandado tropas por tierra al Ecuador, para proteger la revolución que, contra García Moreno y Flores, estalló en ese país hace poco tiempo. Me refiero á los diarios que le remito para más detalles sobre todas las noticias.

La Legación argentina debe estar en Lima desde el 11 del que rige, y sin tiempo para más me repito su amigo afectísimo y atento seguro servidor.—*Gregorio Beeche*.

ADQUISICIÓN DE LOS LIBROS DE VICUÑA MACKENNA.—OBRAS PARA LA BIBLIOTECA DE BUENOS AIRES.—LA CAPTURA DE OLASCOAGA.—SUS ARMAS, CABALLOS Y SOLDADOS.

Santiago, noviembre 30 de 1864 (C. el 23 de diciembre).—Señor General D. Bartolomé Mitre.—Mi estimado amigo: Como indiqué á usted en una de mis anteriores, me determiné á venir á esta capital con el objeto de arreglar el asunto de los ARCHIVO 8.—TOMO XX

libros con Vicuña y también para acompañar á la señora de Sarratea, que deseaba salir de Valparaíso por el estado de su salud; pero desgraciadamente nos encontramos con la desagradable novedad de que la señora de don Jacinto Peña había sido atacada de la viruela. Este malhadado incidente nos obligó á marcharnos á la hacienda de Aguila con toda la familia menuda de don Domingo Toro, de donde recién ayer hemos regresado. Con este motivo he tenido el gusto de recibir aquí tres cartas de usted, fecha 20 y 28 de octubre y 5 del que rige, de cuyo contenido me he impuesto con todo el interés que siempre me inspiran sus muy estimadas misivas.

Sarratea me dice que tiene en su poder el cajón de libros que condujo el *Paita*, por el que doy á usted las más debidas gracias. Le he prevenido que me remita la parte destinada para Vicuña, la que me será satisfactorio entregársela en mano propia.

La compra de los libros de don Benjamín está ya verificada, aun cuando no haya sido muy satisfactoria para él, ni para mí tampoco.

Las notas que me presentó de las existencias y sus precios eran los siguientes:

América en general, 508 \$; Viajes, 599; Méjico, 106.50; Antillas, Colombia, Brasil y otras Repúblicas, 264.75; Perú, obras y periódicos, 349; República Argentina, Australia y otras partes, 339; Chile, 520.50; España, 380.50. Total: 3061.25 \$.

Al verificar estas notas, encontré muchas obras truncas y tampoco pude entenderlas por la confusión en que estaban los libros. En la necesidad, pues, de terminar este asunto, le ofrecí por todos ellos mil pesos; él se dió por escandalizado de mi proposición, pero después del correspondiente tira y afloja, quedamos en 1200 pesos, y en estos términos ha quedado terminado el negocio.

En Valparaíso con más tiempo y más desahogo procuraré hacer una nota exacta de ellos, agregándole algunas otras obras de los mejores que encuentre.

El ministro de Instrucción pública, por intermedio de Vicuña Mackenna, me ha entregado una colección de las publicaciones oficiales hechas en Chile, destinada para la biblioteca de Buenos Aires; éstas las remitiré juntamente con los otros libros.

Sobre política nada le hablaré, porque supongo que usted y el ministro de Relaciones Exteriores recibirán comunica-

ciones de Sarmiento. Las que han venido para este señor bajo mi cubierta, se le han remitido oportunamente.

La señora de Peña ya está fuera de todo cuidado, y deseándole á usted salud y toda prosperidad me repito su amigo afmo. y S. S.—*Gregorio Beeche*.

Valparaíso, febrero 6 de 1865 (C. el 13 de marzo).—Señor General D. Bartolomé Mitre.—Mi muy apreciado amigo: El 2 de este mes zarpó el bergantín *Yong*, y en él embarqué los 12 cajones de libros que constan del adjunto conocimiento. El buque debe ó no pasar á Buenos Aires, según las órdenes que encuentre en Montevideo, y para el caso de que no continuase el viaje será oportuno que usted anticipe alguna orden.

También adjunto la nota del contenido de los 12 cajones, en los que he metido todo lo comprado á Vicuña, lo id. á Blanchet, lo obsequiado por el ministerio de Instrucción pública de Chile á la biblioteca de Buenos Aires, y cuanto folleto y papelucho ha caído en mis manos. En el cajón número 11 encontrará el «Album de Ayacucho» y el primer tomo de los «Documentos históricos del Perú», que es el único que hasta ahora se ha publicado. En el cajón número 12 he puesto un paquete rotulado para usted, en el que entre otras cosas van las poesías de Olmedo que me encargó.

Le remito una cuenta de lo invertido en la compra de los libros, y por ella verá que todo lo gastado importa 1428 \$, quedando un saldo á su favor de 1322 \$. Al pagar las «Memorias de los virreyes» y las obras de Lorente he obtenido una rebaja de siete pesos; otro tanto ha sucedido con las dos obras compradas para la biblioteca de la universidad, y Gutiérrez entregará los 45 pesos que ellas importan.

Como he dicho á usted antes, no estoy contento de la compra hecha á Vicuña, por la calidad y por el estado de los libros; sin embargo, se puede sacar de entre ellos un número de volúmenes que muy bien valen los 1400 \$ que se han dado y el resto considerarlo como papel viejo é inútil.

El vapor del Norte aun no ha llegado; por consiguiente,

nada notable ocurre que poderle comunicar de la cuestión peruana que aun sigue embrollada y sin solución satisfactoria.

Le deseo salud y toda prosperidad, y me repito su amigo afmo. y S. S.—*Gregorio Beeche*.

Somos 7.—En este momento recibo su muy estimada de fecha 23 de diciembre último, de cuyo contenido quedo impuesto. Sin tiempo para contestarla con más detalles, le diré que cuando se presente la ocasión de adquirir libros de interés americano y verdadero mérito los compraré en conformidad de sus órdenes.

Por este correo he recibido una nota del General en jefe interino del ejército nacional, en la que me dice solicite la captura de Olascoaga, inter el Gobierno me ordena pedir la extradición de este criminal y sus cómplices. Le contesto que se apresure á mandar un oficial que recoja las armas, los caballos y los soldados que aun se puedan reunir.

Este mismo paso me parece que ya no dará un resultado satisfactorio, porque he sido informado por un hacendado de Curicó, que la mayor parte del armamento y caballos que trajo la tropa han sido robados por los guasos y no guasos de esos lugares. Los soldados han entrado también á formar parte de presa, pues la policía de Valparaíso mandó en el acto que supo el hecho un oficial, para enganchar á los que quisieran hacerlo. El gobernador de Curicó, me dicen que se opuso á tal pretensión; sin embargo, se trajeron 29 hombres, que han sido enrolados en la brigada de policía de esta ciudad. Debemos suponer que se les dejará en plena libertad, en el caso que sean reclamados.

Me repito su amigo afmo. y servidor.—*G. Beeche*.



CORRESPONDENCIA LITERARIA CON VARIOS ESCRITORES CHILENOS

Años 1864-65

GUILLERMO BLEST GANA ENVÍA AL GENERAL UN LIBRO
DE QUE ES AUTOR

Santiago de Chile, noviembre 15 de 1854.—Señor don Bartolomé Mitre.—Buenos Aires.—Muy señor mío: No tengo el gusto de conocer á usted personalmente; pero me sucede que hay personas á quienes aprecio sin haber nunca visto. Usted es una de ellas. He oído con frecuencia hablar de usted á sus amigos de Chile; en varios puntos de América usted ha defendido con valor y lealtad causas con que he simpatizado, y esto y los escritos que de usted he visto han creado en mí una «amistad desconocida». La sinceridad en los hombres de talento es una prenda inestimable.

Conozco que ningún valer puede tener á sus ojos la simpatía de un hombre que le es del todo desconocido; pero he necesitado hablar de ella para atreverme á ofrecer á usted, en su nombre, el librito que le envío. Las relaciones literarias de las Repúblicas americanas son harto limitadas de suyo, para que á más de su escaso ó ningún mérito lograrse, este libro, llegar alguna vez á sus manos.

Espero que usted se servirá admitirlo, no por lo que vale, sino como un recuerdo de una persona que lo estima sin conocerlo, y que es de usted atento y S. S.—*G. Blest Gana.*



CURIOSA CARTA DE HERMÓGENES DE IRISARRI

Santiago de Chile, diciembre 29 de 1858.—Señor don Bartolomé Mitre.—Queridísimo salvaje unitario: Desde que tuvisteis la peregrina ocurrencia de abandonar las márgenes del Mapocho, por iros á habitar las caudalosas del Plata, no he dejado un solo momento de seguiros con los ojos del entusiasmo por dondequiera que os habéis hallado. Más de una ocasión os habéis presentado á mi vista acuchillado y lleno de heridas mortales; otras os he visto ensartado como una lagartija en la lanza de uno de esos indios que os hicieron tomar el portante en la fiesta de la vez pasada (traslado á Diego el historiador (1) para que os recuerde las fechas que yo no pongo); y no ha faltado momento en que os haya contemplado en el pináculo del poder, donde ahora os halláis, y de donde no conviene descendáis violentamente, para que no vayáis á caer en algún hediondo calabozo como aquel en que os hallé aquella tarde tenebrosa de obscura memoria (2). ¿Os acordáis? ¡Pobre Aquino! Presente lo tengo en aquel instante en que yo os saludaba riendo, con mi saludo acostumbrado. «No te dije, salvaje unitario, que te habían de pillar.» ¡Cómo se reía el pobre Aquino, y cómo os reíais vos también, encendiendo el fósforo que debía ayudaros á buscar el gollete de una botella que os servía de candelero! ¿Os acordáis que os llevamos una palmatoria á las nueve de la noche? ¡Cuánta fatiga para tan poca cosa! Un cirio pascual mereciais por porfiado. «No te dije que te habían de pillar.»

Allá tenéis á nuestro buen don Dieguito. Ese va allá también por porfiado. También le dije que lo habían de pillar: no lo quiso creer al principio; pero pensando con más cordura ha resuelto pasar á Buenos Aires á tomar otros que los que aquí han querido hacerle probar en un presidio al que

(1) Diego Barros Arana.—(N. de la D.)

(2) Alude á la prisión del general por su oposición al gobierno de Montt.

Llevan á los enemigos demasiado hostiles de la administración. Ya conocéis vos esa bréva. Refugiado en esta Legación, amparado por mis cuatro banderas (1) lo suelto para que vaya á perturbaros un rato por allá. Sujetadlo tanto tiempo como os parezca prudente, porque me temo que si lo soltáis de allá vuelva otra vez á meterse aquí en alguna otra frangirola que le cueste más caro que la presente, y todavía más que otro tanto de lo que á vos os valieron vuestras gracias en «El Progreso» y «El Comercio». Tenedlo allá, por el amor de Dios. Diego es opositor acérrimo: ya sabéis que esto es lo mismo que anunciaros que está punto menos que loco; ó si no, decidme ¿qué os parecen los opositores que allá os están incomodando? ¿No es verdad que están locos? ¡Pues ajustadme esas medidas!

¡De veras, mi querido Mitre! Tengo muchas ganas de saber cómo os encontráis para ayudarme con todas vuestras fuerzas en la campaña que tengo emprendida contra los filibusteros de los Estados Unidos del Norte (2). A Diego le encargo ese negocio. Necesito vuestros buques y vuestros soldados para que me cubran la entrada de San Juan del Norte en Nicaragua. ¿Cuántos podréis poner á disposición de los centroamericanos? Contestad á esto con seriedad. Diego os hablará latamente sobre el particular.

Si tenéis la bella ocurrencia de escribirme, haced que vuestra carta me llegue con una letra legible, porque leer la vuestra no es un regalo para nadie cuando escribís de prisa. De todos modos, que no os acobarde, porque me daréis un placer, aunque tenga el trabajo de descifrar vuestros jeroglíficos.

Recibid memorias de todos los de esta casa que siempre os recuerdan con verdadero cariño. La señora Ana Josefa, mi suegra; Ana Rom, mi señora esposa, Felicidad y hasta mi pequeño Alfredo, que si no será el grande por lo menos será el gordo.

Quedad con Dios y con ventura, vuestro amigo verdadero.—*H. de Irisarri.*

(1) Hermógenes de Irisarri, hijo de Antonio José, era ministro de cuatro de las repúblicas centroamericanas en Santiago, y en su Legación se había refugiado Barros Arana, perseguido por el gobierno de D. Manuel Montt.

(*N. de la D.*)

(2) Alude á las últimas piraterías de Wálker.

MIGUEL LUIS Y GREGORIO VÍCTOR AMUNÁTEGUI.—JUICIOS DEL
GENERAL MITRE SOBRE ALGUNAS DE SUS OBRAS

Buenos Aires, octubre 30 de 1863.—Señores D. Miguel Luis y D. Gregorio Víctor Amunátegui: Mis amigos queridos: Como conocí á ustedes á un mismo tiempo, y con frecuencia los equivocaba por lo semejantes que eran, y como su fama literaria corre por todas partes sin hacer distinción de sus nombres de bautismo, confundiéndolos en lo intelectual, como yo los confundía en lo físico, quiero dirigir á los dos á la vez esta carta, en muestra de que siempre he tenido por ambos un igual cariño.

Era yo joven cuando salí de Chile, y eran ustedes poco más que niños; y desde entonces al leer sus primeros ensayos literarios, concebí las fundadas esperanzas que ustedes han sabido justificar después con sus notables trabajos históricos, conquistándose una merecida reputación literaria que, como aquellas aves de que ustedes hablaban á Sarmiento, han extendido el vuelo más allá de las fronteras de la patria.

He seguido siempre con interés sus pasos, y he leído siempre con gusto sus escritos, cuya colección completa creo poseer en mi biblioteca gracias á la bondad con que han remitidomelos con puntualidad, sabiendo sin duda que había á la distancia un amigo que gozaría en ellos, y que los conservaría no sólo como un recuerdo, sino como manifestaciones preciosas del trabajo y de la inteligencia americana.

Felicito á ustedes por sus trabajos y por los notables progresos que han hecho en todo sentido, desde que no nos vemos, contando con que ustedes continuarán favoreciéndome siempre con el envío de sus obras, que estimo en mucho.

Si algo de lo que se ha publicado por aquí, incluso de lo que yo he escrito, les faltare á ustedes, tendré mucho gusto en llenar sus encargos; y desde luego les haré por mi parte uno, debiendo á ustedes mi colección de los Anales de la

universidad de Chile, que sólo llegan hasta... Espero de su bondad que me manden los números que sea posible para completar esta colección, lo que no creo imposible, siendo los tomos que ustedes me dieron en Chile los más difíciles de encontrar.

La última obra de ustedes que recibí, fué la «Historia del descubrimiento y conquista de Chile», que leí con vivo interés, especialmente su introducción, por las vistas originales que en ella se desenvuelven y que realmente sólo pueden ser comprendidas por el criterio de este siglo de libertad. El ejemplar que ustedes tuvieron la bondad de mandarme, cometí la indiscreción de prestarlo, y como temo volverme á no juntar con él, espero que ustedes tendrán la bondad de reemplazármelo.

Adjunto á ustedes dos tarjetas con mi retrato fotográfico, y espero me envíen los de ustedes, para agregarlos en mi álbum á los de mis inolvidables amigos de Chile.

P. D.—He leído la parte del viaje de Cox, que se está publicando en «El Araucano». Por la forma en que se hace, supongo que debe hacerse de él una edición aparte. En este caso, le rogaría no dejasen ustedes de enviármela.

Adjunto á ustedes un apunte de lo que tengo y de lo que me falta de los Anales de la universidad de Chile.

Anales de la universidad de Chile, tengo la colección completa desde 1843 hasta 1851.

Del año 1852 me faltan los meses de enero, febrero, abril y noviembre.

Faltan agosto, septiembre, noviembre y diciembre de 1853.

Los meses que me faltan se refieren á la serie de los Anales anotada al pie de la viñeta de la carátula exterior, y no á los meses de su publicación que figura al pie de la imprenta.

Tengo los meses de enero marzo y diciembre de 1856.



LA FACULTAD DE HUMANIDADES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
NOMBRA MIEMBRO HONORARIO AL GENERAL MITRE

Buenos Aires, enero 29 de 1865.—Al señor D. Andrés Bello, rector de la universidad de Chile, etc.: He tenido el honor de recibir, acompañada del correspondiente diploma, la distinguida nota de V. S. de 6 de diciembre de 1864, en que se sirve comunicarme haber sido electo á propuesta de su ilustrado decano, el señor don José Victorino Lastarria, miembro honorario de la Facultad de humanidades de la universidad de Chile.

Profundamente agradecido á esta distinción, realzada por la simpática aprobación de S. E., el muy respetable presidente de la República de Chile, y por el significado con que V. S. la acompaña, la acepto como un nuevo lazo de amistad y de unión entre dos pueblos hermanos que, conquistando su independencia por esfuerzos comunes, han fundado y hecho prácticas las constituciones democráticas que los rigen, contribuyendo á acreditarlas por sus constantes y pacíficos trabajos.

En cuanto á los conceptos personales con que V. S. se digna generosamente favorecerme en nombre de la sabia corporación que tan dignamente preside, los recibo, aunque sin considerarme acreedor á ellos, como un amistoso recuerdo de ese país del que guardo la más grata memoria, y como un estímulo para perseverar en las nobles tareas del estudio, tomando por modelo las ilustraciones intelectuales que honran esa universidad, á la par de las ciencias y las letras chilenas.

Al hacer presentes mis agradecimientos á S. E. el señor presidente de Chile, así como á la ilustrada universidad de que es dignísimo patrono, espero que V. S. aceptará la expresión de mi particular satisfacción por haber merecido el honor de recibir una comunicación tan honrosa subscripta por el primer humanista americano, cuyo nombre es una gloria del mundo de habla española.

Con tan agradable motivo tengo el honor de saludar al señor rector con la más distinguida consideración y alta estima.—*Bartolomé Mitre.*

CARTA DE MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI, SOBRE FORMACIÓN DE
BIBLIOTECAS AMERICANAS

Santiago, agosto 1 de 1876.—Señor D. Bartolomé Mitre.—Mi estimado General y amigo: He tenido el gusto de recibir sus «Arengas» y sus «Poesías», dos libros que hacen honor á la literatura hispano-americana, y que he colocado en lugar preferente, no sólo por ser obras de persona á quien tanto aprecio, sino también por su mérito intrínseco.

¡ Mis más sinceras gracias por este precioso obsequio! .

Nuestro común amigo Diego Barros Arana me escribe que usted ha formado una selecta y numerosa colección de libros escritos en la América Española, ó sobre ella. Si usted quisiera tomarse el trabajo de enviarme una lista de las obras referentes á Chile que usted ha reunido ya, creo que yo podría contribuir á completar su colección, remitiendo á usted algo de lo que le falta.

Y obraría así, tanto por complacer á usted, como por cooperar en la medida de mis fuerzas á la realización de un pensamiento de interés general.

Me parece que la reunión de colecciones como la que usted posee es uno de los medios más eficaces que pueden tocarse para que los ingenios hispano-americanos se auxilien recíprocamente, y para que se cree y fortifique el sentimiento de nuestra patria común, la América.

Para alcanzar este objeto, á mi juicio importantísimo, hemos establecido en Chile, anexa á la biblioteca nacional, una oficina que denominamos «Oficina de canjes», la cual tiene por encargo enviar á las bibliotecas de los otros países de América las producciones de toda especie que la imprenta chilena da á luz cada año, y recibir las que le envíen en compensación.

Aunque hemos procurado asegurar este cambio de pro-

ductos intelectuales por medio de convenciones diplomáticas, hasta ahora hemos remitido más de lo que hemos recibido.

Sin embargo, merced á este procedimiento, y al empeño que se pone en adquirir por otros arbitrios las obras hispano-americanas, nuestra biblioteca posee una colección bastante provista de obras de esta especie.

Pero todavía falta mucho en ella.

En mi concepto, usted y el señor Lamas prestan un verdadero servicio á la América Española, dando el provechoso ejemplo de la formación de bibliotecas especiales, como las que Diego me dice que ustedes han reunido.

Mi hermano Gregorio Víctor envía á usted los más afectuosos recuerdos.

Muchos años han transcurrido desde que conversamos juntos.

Las canas han blanqueado desde entonces nuestras cabezas, y las arrugas han surcado nuestras caras; pero la admiración que nos inspiró el escritor y la amistad que profesamos al hombre han permanecido frescas y jóvenes en nuestras almas.

Su amigo.—*Miguel Luis Amunátegui.*

Contestada agosto 19 de 1876.

EL GENERAL MITRE ESCRIBE Á JOSÉ VICTORINO LASTARRIA SOBRE CUESTIONES DE POLÍTICA INTERNACIONAL HISPANO-AMERICANA.

Buenos Aires, septiembre 6 de 1864.—Señor D. José Victorino Lastarria.—Santiago: Mil y mil gracias, mi antiguo y querido amigo, por los bondadosos conceptos con que me favorece con motivo de mi discurso en la apertura del Congreso argentino. Me complace sobremanera el que mis buenos amigos de Chile me encuentren siempre el mismo, y levantando bien alto los principios á que hemos consagrado toda nuestra vida, como verdaderos hijos de pueblos democráticas, por cuya felicidad y perfección trabajamos sin tregua ni

descanso, hasta que logremos alcanzar el alto fin que nos hemos propuesto.

Acepto, pues, sus estimables felicitaciones que á mi vez se las ofrezco también por el proyecto que presentó en la cámara de Diputados (que me adjunta) y que fué aprobado casi por unanimidad. Simpatizo vivamente con los principios que propone usted sostenga la República de Chile, y que están de acuerdo con la doctrina de Monroe, y lo considero muy oportuno en los actuales momentos, en vista de lo que pasa en Méjico, Santo Domingo y Perú, pues es tiempo ya de que nos pongamos en guardia ante el peligro que puede amenazarnos.

No vacilaría por mi parte en iniciar aquí una ley igual, como me pide usted lo haga, si creyese que tal ley era eficaz para contener el peligro, ó para prevenirlo en lo futuro. Yo no lo alcanzo así. Declaraciones de esa naturaleza no pueden producir sino un efecto moral, del que poco se cuidarán aquellas potencias que atenten contra la libertad é independencia de cualquiera de estos países, puesto que en definitiva sólo se les amenaza con no reconocer los actos que resulten de tales atentados ó de las traiciones de estas Repúblicas.

Creo firmemente que algo más eficaz, algo más serio é importante nos corresponde hacer para conjurar el peligro y para hacer frente á él cuando aparezca. Y este algo lo establezco en alianzas ofensivas y defensivas, entre todas estas Repúblicas, para auxiliarse las unas á las otras contra las agresiones extranjeras, que atentan á la independencia ó forma de gobierno republicano; y para aunar todas nuestras fuerzas y recursos cuando peligre una de ellas. Estoy resuelto á entrar en este camino, si el pensamiento es aceptado por los demás Gobiernos americanos, y en este sentido tiene ya instrucciones Sarmiento. Y como no dudo que usted estará conforme con mis ideas á este respecto, le pido que trabaje de acuerdo con ellas, ya cerca de los miembros del gobierno de Chile, como con los demás con quienes me dice estar en relación, pues es indudable que el conocimiento de estas alianzas, si se realizan, hará que se mire mucho cualquiera nación extranjera antes de lanzarse, abusando de la fuerza, contra una de nuestras Repúblicas, desde que cuente con que las otras han de acudir en su ayuda.

Sin embargo de lo que dejo expuesto, no por eso desecho el proyecto de usted. Lo creo bueno, aunque de corta efica-

cia; y si alguno de los miembros del Congreso lo propusiese, lo vería con gusto.

Me ha dado usted una muy agradable noticia, anunciándome su probable venida aquí. Deseo vivamente que ella se realice, para tener el gusto de que renovemos nuestras antiguas y agradables conversaciones.

Sin más por ahora, etc.

LA SITUACIÓN DEL PARAGUAY Y LA MISIÓN DEL GENERAL MITRE EN 1873. — LA HISTORIA DE LA GUERRA. — SITUACIÓN EN CHILE. — EL GOBIERNO DE ERRÁZURIZ.

Santiago, agosto 22 de 1873 (C. enero 6 de 1874).—Mi querido General: Tengo el honor de presentar á usted y de recomendarle especialmente á mi amigo el señor Calado, ministro que ha sido del Brasil en las Repúblicas de Bolivia y del Ecuador. Regresa á su país después de haber montado, por algunos años, aquellas distantes y penosas guarniciones diplomáticas, y lleva intenciones de hacer una grata recalcada de treinta ó cuarenta días en ambas márgenes del Plata.

El señor Calado ha tenido la extrema bondad de cargar con el grueso paquete de «papeles universitarios» que le envío. Déles hospitalidad generosa en su bella biblioteca. Hay también en esas Memorias, entendimiento y voluntad de progreso y de ilustración.

Nada me costó conseguirlas. Nuestro excelente amigo Amunátegui, secretario general, me las acopió con su habitual cortesía y benevolencia, y aun pienso que no ha lisonjeado poco su orgullo universitario la idea de que las Memorias, que de ordinario llevan vida modesta y sedentaria en Chile, hayan de ir tan lejos y á tan honroso destino.

He hablado con Ignacio Zenteno, hijo del general de la independencia, y me ha dicho que posee algunas cartas muy interesantes del general San Martín. Luego las leeré bien y despacio, y haré sacar copia de las que me parezcan más útiles á los estudios y designios de usted. No me atrevo á pedirle los originales. Las cartas de San Martín son joyas de su hogar y herencia preciosa de su padre.

Muy grato me ha sido, mi querido general, atender á sus pequeños encargos literarios, y ojalá pueda en lo sucesivo dar á usted mejores y más serios testimonios de mi vieja y sincera afección.

Ya supongo á usted de vuelta de su delicada misión al Paraguay. Cordialmente deseo á usted y á su noble país el éxito más completo y satisfactorio. Su nombre está ligado al de aquella República, que usted venció con su espada y ha de levantar, confiadamente lo espero, con su inteligencia y su diplomacia.

Permítame que le diga, mi querido general, que usted debe al gran negociado paraguayo sus talentos de militar, de escritor y de estadista. Hizo la guerra con éxito, sabrá narrarla con brillo, y hallará medios de repararla en el interés de su patria, del país vencido, de nuestra raza y de la democracia.

Esta triple tarea es tan vasta como difícil, harto lo conozco, pero no excede á su labor incansable, á la energía de su carácter y á la riqueza y flexibilidad de sus facultades.

Háganos la historia de esa guerra de tanto sacrificio y heroísmo. En estas regiones del Pacífico se conoce poco y se juzga mal; yo mismo, que miro los negocios del Plata con tanto interés y simpatía, yo, se lo confieso con humildad cristiana, no me hallaba exento de graves errores de hechos y de apreciaciones. Me los disiparon usted, Sarmiento, J. C. Gómez, durante mi residencia última en Buenos Aires, es verdad, pero no todos tienen la fortuna de pasar sus vacaciones en el Plata, ni la más envidiable de tratar á sus hombres más eminentes y de oír de su boca la verdad de los acontecimientos.

No sé qué decir á usted de esta mi tierra de Chile. Reina una paz que me asusta. Hay un reposo político que se acerca mucho á la estagnación, á la atonía, al desdén del bien común y del derecho. Errázuriz reina y gobierna, es presidente y ministerio, y todo lo doblega á una voluntad que prevalece, menos por su propia energía y perseverancia, que por la falta absoluta de oposición y de resistencia. Su política es vaga, indecisa, vacilante como todo lo que carece de contrapeso y de fuerza contraria; pero en general su omnipotencia es templada y dispone de la República con cierta cortesía y urbanidad de modales y de palabras.

La oposición anda dispersa y licenciada, y sus hombres más eminentes, políticos, oradores, escritores, separados del

congreso y de la administración, dan su tiempo y su talento á los negocios de lucro, ó á los placeres del hogar, de la ciudad y de una murmuración mansa y discreta. Las Cámaras se reúnen poco y discuten aún menos: les falta el prestigio de la legitimidad de la cuna, y no saben redimir por el brillo de la palabra aquel vicio de origen. Nadie asiste á sus sesiones, acudiendo sólo la gente al paseo, á la Opera y al confesionario, á los lugares de las gratas fragilidades y de las fáciles expiaciones.

Yo deploro con toda mi alma tal estado de cosas, y sin vacilar diera, si me fuese posible, la mitad de la riqueza que poseemos á cambio de algún espíritu público, de algún patriotismo, del anhelo del bien, del derecho y de la libertad. ¡Quimera, por ahora! El demonio del lucro nos absorbe, nos domina, nos posee en cuerpo y alma. ¿Cuándo vendrá el «exoreista» que lo arroje? ¡Ah! No lo sé: del templo no lo espero, y lo temo de la anarquía.

No desespero, sin embargo, y más confiado que muchos amigos, hoy tristes hasta el desfallecimiento ó la indiferencia, aguardo que el pueblo de este país se avergüence y se arrepienta de su postración, y se disponga á vivir la vida noble del trabajo en la libertad y de la paz en la inteligencia y el ejercicio de los derechos políticos.

No olvide, mi querido general, saludar respetuosamente de mi parte á su digna señora y dar mis más afectuosas memorias á mi querido amigo su hijo Bartolo y su Agripina, cuyas atenciones han empeñado mi afección y mi agradecimiento.

Mi viaje último á Buenos Aires será el recuerdo más grato de mi vida. Hallé en esa noble ciudad cultura, benevolencia y generosa hospitalidad. No habrá, créame usted, no habrá en esta parte de los Andes quien haga votos más fervientes por la prosperidad y engrandecimiento de Buenos Aires y de la República Argentina.

Cordialmente lo saluda éste su más afecto amigo.—A. Montt (1).

Mis afectuosos cumplimientos á los señores generales Emilio Mitre y Vedia.

88 Calle Huérfanos.

Al señor general D. Bartolomé Mitre.

(1) El firmante de esta carta y de las siguientes, es Ambrosio Montt, distinguido político, publicista y diplomático chileno, que ocupó altos puestos en su país.

LAS REPÚBLICAS LATINO-AMERICANAS Y SUS CARACTERÍSTICAS.
—LA OBRA DE VICUÑA MACKENNA.—POLÍTICA ARGENTINA.
—LASTARRIA Y SU «POLÍTICA POSITIVA».—POLÍTICA Y LITERATURA EN CHILE.

Santiago, mayo 22 de 1874.—Mi querido General: Vuelvo á leer ahora, con placer de amigo y satisfacción de chileno, la carta de usted de febrero, que tuve en marzo, y en la cual me habla usted, en términos tan afectuosos, de esta mi tierra y de sus viejos amigos de Santiago.

Le acepto sus cumplimientos al país, mi querido general, sin discusión y sin beneficio de inventario, como decimos en lenguaje de foro, y creo que usted sinceramente recuerda con gusto la vida social y política que llevó en Chile hace un cuarto de siglo. El emigrado halló aquí acogida cordial, la que se debía á su mérito y á su noble infortunio, y el joven político atemperó sus ideas en este suelo clásico de la moderación, del reposo, del experimento, de todas las viejas circunspecciones y timideces castellanas, aumentadas á más por el ejemplo y la imitación de todas las seriedades británicas.

Si la América latina fuese una universidad é hiciese cada República el papel de Facultad, Chile sería sin duda la clase de la industria callada y paciente, de la economía, de la sobriedad, de las artes útiles y de las virtudes modestas. En Caracas prospera la ciencia militar; en Bogotá la política abstracta y especulativa; Lima y Méjico cultivan de preferencia los ramos de la imaginación y de la estética del arte y del placer; y Buenos Aires es un curso vivo de democracia ardiente. El ideal de nuestra educación sería la visita, el estudio y el conocimiento de estas diversas facultades. Los chilenos ganaríamos calor, energía y audacia en las «clases» tropicales, y nuestros vecinos vendrían aquí á calmar sus nervios, á corregir sus ilusiones, á templar facultades y sentidos en esta «clase» del cálculo y de las ciencias positivas de

la vida y del Gobierno. Chile es la escuela escocesa en Sud América. Usted, Sarmiento, Alberdi, Tejedor, Gómez, etc., vinieron literatos y volvieron hombres de Estado, publicistas prácticos y ministros. ¿Cuándo irán nuestros hombres al Plata ó á Bogotá, á ensanchar y vigorizar sus principios democráticos ó depurarse de hábitos y tradiciones españolas, á empaparse en la savia fecunda de las ideas atrevidas y á sacudir el polvo del coloniaje. ¡Fuera de desearlo!

No conocía el dicho de Palazuelos que usted me refiere, y lo hallo tan chispeante como lo mejor que salió de ese ingenioso y simpático humorista. Casaba á Chile con la República Argentina, como los venecianos casaban á Venecia con el Adriático, dando probablemente por tálamo nupcial á la pareja, no los Andes que son muy duros, ó la Patagonia que Dios hizo muy helada y la diplomacia ha convertido en ascuas, sino el lecho ideal de las caricias platónicas y de la generación intelectual y pura.

Sin duda que este matrimonio ha de tener, como las más venturosas, sus horas de conflicto, de saciedad, de borrascas pasajeras (¡y hoy las sufre tales y tan buenas!), pero luego los tiernos recuerdos disipan la irritación y los pensamientos serios y serenos vienen á convencer de la frivolidad de los motivos del rompimiento y de sus graves y dolorosas consecuencias.

¡ Si viviese hoy el generoso Palazuelos, con cuánta pena no vería las riñas de sus novios, y con cuánto anhelo no trataría de reconciliarlos con prescindencia de protocolos, autos, nombramiento de árbitros y demás resortes curiales! Ya habrá usted leído la carta que por la estampa le escribió nuestro amigo Vicuña Mackenna. Nuevo Palazuelos, todavía más fecundo, ameno y activo que el antiguo, ha juzgado nuestras riñas conyugales con la elevación de ideas de un buen americano y la gracia y abandono que le son propios. Su epístola no ha complacido á los diplomáticos, á los hombres de cancillería y de oficina, y de seguro no tendrá un lugar «Monsieur de Martens». En cambio, agradará al pueblo, al lector que no entiende de notas, protocolos y protestas; pero que forma un juicio, emite una opinión, siente una pasión, dicta á los gabinetes sus resoluciones y decide á menudo de la paz y de la guerra.

Los hombres graves de esta tierra se han escandalizado de la diplomacia tan poco diplomática de Benjamín. Yo creo, por mi parte, que en este juicio solemne hay una solemne

injusticia. Es preciso que haya de todo en el campo infinito de la inteligencia, de las letras y de la vida, y la región que conoce y explota Benjamín es tan natural y tan útil como las demás. Es el vulgarizador infatigable de la historia nacional, de las ideas generosas, de la unión y fraternidad americanas, de muchos y muy hermosos principios. Transmite á las masas, en formas familiares, ideas sanas y de la más elevada política. Se sirve para sus fines de la leyenda, de la anécdota, de la crónica, de la tradición, y llega al oído, al corazón y al entendimiento del pueblo, si no por los caminos de una ciencia severa y demasiado alta, á lo menos por los conductos rápidos y más eficaces de una palabra viva, de fuertes vibraciones, y de una imaginación que concibe con vigor y se refleja y manifiesta en imágenes pintorescas y de enérgico colorido. Su carta no es ciertamente un estudio, un alegato, ni una solución. Es algo mejor y más oportuno en el día. Es el arranque generoso que rompe el silencio del orgullo, la nota aguda que altera la monotonía del tono grave sostenido, la risa picante que disipa una solemnidad artificial, el buen sentido sencillo y casero que hace descender de su cátedra hueca y pomposa á los doctores de las eternas polémicas, de las alusiones injuriosas, de las réplicas irritantes, de la impotencia condecorada y vanidosa. No juzgo con severidad el escrito de Benjamín, y aun llego á pensar que así ligero, festivo y familiar, muy familiar, ayuda más á la solución del conflicto que tal ó tal nota de fría corrección de lenguaje ó de severa estructura de argumentación. Allá y acá estamos hartos de disputas, y allá y acá estamos dispuestos á dar fácil, pronta y calurosa acogida á toda palabra de avenimiento y de conciliación.

Ya le he enviado, por conducto de Sarratea, no sólo la carta de Aconcagua que me pide, sino las doce que ha publicado Monsieur Pisis. Pronto irán las del general San Martín. Mi amigo Zenteno, que las posee, como hijo y heredero del ministro O'Higgins, vive poco en la ciudad, y hace tiempo no baja de no sé cuál serranía de Talca, donde pasa de continuo y esconde sus talentos. No tardará en llegar, traído, si no por los atractivos de la capital, á lo menos de miedo al frío y nieve de las montañas talquinas.

Aquí no sabemos á qué atenernos sobre las elecciones de presidente. Ya se afirma que es usted el candidato victorioso, ya se nos dice que es Avellaneda. Amigo yo de ambos, y amigo leal y serio, no sé, mi querido general, á quien adjudicar

en mi alma, único voto que poseo, la honrosa y abrumadora carga de las supremas distinciones y de las supremas responsabilidades. La decisión es para temblar, y pedir un plazo de seis años.

Mas sea lo que fuere, yo felicito á usted por el honor de la candidatura y la abnegación, ardor y sacrificios generosos que ha provocado dentro y fuera de Buenos Aires. Siempre es una distinción, alta y envidiable, el primer puesto en la patria, pero la distinción es más alta y más envidiable, si se llega por segunda vez y por la acción libre y espontánea del pueblo.

Imitando la fórmula del Evangelio he de decirle, mi querido general, que muchos son los elegidos y pocos los reelegidos. El poder frustra á menudo las quimeras de los amigos, é irrita las pasiones de los adversarios. Aun ejercido con templanza, con elevación de alma, con éxito y con gloria, deja descontentos, lastima ambiciones, disipa ilusiones, y ofende el amor propio que no olvida ó el interés personal que no perdona. Y luego el pueblo mismo, preciso es reconocerlo, se hastía de esplendores continuados y de fortunas muy persistentes. Cambia de afecciones, gasta á sus predilectos y consume, como las llamas, los objetos de su propia pasión. La democracia es máquina voraz y muy costosa, y semejante á los dioses de la mitología, se complace en el número y en el precio de sus víctimas. En cambio esta divinidad es más fecunda que la misma Venus, la alma Venus de toda generación, y sus producciones exceden á su voracidad. Ella hace ciudadano á todo hombre, y lanza á cada ciudadano en todos los azares de la fortuna y de la vida.

Con mucho placer he sabido, por usted y por otras personas, que el juego electoral ha sido leal y limpio, y que la autoridad se ha abstenido de influencias ilegítimas. Este es un progreso que honra infinito á Sarmiento, al Gobierno y al pueblo argentinos, y que da la medida de los adelantos que allí se operan en la probidad y moralidad del poder, en la inteligencia de los partidos, en el desenvolvimiento de los principios democráticos y en la acción preponderante de la opinión pública. He aquí cosas que provocan mi entusiasmo más ardiente y aun una buena y santa envidia. No hay nada más detestable que la generación del poder por el poder. Es burla de toda dignidad, mengua, abuso, injusticia y escándalo. Si hay algo peor que la monarquía, es el simulacro desleal y risible de la República, porque es la virtud fingida, la

hipocresía de la libertad, una impotencia jactanciosa y soberbia. Yo todo lo prefiero á esta vergüenza, que me parece extrema é intolerable: cohecho de rico, seducción de fuerte, violencias de partidos, audacia de demagogia, disparos, cuchilladas, lo más borrascoso que pueda suceder en la más borrascosa de las democracias. A lo menos hay en la tormenta acción, movimiento, vida, sacrificio, patriotismo, generosas pasiones. En la elección de palacio no hay cosa alguna que aliente ó consuele. Es la mentira del poder, la mentira del derecho, la mentira de la República, la mentira de la ley, la mentira de la soberanía, una inmensa y vergonzosa mentira social y política.

Y heme aquí, mi querido general, en plena disertación de política, sin acordarme de que estoy escribiendo una carta de amistad al hombre más ocupado de allende los Andes. He dado á Lastarria y á los Amunátegui sus afectuosas memorias. Son sus amigos, sus buenos amigos, y dignos ciertamente del alto aprecio que usted les profesa. Yo admiro el ardor incansable de estos luchadores, verdaderos atletas de la pluma y del trabajo, y me asombra la constancia que ponen en el servicio y defensa de sus ideas. Aquí no estamos en Buenos Aires, mi general, ni hay aplausos, perfumes y poder para el escritor de talento. Estamos en un pueblo frío, tranquilo, sin pasiones, que lee poco, nunca se exalta y rara vez siente el calor del entusiasmo y de la pasión. Es preciso que el luchador, si ha de continuar en la arena, saque sus fuerzas de su propio corazón, del vigor de sus convicciones, de la energía de su fe, sin contar con el auxilio alentador de una opinión activa y despierta, ni menos con los alicientes tan seductores del éxito.

Lastarria ama las letras, la ciencia y la verdad con pasión incorregible. No le desalientan ni años, ni contratiempos, ni decepciones, y piensa y escribe con el anhelo del joven y el alma serena de los afortunados. Da ahora la última mano á un libro sobre la «Política Positiva»; obra vasta de ciencia, de meditación, de estudio profundo, de que se han publicado algunos hermosos fragmentos. Me ha dejado ver su plan, en nuestras frecuentes é íntimas conversaciones, y he asistido en cierto modo á la concepción, desenvolvimiento y progreso de sus ideas. Es un trabajo de estadista y de pensador. Analiza con elevación de criterio los elementos teóricos y reales de la constitución del Estado; y tan contrario á las ilusiones de los soñadores como al mezquino

empirismo de los políticos vulgares, acepta de la historia sólo lo que es una enseñanza y de la teoría sólo lo que es una certidumbre. Es el Gobierno reducido á ciencia, pero á ciencia sobria, experimental, exacta, que huye de las audacias de la imaginación, del rigor de los sistemas y de las seducciones de la novedad y de la paradoja.

Las formas mismas de la obra corresponden á las intenciones del autor. Lastarria se expresa esta vez en lenguaje preciso, severo, en ocasiones árido y frío como un guarismo, sin dar lugar jamás á imágenes, pinceladas, ni á flor alguna de retórica y de ornamentación. Mucho ha debido costar esta riña con las Gracias al autor de las «Cartas de Lima», del «Viaje de las Pampas y Cordilleras», á un escritor consumado en los recursos de la oratoria y en las artes del estilo y del buen decir.

Pero no quiero anticiparle juicios: pronto leerá usted el libro, mi querido general, y tendrá ocasión de admirar el vigor de pensamiento, la riqueza de ciencia y la flexibilidad de espíritu de nuestro amigo. Yo, que le veo día á día, toco de cerca su alma y conozco las intimidades de su noble vida, yo admiro más al hombre que al libro, y me asombro de la fe, entereza y perseverancia incansable que despliega en servicio de la verdad, de la libertad, de la ilustración y del bien público. Lucha hace ya cerca de cuarenta años en la política, en el foro, en las letras, en todas las lides del trabajo intelectual, sin que haya visto triunfar sus ideas, ni ganado honores, sin obtener siquiera el bienestar ordinario, ese «*atium cum dignitate*» que daba Cicerón á los buenos servidores de la República, ó á lo menos el techo y prest de retiro que goza en los cuarteles el soldado viejo y meritorio. Estas injusticias, que postrarían otros caracteres, levantan y fortifican el suyo; y si por acaso se queja de la fortuna, de las letras y de su tierra, lo hace en los bellos términos del poeta Tibulo con su amada coqueta: «*Perfida, sed quamodis perfida, cara tamen!*»...

Amunátegui es también un trabajador ardoroso é incansable: hablo de Miguel Luis, porque la pareja, el diptongo fraternal de otros tiempos, se disolvió hace años, yendo uno de los componentes, Gregorio Víctor, á un juzgado civil, que no deja ánimos ni ocios para el cultivo de las letras. En su lugar se halla Barros Arana, que ha reconstituido el par, los «*Gemini*» de nuestro zodiaco literario (si los Arteaga Alemparte no tienen mejor derecho á la constelación), asociándose

á Miguel Luis en todas sus empresas y luchas de universidad y de secularización de las ciencias.

Ambos investigan con paciencia infinita los secretos de la vida colonial, que han penetrado con erudición, sagacidad y buena crítica, y aun se atreven, en su audacia de historiadores liberales, á pisar suelo canónico (que en Chile quema zapatos y plantas), y á pedir cuentas al viejo clero de sus viejas ambiciones, hoy vivas, palpitantes y en batalla. Han escrito muchos y muy buenos libros, y en el día, agotada la vendimia, ó cambiada la táctica, rastrean con afán los pámpanos olvidados y escriben pequeñas crónicas, de ordinario finas, picantes y maliciosas, que hacen reír á la gente del siglo y rabiarse á la gente de sacristía. Vicuña Mackenna solía acompañarlos en la tarea, que tanto conviene á sus ideas, á sus estudios y á su chispa traviesa, pero su cargo de edil, que ahora desempeña con celo y con éxito, le impone cierta gravedad oficial y la necesidad de ajustar armisticio con beligerantes poco sufridos, resueltos y nada parcios en punto á retorcicones. El clero no se duerme: escribe, se agita, fomenta su prensa, organiza regimientos de todas armas, se defiende con entereza, ataca con audacia, y flagela al adversario, cuando no con la disciplina del hierro del poder, con los ardientes latigazos de la cuerda de Monsieur Veillot.

Usted conoce á Chile, y no extrañará por cierto estas luchas de Edad Media que en Buenos Aires nadie provoca ni sostiene, ni interesan á un pueblo que ya ha alcanzado, por la acción de las leyes y de las costumbres, la secularización del Estado, de los tribunales, de la enseñanza y de las demás instituciones fundamentales de la vida civil y política.

Aquí nos atormenta todavía y nos hace gemir la antigua confusión del sacramento y de la autoridad, las «dos cuchillas», como tan propiamente las llama el obispo Villarroel, y á este consorcio de perennes discordias se agrega también, por ahora, el temor de que el clero, despedido hace poco de los consejos de palacio, no vuelva á dominarlos con la pasión colérica y reaccionaria de toda restauración. No son vanas polémicas las que se agitan: son luchas supremas de influencia, de poder, de dominación. Se trata de decidir si esta República ha de llevar vida libre, de luz, de derecho y de democracia, ó si ha de sujetarse á las reglas disciplinarias de un convento y de las ochenta proposiciones de Syllabus. La cosa es seria.

Bien quisiera dar á usted noticias más amplias de nues-

tras cuestiones políticas y del progreso literario é intelectual del país. Pero el tiempo es corto, variada y abundante la materia, y limitado el espacio de una carta. En Chile el espíritu de los pensadores es tan atrevido, como tímida é indecisa la acción de los estadistas. El poder es en extremo reservado, y discreto hasta rayar á veces en pusilanimidad. Teme lo nuevo, se asusta de lo desconocido, y tarda infinito en dar acogida y encarnación á la idea, siquiera sea buena y fecunda, que altera lo antiguo y choca lo tradicional y lo experimentado. En este régimen las revoluciones son raras, difíciles, casi imposibles, es verdad; pero el progreso es lento y lánguido, y la energía nacional, de temor de las fiebres de la anarquía, puede caer en los riesgos contrarios del enervamiento y del marasmo.

Esto explica, mi querido general, por qué el adelanto intelectual y literario excede en Chile, y con mucho, al adelanto político y democrático. El pensamiento novador, arrojado del poder por sus audacias, busca asilo, aire y vida en la prensa diaria, en el libro, en lo ideal y lo científico, en todas las regiones donde se le acoge y no se la teme.

En Chile se publica mucho, y se progresa rápidamente en ciencias, en estudios, en el arte de escribir. Nuestra prensa diaria no es inferior á la mejor de Sud América, se lo digo sin arrogancia patriota, ni aun á la de Buenos Aires y Bogotá, en su forma y en su fondo, en lenguaje, en conocimientos, en la seriedad de las ideas y en la cultura ordinaria del debate. Arteaga Alemparte en el «Ferrocarril», Blanco Cuartin en «El Mercurio». Errázuriz en «La Patria», Rodríguez en «El Independiente», Velazco en «La República», defienden con talento, y algunos con mucho talento, todas las causas y todas las doctrinas en luchas, poder y oposición, autoridad y libertad, lo antiguo y lo nuevo, Syllabus y libre pensamiento; y las defienden con un ardor de convicción atemperado á menudo por la urbanidad y la cortesía de las formas. A estos diaristas permanentes, verdadera tropa de línea de incesante batallar, suelen agregarse como aliados, y en calidad de franco tiradores, Amunátegui, Eduardo Barra, Barros Arana, Matta, Zenteno y otros combatientes de primera fuerza, que se hallan en receso de cámara, ó no tienen un diario, ó se fastidian de los honores sedentarios y objetivos de la universidad.

Yo por desgracia asisto á los toros sólo de barrera, pero á veces, mi querido general, me siento tentado á tirar los au-

tos por la ventana, y á tomar en la contienda mi puesto de viejo soldado. ¡Quimera, vana quimera por ahora! Recuerde usted el dicho de Bacón: «tener mujer é hijos es dar rehenes á la fortuna», y en mi casa hay siete de estas gratas prendas de cautiverio. Es preciso trabajar por el hogar de la afec- ción y del deber. Y luego, se lo digo á usted al oído, me asus- tan los competidores y beligerantes. En mi tiempo no los había tan esforzados (puesto que Mitre, Gómez y Sarmiento y Alberdi ya se habían marchado), y las armas mismas han ganado mucho en precisión, en temple y en alcance; será prudente quedarme en el cuerpo de jubilados.

Devuélvame, mi querido general, mis noticias literarias de Chile con noticias literarias del Plata, donde el campo es tan vasto y tan rico, y devuélvamelas, según le corresponde, con las espléndidas usuras que pagan el saber y el talento.

Su afmo. y cordial amigo.—*A. Montt.*

Mis homenajes á la señora, y mis afectuosos recuerdos á los generales E. Mitre y Vedia y á mi querido amigo Bar- tolo.

(Reservado.)—Puede hacer de esta carta el uso que quie- ra, y aun darla á «El Nacional», íntegra y con mi firma, si la cree digna del honor.)

LA DERROTA DE LA REVOLUCIÓN DE 1874.—LA SUERTE DEL MÉRITO EMINENTE.—ENSEÑANZAS HISTÓRICAS.—INVITA- CIÓN AL GENERAL MITRE PARA IR Á CHILE.

Santiago, enero 12 de 1875.—Mi querido General: Hace meses no tengo cartas ni noticias directas de usted, pero en cambio su nombre ha estado en todas las bocas, de este y del otro lado de los Andes, y ha sido repetido infinitas veces por los que esperaban y por los que temían.

¿Qué he de decirle ahora, mi querido general?

La fortuna, la «Diva Meretrix», ha decidido, y ha deci- dido dando la espalda á su predilecto de veinte años.

Ha llegado el caso de que usted despliegue todo el vigor y toda la energía de su noble carácter.

Los reveses de la suerte doblan las almas débiles, elevan y fortifican las almas bien templadas. ¿Qué inteligencia superior no los puso en sus previsiones? ¿Qué hombre ilustre no los sufrió alguna vez? Usted conoce la historia, y sabe que no ha habido éxito perenne, esplendores persistentes, azares siempre felices.

No es preciso que vayamos hasta Plutarco. Recorra usted la historia de ayer, nuestra historia americana, y recordará una serie dolorosa de ilustres sufrimientos. San Martín y O'Higgins mueren en el destierro, Bolívar expira angustiada y triste en Santa Marta, Portales y Sucre son asesinados y quedan tendidos á lo largo de un camino público, é Iturbide expía en un patíbulo el orgullo de un día de diadema imperial.

Sólo las condiciones mediocres pueden aspirar á felicidades constantes. El mérito eminente cansa al pueblo, fatiga á la fortuna misma, la irrita, y llega á provocar sus cóleras y sus envidias.

Ahora empieza á vivir, mi querido general. ¡Los afortunados sólo sueñan!

Y ha de vivir, estoy cierto, la vida fecunda y enérgica de los atletas que, habiendo experimentado todos los azares de la arena, no sufren las soberbias de la victoria ni los abatimientos del fracaso.

Puede ser que el curso de las cosas le obligue á dejar el país, y á buscar paz y hospitalidad en tierra extraña.

No olvide á Chile, mi querido general. Huya de Montevideo y de Río de Janeiro. Montevideo una tentación, Río puede ser un peligro.

Aquí tiene amigos que lo hemos querido triunfante y poderoso, y que nos complaceremos en quererlo en los días de la prueba. Procure volver al asilo de su juventud, después de veinte años de trabajo, de lucha ardiente é incesante batallar. En Santiago hallará usted sociedad culta, amor á las letras, afecciones serias, un clima suave, un puerto de abrigo, en suma, donde repose la fatiga de tan larga jornada de acción, y pueda usted aguardar que pase la tormenta y se amansen y serenen los elementos.

Sus adversarios de hoy no son los de 1850. Son hombres de bien y de talento que sabrán estimar el mérito del rival, atemperar el orgulloso peligro del triunfo y corregir los extravíos del espíritu de partido. Luego se complacerán en restituir á usted hogar, honores y patria, convencidos de que la

política más generosa es también la política más cuerda, y de que la moderación legítima y consolida la victoria.

Un Gobierno que invita á la inmigración del proletariado europeo no puede, siendo sensato y siendo lógico, decretar la emigración del talento, de la ilustración y del patriotismo argentinos. No se cambia lo excelente de adentro por lo mediano de afuera, ni habría razón ni conciencia pública que aprobasen tan monstruosa permuta.

Creo conocer á Avellaneda y á Sarmiento. Son hombres de lucha, no son hombres de venganza, y tendrán á honor llamar en breve al general Mitre á su grado en el ejército, á su asiento en el Congreso, á su puesto en la prensa de Buenos Aires, y á la honrada casa con que le obsequió el pueblo en días más afortunados.

Saluda á usted, mi querido general, con sentimientos de alta estimación y de sincera é invariable afección este su viejo amigo.—*A. Montt.*

Mis homenajes á su señora Delfina, mis cariñosos recuerdos á Bartolo.

Al señor general D. Bartolomé Mitre.

CARTA DE JOSÉ VICTORINO LASTARRIA

Santiago, julio 6 de 1875. (C. el 10 de agosto).—Señor General don B. Mitre.—Mi viejo amigo: Después de haber gustado mucho de la carta que usted me escribió desde su prisión, que no «publiqué» por cierto, he estado veinte veces por escribirle, y lo hago ahora para felicitarle por la feliz terminación que ha tenido aquel ingrato acontecimiento. Está usted hoy como yo desligado del Estado, aunque no de la vida pública, de la cual me aparto cada día más. Que sea para bien, y que en la vida privada no baje una línea siquiera el nombre ilustre que usted lleva. Este es mi deseo de amigo, y creo que se cumplirá, porque un hombre de su temple puede valer. Usted vale mucho, aunque sea «hombre de nada».

Creo que usted tendrá tiempo ahora para cumplir un encargo que tengo del célebre escritor constitucionalista de Co-

lombia, señor Justo Arosemena, y es proporcionarle la nueva constitución del Paraguay, con sus antecedentes y piezas ilustrativas; y si es posible algo que se haya publicado sobre los principales acontecimientos ocurridos allí después de la caída de López.

Si usted puede remitirme eso, hará un servicio á las letras americanas, porque aquel amigo necesita complementar su obra sobre las constituciones americanas. Es necesario que entre nosotros nos ayudemos algo, ya que nuestras sociedades no nos ayudan siquiera con comprarnos nuestros escritos.

En Chile, el sistema pelucón está podrido y se disuelve á gran prisa, por vejez y falta de vigor. Estamos asistiendo á una ruina de aquéllos, que los pueblos no saben ver ni comprender. Esto le explicará á usted el desbarajuste en que nos hallamos, y las farsas que se llaman candidaturas. El monarca presidente, aunque ya sin base, tiene todavía poder para imponernos á su sucesor, y así lo hará, el pueblo mediante, por su estupidez é ignorancia.

Recuérdeme usted á su señora, y transmítale felicitaciones que le mando por haber salido de penas.

Sean ambos muy felices, y usted no olvide cuánto le quiere su amigo.—*J. V. Lastarria.*

UN SONETO Á MÁRMOL

Valparaíso, enero 29 de 1876.—Señor General D. Bartolomé Mitre.—Buenos Aires.—Muy apreciado señor: Remito á usted impreso un soneto que el señor Noboa, ex ministro de Estado del Perú y ministro plenipotenciario en Chile, escribió en otra época al señor Mármol, renombrado poeta argentino. Aunque de escaso mérito, puede considerarse una obra de inspiración.

Hoy tratamos de publicar las obras del señor I. Noboa, que falleció en este puerto en octubre del año pasado, y á la vez una corona fúnebre en homenaje á su memoria. Tengo, pues, el honor de invitar al señor general, á fin de que

se digne tomar parte en ella, asegurándole desde luego que la página que escriba será la más brillante de tan precioso libro.

Como hijo político que soy del malogrado literato y hombre de Estado señor Noboa, es que me tomo la libertad de dirigirme á usted.

Esperando, señor, su favorable contestación, me es altamente honroso subscribirme de usted su más atento y obsecuente S. S.—*Federico Moreno.*

A José Mármol, en la caída de Rosas.

SONETO

¡Qué bellas son las encantadas flores
Que ciñó á tu laúd la poesía
Cuando en sus cuerdas resonar se oía
El himno del destierro y los dolores!...

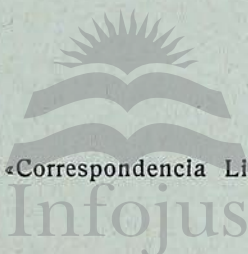
Mezcladas á sus mágicos colores
Cual terrible huracán que ofusca el día,
Aterrando la horrible tiranía,
Se escucharon tus ecos bramadores.

Las orillas del Plata repitieron
El ronco estruendo de tu voz valiente
Y los Andes también se conmovieron...

Partió un rayo del cielo de repente,
Y cual la maldición que de ti oyeron
Hirió al tirano en la soberbia frente.

IGNACIO NOBOA

FIN DEL TOMO XX



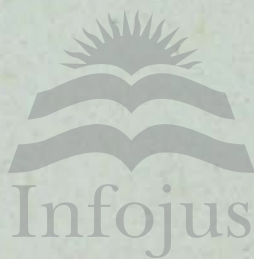
(En el tomo XXI continúa la «Correspondencia Literaria.»)

INDICE

	PÁGS.
Don Diego Barros Arana anuncia su próximo paso por Buenos Aires.	9
Cosas de Europa.—Garibaldi.—La «Biblioteca Americana».—Las obras de don Félix de Azara.—Trabajos históricos de Barros Arana.	10
Opiniones de Barros Arana sobre el gobierno del general Mitre en Buenos Aires.—Política chilena.—Historia y bibliografía americanas.	15
Contestación del general Mitre.	18
Barros Arana envía libros al general Mitre y para la biblioteca de Buenos Aires.—El Instituto Nacional de Chile.—Don Jacinto Albistur.	20
El general Mitre envía un cajón de libros argentinos á Barros Arana.—El señor Albistur.	22
Política chilena.—Las elecciones dan el triunfo á los liberales.—Petición de un corresponsal argentino para el diario liberal de Santiago.	24
Barros Arana envía libros chilenos al general.—Las obras del general Mitre en Chile.—La «Historia de América».	25
El conflicto entre el Perú y España.—La actitud de los Gobiernos y de los pueblos peruano, argentino y chileno.—Negociaciones del Gobierno de Lima.—Nombramientos desgraciados.	27
La Argentina en el conflicto Perú-español.—La «Vida y viajes de Magallanes» de Barros Arana.—Juicio del general Mitre sobre esa obra.	30
Los viajes de Pinzón y Solís.	34
Labor de Barros Arana en el Instituto Nacional de Santiago.—Sus trabajos históricos.	41
Barros Arana reanuda la correspondencia, suspendida durante algunos años.—La correspondencia entre San Martín y el general Ignacio Zenteno.	43
La política y las letras.—Barros Arana en el Instituto Nacional de Santiago.—Su lucha con el clericalismo.—La «Revista Chilena».—Aficiones científicas.	45
La política y las letras.—Barros Arana y el clericalismo.—La geografía física.—La «Revista Chilena».—Observaciones sobre algunos de sus artículos.—Interesantes puntos de historia americana tratados por el general Mitre.	48
Contestación de Barros Arana á la erudita carta anterior del general Mitre. Las «Arengas» del general Mitre.—Un artículo de Barros Arana.—La biografía del general, por A. Lamarque.—Libros chilenos.	79
Envío de libros chilenos.—«Los precursores de la independencia», de Miguel Luis Amunátegui.—Rectificaciones históricas.	82
Sobre el marfil vegetal.	84
La historia de la guerra del Pacífico.—Estudio del general Mitre sobre «Ollantay».—Opiniones de Barros Arana sobre ese drama incásico.—Los papeles de don José Antonio de Rojas.	87
El 60.º cumpleaños del general Mitre.—Los arreglos chileno-argentinos de 1881.—Tendencias amistosas de Barros Arana.	88
El manuscrito de la obra del padre Lozano.—Gestiones para su adquisición para la biblioteca de Buenos Aires.—Lo compra Beeche á Benjamín Vicuña Mackenna.—Cinco cartas sobre este asunto.	90
El manuscrito de la obra del padre Lozano.—Cuestiones para su adquisición para la biblioteca de Buenos Aires.—Lo compra Beeche á Benjamín Vicuña Mackenna.—Cinco cartas sobre este asunto.	93
El manuscrito de la obra del padre Lozano.—Cuestiones para su adquisición para la biblioteca de Buenos Aires.—Lo compra Beeche á Benjamín Vicuña Mackenna.—Cinco cartas sobre este asunto.	98

Vicuña Mackenna, por intermedio de Beeche, ofrece en venta al general Mitre su biblioteca de obras americanas.—Cuestiones internacionales en el Pacífico.	100
El Gobierno argentino, por falta de recursos, no compra la biblioteca de Vicuña Mackenna.—El general adquiere algunas obras de ella.—Las cuestiones del Pacífico.—Paz y progreso en la República Argentina. ...	101
Canje de libros.—La biblioteca de Vicuña Mackenna.—Pequeñas miserias y altos intereses.	103
Contestación de Beeche á la carta del general del 18 de febrero.	104
Mapas de Bolivia y Chile.—Chile Oriental.—Política chilena.—La escuadrilla española del Pacífico.	105
La política en la Argentina y en Chile.—La Argentina y el conflicto Perú-español.—El ministro chileno en Lima.—Los libros de Vicuña Mackenna.	107
Política y progreso en la Argentina.—El conflicto Perú-español.—La conducta del Gobierno peruano.—Los libros de Vicuña Mackenna.	109
Encargo de libros peruanos.	111
La cuestión entre el Perú y España.—El congreso americano de Lima y la representación argentina.—Los jesuitas en Centro América.	112
Adquisición de los libros de Vicuña Mackenna.—Obras para la biblioteca de Buenos Aires.—La captura de Olascoaga.—Sus armas, caballos y soldados.	113
Guillermo Blest Gana envía al general un libro de que es autor.	117
Curiosa carta de Hermógenes de Irisarri.	118
Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui.—Juicios del general Mitre sobre algunas de sus obras.	120
La Facultad de humanidades de la universidad de Chile nombra miembro honorario al general Mitre.	122
Carta de Miguel Luis Amunátegui, sobre formación de bibliotecas americanas.	123
El general Mitre escribe á José Victorino Lastarria sobre cuestiones de política internacional hispano-americana.	124
La situación del Paraguay y la misión del general Mitre en 1873.—La historia de la guerra.—Situación en Chile.—El Gobierno de Errázuriz. ...	126
Las repúblicas latino-americanas y sus características.—La obra de Vicuña Mackenna.—Política argentina.—Lastarria y su «política positiva».—Política y literatura en Chile.	129
La derrota de la Revolución de 1874.—La suerte del mérito eminente.—Enseñanzas históricas.—Invitación al general Mitre para ir á Chile. ...	137
Carta de José Victorino Lastarria.	139
Un soneto á Mármol.	140





SISTEMA ARGENTINO DE
INFORMACIÓN JURÍDICA

Archivo del general Mitre.

Autor: Mitre, Bartolomé

Editorial: Biblioteca de "La Nación"

Tomo: 20



~~8271~~

Reg	
Cat	GMCD
Clas.	GMCD

13 ABR. 2010



SISTEMA ARGENTINO DE
INFORMACIÓN JURÍDICA

X 271



Infojus

INSTITUTO ARGENTINO DE
INFORMACIÓN JURÍDICA